

Apocalipsis para principiantes

NICOLAS DICKNER

Nuevos Tiempos **Siruela**



Table of Contents

[Portadilla](#)

[Apocalipsis para principiantes](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Nicolas Dickner

Apocalipsis para principiantes

Traducción del francés de
Luisa Feliu

Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Apocalipsis para principiantes](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Apocalipsis para principiantes

The future ain't what it used to be.

Yogi Berra

1. Vaporizados

Agosto de 1989. Ronald Reagan había abandonado la Casa Blanca, la guerra fría estaba en las últimas y (una vez más) habían cerrado la piscina municipal al aire libre. Motivo de la contrariedad: rotura de tuberías.

Rivière-du-Loup estaba inmerso en una neblina caldosa –un aire amarillento, saturado de polen– y yo vagaba por el barrio, malhumorado, con la toalla de baño al cuello. Faltaban tres días para que empezara el curso y solo unos largos en el agua clorada hubieran podido levantarme el ánimo.

Me encontré de pronto ante el estadio municipal. Nadie a la vista. Acababan de marcar las líneas del campo de béisbol y en el aire todavía flotaba un aroma a cal. El béisbol me era indiferente, pero, sin razón precisa, me encantaban los estadios. Pasé junto a la caseta de los jugadores, cerca de la cual había tirado un periódico atrasado descolorido por el sol. Forzando un poco, podía reconocerse una columna de tanques de combate en la plaza Tiananmen.

Entonces me fijé en la chica sentada allá arriba, en la última fila de las gradas, con la nariz metida en un libro y con aspecto de estar matando el rato antes del próximo partido.

Sin pensármelo demasiado, subí por las gradas hacia ella.

No la había visto nunca por el barrio. Era delgada, tenía las manos angulosas y la cara salpicada de pecas. Llevaba puesta una gorra de los Mets de Nueva York (la visera le tapaba los ojos) y unos vaqueros con un agujero en la rodilla izquierda –no una de esas prendas de última moda lavadas con ácido, sino un pantalón de trabajo de corte primitivo, un viejo Levi's rescatado de una mina de carbón del desierto de Nuevo México–.

Apoyada en la barandilla, leía un método de idiomas: *Aprenda ruso en casa: tomo 13*.

Me senté sin decir palabra. Ella ni se inmutó.

La madera recalentada nos abrasaba las nalgas. El sol pegaba decididamente fuerte y, de no ser por el temor al ridículo, habría improvisado un turbante con la toalla. Levanté la mirada al cielo. En lo alto de la atmósfera, un 747 marcaba largos cirros rectilíneos. Tiempo seco en perspectiva.

Me disponía a decir cualquier banalidad meteorológica cuando la chica se enderezó la visera de la gorra.

–La noche pasada soñé con la bomba de Hiroshima.

Transcurrieron unos segundos, durante los cuales medité aquella peculiar entrada en materia.

–¿Por qué con la bomba de Hiroshima en particular?

Cruzó los brazos.

–La potencia de las bombas modernas supera la imaginación. Coge un misil balístico corriente, de unos quinientos kilotones. La explosión podría catapultar un pedazo de placa tectónica y ponerlo en órbita. El cerebro humano no puede entender algo así.

¿De dónde salía aquella chica? Tenía un acento difícil de identificar. Inglés, francés acadiano o quizá brayon¹. Aposté por Edmundston. Recogió un envoltorio de Cracker

Jack prendido entre dos tablas y empezó a hacerlo confeti.

–Little Boy pesaba unos quince kilotones. No era lo que se dice un petardo, pero por lo menos resultaba más fácil de medir. Si explotara encima de nosotros, a unos seiscientos metros de altura (como en Hiroshima), la onda expansiva arrasaría la ciudad en un radio de kilómetro y medio. Lo que da una superficie de unos siete kilómetros cuadrados. Que equivalen a... –Guiñó los ojos, absorta en una prodigiosa división mental– dos mil quinientos campos de béisbol.

Dejó de hacer trizas el envoltorio de Cracker Jack durante un instante para englobar los alrededores con un elegante gesto pedagógico.

–La galería comercial volaría en pedazos, los *bungalows*² explotarían, los coches saldrían proyectados como cajas de cartón, las farolas caerían al suelo. Y eso *solo* sería la onda de choque. Luego viene la radiación térmica. Todo quedaría hecho cenizas en decenas de kilómetros cuadrados (¡muchos, muchísimos campos de béisbol!). Cerca de la bomba, el calor sería superior a la temperatura de la superficie del Sol. El metal se fundiría. La arena formaría diminutas canicas de cristal.

Había terminado con la operación de triturado y sopesaba el montón de confeti en la palma de la mano.

–Y ¿sabes qué nos ocurriría a *nosotros*, dos pobres y minúsculos primates compuestos por agua en un sesenta por ciento?

Volteó la mano con suavidad y la brisa se llevó el puñado de confeti en dirección al campo izquierdo.

–Quedaríamos vaporizados en tres milésimas de segundo.

Se volvió por fin hacia mí y me examinó con ojos escrutadores, sin duda para valorar cómo iba encajando yo aquella entrada en materia. Bastante bien, a fin de cuentas. Su mirada me concedía el aprobado.

Se le relajó la cara. Esbozó una sonrisa amistosa y, sin mediar palabra, se sumergió de nuevo en el método de ruso.

Un tanto maltrecho por la onda de choque, me dejé caer contra la barandilla. Mientras me secaba el sudor de la frente con la punta de la toalla, observé furtivamente a la chica. Hubiese jurado que se desprendía de ella un campo magnético: la radiación emitida por sus ciento noventa y cinco puntos de coeficiente intelectual.

No solo nunca había visto a aquella chica, sino que, además, nunca antes había visto a una chica de su estilo; y en el preciso instante en que lo pensaba, estuve absolutamente seguro de una cosa: si tenía que resultar vaporizado junto a alguien, que fuera junto a ella.

2. La tienda de mascotas

Se llamaba Hope Randall y acababa de llegar de Yarmouth, Nueva Escocia.

–¿Ves dónde es?

Con el índice, dibujó en el aire un mapa de Nueva Escocia y situó un punto minúsculo completamente al sur de la península, frente a Maine: a mil doscientos kilómetros.

–Ni idea.

–No importa.

Su madre y ella, que habían llegado a la ciudad tres días antes, se habían instalado en la calle Amyot, en un piso embutido entre la lavandería Clean-O-Matic y las cocinas del restaurante Chinese Garden. Dos insignes templos de la salubridad local.

Dio unas cuantas vueltas a la llave en la cerradura y una patada a la puerta.

–¡Bienvenido a la Tienda de Mascotas Randall!

Vaya, de pronto me acordé: aquel lugar era una antigua tienda de mascotas –El Arca de Noé (sic)–, cerrada desde el invierno anterior y transformada en vivienda (medianamente) habitable. En el entarimado todavía se adivinaban zonas oscuras allí donde habían estado el mostrador, los estantes y los acuarios. Un olor a frito asiático flotaba por todas partes opresivo, aunque no conseguía enmascarar el olor a excrementos de periquito, orina de chinchilla y pienso para gatos.

El mobiliario (incluido en el alquiler) se limitaba a una mesa coja, cuatro sillas, unos cuantos electrodomésticos abollados y un sofá que, al no haber televisión, era la imagen misma de la inutilidad.

Hope afirmaba haber llegado hacía menos de setenta y dos horas, pero en todos los rincones se apilaban inverosímiles cantidades de comida: sacos de harina, bolsas de fideos *ramen*³, garrafas de agua y de aceite, latas de conserva de todo tipo. De hecho, el único objeto no comestible en los alrededores era una pila de *Aprenda ruso en casa* (tomos 8, 14 y 17), sobre la cual Hope dejó con cuidado el tomo que había estado leyendo en el estadio municipal.

–¿Tienes sed?

Asentí con la cabeza. Mientras me servía un vaso de agua, recorrí la tienda de mascotas con la mirada en busca de habitaciones contiguas. No había ninguna, excepto un cuarto de baño curiosamente espacioso, sin duda lo que había sido el Refugio de los Reptiles. ¿Dónde dormían ellas entonces? Anticipándose a mi pregunta, Hope señaló el sofá.

–Se abre. Yo duermo en el baño, con la puerta cerrada. No hay modo de pegar ojo a menos de tres metros de mi madre.

–¿Ronca?

–No, habla en sueños.

–¿Ah? –Bebí un sorbo de agua. Inquietante sabor metálico–. Y ¿qué cosas dice?

Con cara de hastío, Hope empezó a morderse la uña del pulgar.

–Ni idea. Cosas en asirio.

–¿En asirio?

–En asirio o en arameo, vete a saber. No tengo ni idea de lenguas muertas.

De un mordisco, arrancó un pequeño fragmento de uña que escupió al vacío.

–Procedo de una familia políglota.

–Se nota –dije señalando con el pie los manuales de ruso.

–Había empezado también alemán, pero tuve que abandonar los libros en Yarmouth.

No cabían en el coche.

–¿«Abandonar»?

–Sí. Nos fuimos de noche porque... –Suspiró–. Bueno. Más vale empezar por el principio.

3. Los Randall

Mary Hope Juliet Randall, llamada Hope, era la representante más joven de una familia que, desde una época por definir –pero que algunos situaban siete generaciones atrás–, padecía una grave obsesión por el fin del mundo.

Los Randin, una familia de origen vagamente acadiano, habían sido deportados por los británicos en 1755. Catapultados a Maryland, adoptaron allí el apellido Randall, sin por ello dejarse asimilar, y regresaron a Nueva Escocia, donde dedicaron los siguientes decenios a ocupar de manera ilegal parcelas de ingrata turba.

Podría pensarse que la obsesión familiar por el fin del mundo se remontaba a aquel trauma geopolítico. ¿Acaso no era normal, e incluso inevitable, que un linaje de agricultores deportados experimentase cierta sensibilidad relacionada con las aglomeraciones urbanas, las grandes catástrofes y el curso normal de la historia? No obstante, esta teoría no lograba el consenso, y algunos especialistas en genealogía sostenían preferentemente la hipótesis de una enfermedad congénita desarrollada a fuerza de uniones consanguíneas (los Randall eran muy caseros).

Lo cierto era que los mismos síntomas se repetían de una generación a otra con precisión coreográfica: al alcanzar la pubertad, cada uno de los Randall era sobrenaturalmente instruido hasta el más mínimo detalle sobre el fin del mundo: fecha, hora y naturaleza de este.

Por regla general, esa visión tenía lugar de noche. Por otra parte, no se trataba verdaderamente de una visión, lo que hubiera podido pasar por una simple pesadilla. No, los Randall sintonizaban el apocalipsis en tres dimensiones. Sentían en la epidermis el crepitar de la lluvia y la quemadura de la metralla, se asfixiaban en los incendios, se les llenaba la boca de sabor a ceniza, oían los alaridos y olían la pestilencia de los cadáveres en descomposición.

Los Randall llamaban a ese fenómeno la «Revelación Nocturna», la «Luz», la «Predicción» o, más frecuentemente, el «Mal Rato».

A cada Randall se le revelaba una fecha distinta, lo que complicaba de modo considerable la tarea de que se los tomara en serio. Además, cuando un Randall sobrevivía a su fin del mundo, manifestaba un repentino desequilibrio mental y la tendencia a deteriorar la propiedad pública. En general, la historia acababa en el manicomio, o en lo que hiciera las veces de este.

El árbol genealógico de los Randall hubiese podido servir para enseñar la historia de la psiquiatría en Norteamérica durante los últimos ciento cincuenta años, desde la ducha fría hasta el cierre de las instituciones, pasando por la lobotomía, la terapia ocupacional, la camisa de fuerza y el litio.

Caso n.º 1: Harry Randall Truman, el patriarca, perdió la cabeza durante el otoño de 1835, poco después del paso del cometa Halley. Anunció el retorno de Moisés a bordo de un ballenero incandescente y, a continuación, incendió el granero del pastor pentecostal. Los vecinos lo cogieron, lo ataron y lo enviaron al Halifax Mental Asylum, donde terminó sus días en el ala de pirómanos y demás psicópatas.

Caso n.º 37: Gary Randall se recluyó durante quince años en una cabaña de

contrachapado, desde cuya ventana daba la bienvenida a los (escasísimos) psicoterapeutas con ráfagas del calibre 12. Lo encontraron firmemente asido a su fusil una mañana en la que la temperatura bajó a cuarenta grados bajo cero. Rígido, azul y completamente liberado de su obsesión.

Caso n.º 53: Henry Randall Jr., abuelo de Hope y contemporáneo de la crisis económica, fue más constructivo. Canalizó su angustia a través de la fundación de la Iglesia Minoritarianista Reformada del Séptimo Rumiante, una secta supuestamente cristiana que anunciaba el fin del mundo para el 12 de junio de 1977. Una forma ni más ni menos malsana que otra de pasar el rato. La Iglesia existió hasta dicha fecha, tras la cual Henry se suicidó tragándose un puñado de clavos de chilla.

Y lo mismo les ocurrió a Gary Randall, Harry Randall, Harriet Randall, Hanna Randall, Henry Randall, Randolph Randall, Handy Randall, Hans Randall, Hank Randall, Annabel Randall, Henryette Randall, Hattie Randall y además Pattie Randall, mientras los días se sucedían imperturbables y el planeta seguía girando como una broma pesada.

4. Exclusivamente accidental

Ann Randall nació en Yarmouth en marzo de 1954, el mismo día en que los estadounidenses probaban una nueva bomba de hidrógeno en las Islas Marshall.

Adolescente reservada y de una belleza tan espectacular como precoz, demostró dotes prodigiosas para el aprendizaje de idiomas: a los diez años ya dominaba el inglés y el francés, y aprendía latín con una vieja Vulgata que robó en la sacristía de la iglesia –un hurto pedagógico que el cura fingió ignorar–.

Vivió una infancia solitaria, entre un padre acaparado por la presidencia de la Iglesia Minoritarianista Reformada del Séptimo Rumiante y una madre lunática, a la que, además, perdió durante el verano de sus doce años. Agotada por la espera de una tormenta de fuego que no llegaba, la pobre mujer ingirió todo lo que contenía el botiquín de la familia: píldoras, jarabes y tiritas. Una vez terminado el lavado de estómago, la enviaron al servicio de urgencias psiquiátricas de Halifax, de donde nunca regresó.

El 1 de septiembre de 1966 al amanecer, tras dos días de retortijones y jaqueca y todavía conmocionada por el internamiento de su madre, Ann Randall se despertó bañada en sudor y con las sábanas pegadas al cuerpo. Frente a Yarmouth, mar adentro, tronaba una tormenta.

En adelante, Ann sabría –y no volvería a olvidarlo ni un instante– que el fin del mundo llegaría durante el verano de 1989.

El carácter incompleto de la visión le llamó la atención enseguida. ¿Durante el verano de 1989? ¿Nada más? Sus primos, sin embargo, le habían asegurado que no solo recibiría la fecha precisa del fin del mundo (incluso la hora y el minuto exactos), sino que también captaría imágenes detalladas, sensaciones táctiles y olores. Le habían prometido una revelación en cinemascopio y resulta que solo recibía una diapositiva borrosa con un encuadre deficiente.

Se sentó en la cama y se dio cuenta de que acababa de producirse otro acontecimiento –un acontecimiento húmedo, viscoso y definitivo–. Deslizó la mano entre los muslos y retiró tres dedos manchados de una sangre oscura. Ya estaba: su Mal Rato se había consumado.

Siguió acudiendo a la escuela unos años más y sacando buenas notas, pero en el duodécimo curso dejó los estudios sin razón precisa. Por otra parte, nadie le pidió ninguna. Encontró trabajo en la biblioteca municipal (unas pocas estanterías instaladas en los sótanos del ayuntamiento), donde clasificaba los libros y mejoraba su nivel de latín.

A los dieciocho años, Ann tuvo una brevísima aventura con un secretario judicial y se quedó embarazada. Se trataba, por supuesto, de un accidente. Los Randall procreaban exclusivamente de forma accidental. Las circunstancias de aquel episodio nocturno eran bastante confusas, pero la leyenda local murmuraba que la *cosa* se había perpetrado después del cierre, en la sección de libros infantiles. Las malas lenguas sugerían que Ann se lo había buscado.

El secretario judicial, buen padre de familia y ciudadano respetado, se mantuvo oculto dejando que Ann se las arreglara sola con la opinión pública y con la minúscula copia de su código genético.

El embarazo hizo saltar una hilera completa de fusibles en el cerebro de Ann Randall, que se vio inmediatamente aquejada de ataques de angustia apocalíptica e incontrolables antojos. Dedicó, por ejemplo, la mitad del presupuesto anual de la biblioteca a la adquisición de una extravagante colección de textos de la Antigüedad: biblias en arameo, hebreo y griego, un facsímil de los Manuscritos del Mar Muerto, la Epopeya de Gilgamesh, el Enuma Elish y el Libro de los Muertos. No volvió a casa y se pasaba las noches en el sótano del ayuntamiento estudiando las lenguas muertas de Mesopotamia y comiendo *ramen*.

Al cabo de unos días, agotada, quiso acabar con su vida ingiriendo un tubo de aspirinas, intento que le provocó un violento cólico hepático. En el hospital comprobaron la intoxicación, los ataques de psicosis y la existencia del feto. Tres diagnósticos por el precio de uno.

La enviaron al ginecólogo, que la mandó a un asistente social, que le hizo ver a un psicólogo, el cual la transfirió al psiquiatra y, al final, regresó a casa con una receta consistente: doscientos cincuenta miligramos de clozapina todas las mañanas en el zumo de naranja y un comprimido de doxilamina contra las náuseas.

Los episodios psicóticos desaparecieron y Ann se reincorporó a su trabajo en la biblioteca. Todo parecía estar bajo control. Flotaba en un estado de euforia, se le redondeaba la cintura, clasificaba libros y sellaba carnés. Hope vino al mundo a través de aquella niebla de medicaciones, con tres semanas de adelanto (decididamente, la puntualidad estaba en vías de desaparecer en la familia Randall).

El abuelo Henry, a quien pidieron ayuda, se presentó en la guardería de la maternidad. Permaneció allí el tiempo justo para echarle un vistazo al bebé y declarar que se llamaría Mary Hope Juliet.

Mary Hope Juliet, depositada sin contemplaciones en un nido de cuco.

5. Una lógica inquietante

Hope, chiquilla de mirada despierta y temperamento independiente, no lloraba casi nunca y muy pronto rehusó el pecho. No poseía la belleza frágil de su madre, pero de su silueta y de sus movimientos se desprendía una innegable gracia. Tenía un cabello liso imposible de peinar y las pecas que le florecieron en la cara durante la canícula de 1977 acabaron de darle un aspecto de niña abandonada en el corazón de la selva amazónica.

Pasaron los años. Ann seguía clasificando libros y tomando escrupulosamente sus medicamentos. Hope asistía a la escuela primaria del otro lado de la calle. Tenían pocos amigos y visitaban raramente a la familia. Los Randall se reunían en el tanatorio cada dos meses, cada vez que una tía o un primo sucumbía a su apocalipsis personal, y aquellos velatorios constituían la esencia de su vida social.

Llevaban, en resumidas cuentas, una vida sin sorpresas.

El período de decadencia se inició el día en que Ann dimitió de la biblioteca, llevándose consigo la colección de biblias (cuya ausencia, por otra parte, pasó completamente desapercibida). Luego, de cajera en Sobeys, se dedicó a almacenar grandes cantidades de comida; la suficiente como para alimentar a una familia numerosa aislada durante varios meses.

Aquel trastorno alimentario obedecía a una lógica inquietante: Ann se negaba a comprar verduras y frutas frescas –productos condenados a una rápida devaluación–. Pensaba en términos de calorías por metro cúbico, proteínas y aporte nutricional. Sobre todo, nada que fuera perecedero. Compraba en Sobeys desmesurados cargamentos de provisiones: cinco libras de arroz, diez libras de patatas, cuatro latas de alubias rojas, cuatro latas de tomate frito, veinte latas de atún en aceite, veinte latas de peras en almíbar, veinte latas de melocotones en almíbar, veinte latas de guisantes; y fideos *ramen*, cientos de bolsas de *ramen* que iba metiendo en el más mínimo espacio libre.

Cuando su hija le preguntaba el porqué de tantas provisiones, Ann Randall contestaba con aire enigmático:

–Moneda de trueque para cuando aterricen los chinos.

A Hope, de ocho años y medio, el humor de su madre ya se le antojaba sospechoso.

6. Aprenda ruso en casa

Tras unos años de relativa tranquilidad, los servicios sociales abrieron de nuevo el expediente Ann Randall. En efecto, una visita de rutina había permitido comprobar que no todo iba como la seda en aquella familia: además de sus antecedentes psiquiátricos, he aquí que la tutora legal coleccionaba bolsas de *ramen* y latas de sardinas a millares. Sospechoso.

Afortunadamente, Hope estaba al quite. Cada vez que un trabajador social amenazaba invitarse, ella fregaba el suelo, vertía un litro de lejía en el inodoro y colocaba manzanas y naranjas en una bonita cesta de mimbre. Cuando se la veía en un entorno cuidadosamente preparado, Ann Randall conseguía dar la impresión de ser casi normal.

Aquella comedia se repetía cada seis meses y, poco a poco, Hope aprendió a crear una ilusión de normalidad. Entendió enseguida que ciertos detalles resultaban sospechosos – en particular, la ausencia de televisor–. Mucho más que un simple aparato doméstico, se trataba de una prueba de conformidad social. Por consiguiente, Hope rebuscó entre las basuras y dio con un viejo televisor Zenith en blanco y negro. La parte inferior de la pantalla se negaba a animarse, pero, siempre y cuando no lo encendieran, el artefacto daba gato por liebre.

En cuanto la televisión ocupó su lugar en el comedor, la actitud de los trabajadores sociales cambió. Observaron aquel cambio positivo y la frecuencia de las visitas empezó a menguar. Sin embargo, entre cada inspección había que esconder el televisor: Ann Randall se negaba a tolerar aquel artilugio que provocaba cáncer de retina y pudría el cerebro.

La llegada del televisor marcó un giro en la vida de Hope. Hasta entonces, la única fuente de información en aquella casa había sido la colección de biblias de su madre. Hope había leído una vez la traducción King James sin omitir siquiera una página –¡y había sido más que suficiente, gracias!–.

En adelante, todas las noches se encerraría en su ropero para escuchar las noticias internacionales de la CBC News, las películas antiguas de última hora de la noche y, sobre todo, la sacrosanta cita: *The Nature of Things* (La naturaleza de las cosas), con David Suzuki⁴. Astronomía, genética, química, todo le interesaba. Cada viernes por la noche, aquellas revelaciones irradiaban desde Vancouver, Columbia Británica, cruzaban el continente por vía hertziana, saltaban de un repetidor a otro, aterrizaban en un televisor miserable escondido en un ropero de Yarmouth, Nueva Escocia, y se propagaban por el cerebro de una jovencita sedienta de ciencia.

La guerra fría estaba en las últimas. La llegada de Mijaíl Gorbachov era un buen presagio, la perestroika era un muy buen presagio y la *glasnost*, un muy, muy buen presagio. Ahora ya no se hablaba de holocausto nuclear: se especulaba acerca de la próxima apertura de un McDonald's en la Plaza Roja.

Hope, previsora, llamó a cobro revertido a todas las librerías de Halifax en busca de un método de ruso. Encontró finalmente lo que quería en Book Room. A la semana siguiente, el cartero llevó (entre bufidos y maldiciones) tres enormes paquetes envueltos en papel de embalar, sólidamente amarrados con cordel, que contenían los diecisiete

volúmenes de *Aprenda ruso en casa*.

Mientras su madre se mordía las uñas en la cocina, Hope se encerraba en el ropero, encendía su televisor clandestino y, a la luz estroboscópica de la pantalla, aprendía todo lo aprendible sobre pronombres personales, conjunciones y conjugaciones.

Estaba memorizando los primeros verbos irregulares cuando se produjo el incidente de Chernóbil.

Un simple error de mantenimiento, treinta minúsculos segundos de negligencia y una central nuclear entraba en fusión en un lejano rincón de Ucrania de una manera tan simple como un *toffee* se deshace en la tapa de una estufa. Hope permaneció tres días enganchada al televisor. Por primera vez, el mundo podía seguir al minuto una catástrofe que ocurría en territorio soviético, situación que dos o tres años antes hubiera pertenecido al ámbito de la ciencia ficción.

Para Ann Randall, en cambio, Chernóbil figuraba entre los signos precursores – después de todo, solo faltaban tres años para el verano de 1989–, y volvió a padecer ansiedad combinada con insomnio y períodos de febrilidad súbita e inexplicable. Por si fuera poco, se sumó a ello una novedad: en adelante hablaría asirio en sueños.

Asirio o hebreo, o sumerio, esa era la conclusión de Hope, basada, a decir verdad, en unos indicios bastante nimios. Su madre se quedaba dormida todas las noches mientras leía una gruesa biblia multilingüe. ¿Se producía una especie de contaminación? Una cosa era segura: no se parecía nada al ruso.

Para Hope, guardiana del equilibrio doméstico, aquellas psicosis apocalípticas no eran un pintoresco rasgo familiar, sino un auténtico problema. De modo que llevó a rastras a su progenitora al psiquiatra, quien confirmó que la dosis de clozapina, eficaz durante muchos años, parecía haber dejado de surtir efecto. Nueva dosis, nueva rutina.

¿Por qué aquella súbita falta de respuesta? El médico no podía explicarlo con certeza. Barajó diversas causas posibles: evolución de la enfermedad, cambio del metabolismo o efectos de la adicción. Hope, por su parte, pensó que quizás existiera una incompatibilidad no documentada entre la clozapina y la actualidad internacional.

Pero sin importar cuáles fueran las causas, ahora debía duplicar sus esfuerzos para mantener la estabilidad del núcleo familiar, lo que agudizó su temperamento solitario y la cantidad de horas semanales que pasaba escondida en el ropero.

Se sentía superada por la situación, pero ¿a quién diablos hubiese podido pedir ayuda? Seguro que no a los Randall, que más que aceptarla la toleraban. El motivo era de lo más sencillo: Hope todavía no había sufrido su Mal Rato, y ¿en qué quedaba una Randall que ignorase su propia fecha del fin del mundo? Apenas una infra-Randall, una larva, un cuerpo extraño en órbita alrededor del árbol genealógico.

Hope caminaba en la frontera entre dos mundos, incapaz de poner los pies en uno u otro. Afortunadamente, estaba David Suzuki.

7. Fulminada por el destino

Por desgracia, llegó el verano de 1989.

La madre de Hope sentía un pavor indescriptible, multiplicado por el hecho de no saber exactamente a qué atenerse. Hacía ya una temporada que había renunciado a tragar la más mínima píldora, y los frascos de clozapina sin abrir se acumulaban en el botiquín. Resultado: después de la cena se pasaba las horas jugando al solitario en la mesa de la cocina, sobresaltada al más mínimo rumor, que su imaginación amplificaba y transformaba de inmediato en cataclismo.

A través de la pared se oía sin cesar la televisión del vecino, un cóctel de *El precio justo*, *Apartamento para tres* y el programa de cocina asiática *Wok With Yan* en el que se intercalaba un ocasional aullido de rabia imputable a la absorción abusiva de cerveza. El alboroto empezaba cada mañana a las seis y continuaba hasta medianoche, lo que hubiese vuelto majara a cualquiera; y Ann Randall estaba pendiente de un hilo, como esos personajes de dibujos animados a los que solo un índice tembloroso mantiene sujetos al borde del precipicio.

Su ansiedad no dejó de crecer y de inflarse hasta que, una noche de julio, todo se vino abajo.

Hope transitaba entre dos fases del sueño cuando la despertó un tintineo de porcelana. Alguien estaba revolviendo en los armarios. Se dirigió con sigilo a la cocina, que encontró en un estado caótico. Con la mirada enfebrecida, su madre vaciaba la nevera.

—¿Qué estás haciendo, mamá?

Ann Randall se dio la vuelta sobresaltada, como una ladrona pillada con las manos en la masa. Miró a su hija durante un segundo interminable, incapaz de reconocerla, y siguió vaciando la nevera.

—Estoy preparando el equipaje.

—¿Para ir adónde?

—Hacia el oeste.

Ann Randall, en efecto, creía ganar tiempo huyendo hacia el oeste, quizá partiendo del principio de que los husos horarios van en orden decreciente. O se basaba, más probablemente, en alguna oscura interpretación bíblica de los puntos cardinales o en la letra de una canción de Led Zeppelin que habría oído en la radio aquella misma noche. ¿Cómo saberlo?

Hope, resignada, se quitó el pijama y se puso la ropa que tenía más a mano. Unos vaqueros viejos llenos de agujeros, una camiseta y una gorra de los Mets de Nueva York. Preparó la bolsa suspirando y consiguió embutir en ella unos cuantos tomos del método de ruso. Luego le echó un último vistazo al ropero —pequeña crisálida amueblada con sus libros—, su televisor, sus cojines y sus pósteres de David Suzuki. Hope sabía que nunca volvería. Suspiró. ¿Por qué no habría nacido en una familia obsesionada por la caza del corzo, la Super Bowl o la política municipal?

En la cocina, su madre terminaba de vaciar la nevera. Puso una bolsa de comestibles entre los brazos de Hope.

—Toma, lleva esto al coche.

Hope obedeció de mala gana. Delante de la casa aguardaba el viejo Lada con las portezuelas abiertas de par en par, un coche enfermizo, comprado de segunda mano el año anterior con los escuálidos ahorros familiares. El maletero rebosaba de bolsas, bibelots, ropa. Ann Randall incluso había sacado la rueda de recambio para que cupiese su colección de biblias. Todos los asientos, excepto el del conductor, estaban ocupados por cajas, y en el suelo se amontonaban sacos de harina, cajas de *ramen*, botes de *relish*⁵, botellas de vinagre y de kétchup, de salsa de soja y de mostaza.

Hope miraba el pobre Lada, hundido contra los amortiguadores. ¿Conseguiría siquiera superar los treinta kilómetros por hora?

Regresó a la casa, agarró la bolsa de viaje al pasar y se precipitó al cuarto de baño. Una veintena de botes de clozapina aguardaban, atados en un paquete, en el botiquín. De pronto se oyó el ruido de la portezuela: Ann Randall acababa de sentarse al volante. Hope echó el paquete de botes en la bolsa, encontró la receta doblada en doce pliegues bajo el bote de vaselina y corrió rápidamente a reunirse con su madre antes de que a esta se le ocurriera la idea de largarse sola.

El reloj del Scotiabank marcaba las cuatro de la madrugada y doce grados centígrados cuando las dos mujeres dejaron Yarmouth a cincuenta y cinco kilómetros por hora, pertrechadas con un termo de té rojizo y un mapa de carreteras rasgado en la intersección de Maine con la región de Témiscouata.

Acurrucada en un rincón del asiento trasero, Hope se dispuso a terminar la noche. Apoyó la cabeza en la mochila, dentro de la cual los comprimidos de clozapina sonaban como maracas.

Despertó poco antes de las doce en mitad de Nueva Bruns-Brunswick. Su madre había atajado por un camino forestal que dividía en dos la provincia: una carretera de grava sin fin, bordeada por miles de hectáreas de abetos negros estampillados con el sello de la familia Irving. Durante dos horas, solo se cruzaron con convoyes de madera y todoterrenos polvorientos. Desembocaron en algún lugar al noroeste de la provincia y cruzaron la frontera de Témiscouata, donde flotaba el aliento amarillo de los incendios forestales. Sobre la carretera, cruzaban el cielo una y otra vez aparatos Canadair CL-215.

Sumergida en su método de ruso, Hope no decía palabra. Sabía que sus preguntas recibirían por toda respuesta vagas elucubraciones teológicas. De todas formas, solo una cosa importaba en realidad: ¿hasta dónde iban a viajar así? Solo el océano Pacífico conseguiría detener a Ann Randall; y aún, también podía decidir arrojarse a él a toda velocidad. Seguramente sería necesario intervenir. ¿Qué haría Hope? Tenía por delante cinco mil kilómetros para elaborar un plan.

Ocurrió, sin embargo, lo siguiente: el corazón del camarada Lada sufrió un infarto definitivo en mitad de las turberas, a pocos kilómetros al sur de Rivière-du-Loup, fulminado (por así decirlo) por el destino. Un infarto de aquella categoría no tenía relación con la mecánica sino con el karma: cinco válvulas recalentadas de golpe, el carburador caramelizado, el embrague descoyuntado e innumerables tuercas desaparecidas.

El mecánico al que pidieron auxilio auscultó el vehículo mientras mordisqueaba un palillo y anunció un veredicto definitivo: *Kaputt!* Más valía vender la chatarra al peso que perder un solo minuto con el caso.

Ann Randall, calmada por las doce horas que llevaba conduciendo, sopesó la situación. Ni hablar de volver atrás. Pidió información al mecánico sobre Rivière-du-Loup y decretó que era una ciudad adecuada para esperar el fin del mundo.

Alquilaron una antigua tienda de mascotas situada cerca de la salida del extractor de humos del restaurante Chinese Garden, especialidades chinas y canadienses. Una notable porción de sus ahorros se esfumó con el primer mes de alquiler, por lo que Ann tuvo que aceptar un trabajo en un almacén del polígono industrial, donde un pelotón de almas errantes embutían papel en mochilas fabricadas en la República Popular China. El empleo era miserable, pero suficiente. Después de todo, pronto asistirían a la aniquilación definitiva de la totalidad de la civilización moderna (incluida la República Popular China).

Ann seguía tambaleándose al borde del abismo, siempre a dos dedos de una recaída que solo un ínfimo detalle impedía: sin que ella lo supiera, todas las mañanas Hope machacaba dos comprimidos de clozapina en su taza de té.

8. Los veinticinco trajes de Albert Einstein

La mañana del primer día del curso, llamé a la puerta de la tienda de mascotas. La madre de Hope acababa de marcharse y todo lo que quedaba de ella era un rebujo de mantas todavía tibias encima del sofá cama. Yo, encantado: no tenía ninguna prisa por conocer a aquel fenómeno de la psiquiatría.

De camino hacia el instituto polivalente⁶, Hope birló un periódico que sobresalía de un buzón. En primera plana aparecía una foto de Neptuno tomada por la sonda Voyager 2. Como seguramente mi entusiasmo le pareció insuficiente, Hope me explicó que la sonda había sido lanzada en 1977 y que los doce años necesarios para alcanzar Neptuno demostraban de forma admirable la inmensidad del universo y lo minúsculo de nuestro planeta.

Desde ese punto de vista, el primer día de clase parecía un acontecimiento bastante insignificante. 1-0 a favor de la astronomía.

El patio del instituto estaba abarrotado de gente. Las clases iban a empezar unos diez minutos después y había dos mil estudiantes apiñados alrededor de las escaleras. Refugiados en un rincón tranquilo, Hope y yo observábamos el tumulto. De vez en cuando le indicaba un profesor digno de interés, o uno del que convenía no fiarse demasiado. Hope me preguntó si había quedado con alguien.

–No, en realidad no.

Lo que, naturalmente, significaba que de momento no existía nadie más importante que Hope.

Cruzados de brazos, examinamos a los alumnos que iban y venían con su ropa nueva, sus peinados elaborados y su argot cuidadosamente calibrado. Observé de paso que Hope llevaba la misma ropa desde hacía una semana: unos viejos vaqueros con agujeros, una gorra muy usada y una camiseta gris. Pero ¿de verdad era la misma ropa? Quizá seguía el ejemplo de Albert Einstein, quien, según dice la leyenda, consiguió veinticinco trajes idénticos para no perder tiempo cada mañana en cuestiones indumentarias.

La anécdota hizo sonreír a Hope. Resulta que sabía dos o tres cosas sobre la vida del gran físico. Por ejemplo, Einstein le había enviado *efectivamente* una carta al presidente Roosevelt para incitarle a desarrollar la bomba atómica antes de que lo hicieran los alemanes. Había sido *realmente* sionista socialista y había rehusado la presidencia de Israel hacia 1950. Y de verdad había afirmado: «Ignoro con qué armas se hará la Tercera Guerra Mundial, pero la cuarta se hará con cuchillos para linóleo comprados en la ferretería de la esquina».

En cambio, Hope no había oído jamás aquella anécdota de los veinticinco trajes idénticos.

De hecho, siempre llevaba la misma ropa porque era la única que había podido pillar al marcharse de Yarmouth. Lavaba la camiseta y la ropa interior todas las noches en el fregadero de la cocina, pero después de tres semanas de semejante régimen, convino en que pronto habría que encontrar una solución.

Después de todo, quizás el sistema de Albert Einstein no fuera mala idea.

9. La última gran fobia

Hacia el equinoccio de otoño, Hope se había adaptado perfectamente a su nuevo ecosistema. Parecía que hubiese vivido aquí toda la vida; incluso su extraño acento se había suavizado un poco. Sin embargo, persistía en dormir en la bañera, lo que no me tranquilizaba nada en cuanto a la estabilidad de la situación de madre e hija. Cada vez que me presentaba en la Tienda de Mascotas Randall temía encontrar el lugar desierto, evacuado con ocasión de un nuevo ataque de psicosis nocturna.

Según Hope, me preocupaba en vano: la clozapina era fiable. Gracias a aquella maravillosa molécula, las grandes fobias de la señora Randall se reducían ahora a pequeñas manías perfectamente soportables.

Entre tanto, la tienda se parecía cada vez más a una guarida, un antro de drogatas; una vivienda de usar y tirar. Un sábado por la mañana, aprovechando la ausencia de la señora Randall, Hope y yo nos enfrentamos al caos sin miramientos.

Mientras yo pasaba la escoba, Hope puso los cacharros en agua con jabón. Unas cuantas pompas flotaban por la tienda de mascotas reflejando todo lo que las rodeaba, copias de seguridad en miniatura de nuestro universo.

Hope me había prohibido tajantemente que tocara la mesa del comedor, casi vencida bajo una gruesa capa de papeles: ecuaciones, fases de la Luna, diagramas cabalísticos y bolsas de *ramen* Captain Mofuku vacías. Aquel desorden constituía la última «gran fobia» que la clozapina no había conseguido apaciguar: la señora Randall se empeñaba en buscar la fecha del fin del mundo.

Según ella, la situación resultaba de una claridad meridiana: si el apocalipsis no se había producido durante el verano de 1989, tal como estaba previsto, entonces el calendario tenía la culpa. Todas las noches se empollaba el problema. Efectuaba conversiones de ida y vuelta entre el calendario juliano y el calendario hebraico, pretendía que se había olvidado en el cómputo un puñado de años bisiestos aquí y allá, echaba pestes contra Gregorio XIII y maldecía al astrónomo incompetente que había puesto una coma en el lugar equivocado en 1847.

La señora Randall estaba realmente mal de la azotea. Hope, indulgente, se encogió de hombros.

—No puedes entenderlo. Para un Randall, es tranquilizador conocer la fecha del fin del mundo. Sirve de punto de referencia. Da la impresión de dominar la situación.

Aquella explicación me dejó confuso. ¿Había que deducir que Hope, que todavía no había vivido su Mal Rato, se angustiaba por ignorar la fecha del apocalipsis?

Se rio a carcajadas. ¡¿Cómo diablos Mary Hope Juliet Randall, ferviente admiradora de David Suzuki, un hacha en álgebra y en química molecular, podría suscribir aquellas tesis medievales?! Seamos serios.

Dejé el tema y seguí barriendo mi montón de migas, pero Hope me pareció un tanto nerviosa durante varias horas. Sin duda, yo había dado en el clavo equivocado.

10. Fusión en frío

A principios de octubre, a Hope se le metió en la cabeza ahorrar algo de dinero para su uso personal. Después de acosar durante tres semanas al responsable del sector, consiguió que le confiaran una ronda de reparto de periódicos; una especie de milagro, ya que las rondas en cuestión constituían, entonces, verdaderos cotos de caza que se transmitían exclusivamente de padres a hijos y de un hermano al siguiente.

Todas las mañanas, Hope caminaba de un *bungalow* a otro con una pesada bolsa que le golpeaba la cadera mientras leía un periódico hábilmente doblado por la sección de información internacional. Volvía a la tienda de mascotas negra como una deshollinadora, se duchaba, desayunaba y aliñaba el té de su madre, tras lo cual, a las siete y media en punto, llamaba a la puerta de nuestra casa.

Una mañana se presentó treinta minutos antes que de costumbre, con la nariz manchada de tinta, la bolsa colgada del hombro y una toalla al cuello.

–¿Sabías que el principal ingrediente de la tinta de imprenta es el aceite de soja?

–Ah, ¿sí?

–Y por eso resulta virtualmente imposible lavarla sin agua caliente y jabón.

–Ah. Ya veo. ¿Un problema de fontanería?

–Nuestra ducha escupe coágulos de óxido así de grandes. Casi siempre basta con dar un puñetazo en la pared para desatascar la arteria, pero esta mañana no ha habido manera. ¿Podría lavarme rápido?

Claro que podía. La llevé hasta el cuarto de baño del semisótano. A propósito ¿era cierta la historia del aceite de soja? Hope me lo confirmó. El aceite de soja había sustituido a los aceites de petróleo en los años setenta, durante el embargo de la OPEP. A veces me preguntaba qué habría pensado Gutenberg de nuestra civilización.

Hope se encerró en el cuarto de baño mientras yo intentaba terminar los deberes de matemáticas. El último problema se me resistía –una ecuación de tres incógnitas particularmente retorcida–, pero no lograba concentrarme: toda mi atención se desviaba hacia el chasquido acuático procedente de la ducha. Intentaba en vano mantener la vista fija en la página. Se me ocurrían ideas en forma de rayos X. Mi mente la emprendía con la pared, taladraba el átomo, penetraba el pladur, la madera y el vapor, y cartografiaba la fina silueta de Hope mientras se enjabonaba.

Diez minutos después, estaba más liado que nunca con mi ecuación cuando Hope salió descalza del cuarto de baño. Llevaba unos vaqueros y una camiseta Goldorak un poco pequeña, lo que acabó de confundirme. (En efecto, se había llevado una bolsa entera de ropa para niños del almacén de la Saint-Vincent de Paul.)

Mientras se frotaba la nuca, recorrió el semisótano, se demoró un momento delante del televisor y luego se plantó ante la foto de tamaño natural de mi tía Ida, que posaba orgullosa delante de la flota familiar de hormigoneras. Se inclinó hacia la placa de latón en la que se leía: «Hormigones Bauermann Inc. Orgullosos Constructores Desde 1953».

Hope se acercó a mí con la toalla enrollada alrededor de la cabeza como un califa.

–¿Problemas de Álgebra?

Solté un gruñido. Cogió un lápiz y, con una sola mano, mientras seguía secándose el

pelo, puso orden en mis cálculos. En pocos segundos, las incógnitas dieron paso a una elegante solución.

Hope señaló con la barbilla la foto de mi tía Ida.

—¿Tu familia está en el negocio del hormigón?

Sonreí. Mi familia, en efecto, estaba en el negocio del hormigón. Hope insistía para obtener detalles cuando, desde lo alto de la escalera, mi madre preguntó si queríamos gofres. Pregunta puramente retórica. Le prometí a Hope revelárselo todo sobre el clan Bauermann, pero otro día, y subimos las escaleras.

Un olor dulce flotaba en la cocina. Encima de la mesa habían dispuesto una cesta con gofres recién microondeados, naranjas y una jarra con jarabe de maíz. Mi padre leía la sección de economía y mi madre miraba las esquelas. La cafetera cumplía su tarea. La radio se oía en sordina, simple ruido de fondo.

De buen humor, mi padre se dirigió a Hope.

—Y bien, señorita Randall, ¿qué hay de nuevo?

Hope le sonrió y pinchó tres gofres.

—La rutina. Grandes manifestaciones contra el régimen comunista en Leipzig. También parece que, a fin de cuentas, lo de la fusión fría no son más que pamplinas.

Mientras untaba un kilo de Nutella en sus gofres, estudié la expresión de mis padres. Diversión paterna y perplejidad materna. Mi madre dobló el periódico y barrió unas migas con el dorso de la mano.

—¿Y cómo está tu madre?

—Bien, supongo. Trabaja mucho. Pero si *de verdad* quiere mi opinión, no es tan interesante como la fusión fría.

11. Perfectamente habitable durante largos períodos

Hope pasaba cada vez más tiempo en nuestro semisótano. Vista la atmósfera cuando menos particular que reinaba en la Tienda de Mascotas Randall, me parecía normal. Necesitaba cambiar de ideas, y sus manuales de ruso se cubrían de polvo mientras pasábamos todas las noches delante de la tele, arrellanados en el enorme y mullido sofá con un bol de galletas *pretzel* al alcance de la mano.

Apenas se acababa *The Nature of Things* atravesábamos, como todos los viernes, un momento de abatimiento: Hope consideraba que después de la presentación de *sensei* Suzuki ningún otro programa merecía ser visto.

Zapeando de un canal a otro encontré un reportaje de la BBC sobre las excavaciones de Pompeya. Hope fingía que solo le interesaba la publicidad, sin duda para hacerme rabiar. En cada pausa se extasiaba, hacía como que entraba en trance o buscaba mensajes ocultos en los anuncios de tampones (máxima libertad, sensación superior).

¿Por qué la gente tiene tan poco aprecio a la arqueología?

Bajo un sol de justicia, unos becarios mal pagados quitaban la tierra con pinceles y paletas. Una arqueóloga italiana explicaba una de las extrañas peculiaridades del yacimiento: durante las excavaciones, de vez en cuando encontraban aquí y allá cavidades que habían dejado los cuerpos de las víctimas. Bastaba con rellenarlas de yeso y recuperar el molde con un escoplo de cantería para obtener la reproducción en 3D de un habitante de Pompeya en el momento exacto de su muerte. (Ese detalle atrajo brevemente la atención de Hope.)

La cámara se paseaba por un almacén lleno de decenas de aquellos moldes. Estantes y más estantes de ciudadanos romanos asfixiados, tendidos, encogidos, acurrucados unos contra otros; una población entera transformada en hormigón.

Me pregunté si la erupción del Vesuvio habría sorprendido a algunos pompeyanos durante su última cópula y si, en tal caso, los arqueólogos habían realizado moldes convincentes.

Hope bostezó y se rascó el ombligo. Alargó el brazo hasta el bol y no halló más que una pizca de sal gruesa.

—¿Quedan *pretzels*?

Le tendí la bolsa. En la pantalla aparecían trozos de paredes cubiertas de grafitos de la Antigüedad. Los romanos no esperaron el invento de la pintura a presión para vandalizar las superficies públicas. Hope se había puesto en pie y se paseaba por el semisótano mientras rebuscaba en la bolsa. Se detuvo ante el cuadro de mi tía Ida erguida delante de la flota de hormigoneras y después se plantó delante de mis novelas de ciencia ficción.

—¿Las has leído todas?

Asentí con la cabeza. Se limpió los dedos en los vaqueros, sacó un Isaac Asimov del estante y lo hojeó.

—¿Y dónde los compras?

—En Youri. Una librería de viejo de la calle Lafontaine.

Barrió la biblioteca con la mirada, de arriba abajo, hasta arrodillarse ante la sección de arqueología a ras de suelo. Por supuesto, el contraste la hizo sonreír: a Hope, como a la mayoría de mis contemporáneos, le costaba ver la complementariedad entre ciencia ficción y arqueología.

El reportaje sobre Pompeya estaba terminando e inmediatamente Hope exigió el telediarario. Giré el selector de canales justo a tiempo para pillar a Bernard Derome enunciando los titulares principales. Palabras clave: devastador, tifón, Tailandia.

Gay era el tifón más violento que azotaba la península malaya en varios decenios. Los vientos alcanzaban velocidades de casi doscientos kilómetros por hora y pudimos ver una casita que volaba por los aires hacia el mar como un vulgar envase vacío; ponía la carne de gallina a cualquiera. ¿Hubiera resistido mejor nuestro propio *bungalow*?

–Interesante pregunta –musitó Hope.

Estudió el semisótano con la mirada antes de declarar que el *bungalow* norteamericano poseía, pensándolo bien, ciertas características de búnker. Se trataba de una de las pocas residencias modernas con el cincuenta por ciento del espacio habitable situado *bajo* la superficie del suelo.

–Las casas antiguas tenían plantas subterráneas, criptas, bodegas o zulos para Kaláshnikov. Pero el semisótano del *bungalow* norteamericano es diferente. Dispone de aislamiento, calefacción, está amueblado, equipado con camas, congeladores, cámaras frigoríficas, televisor, teléfono y juegos de mesa.

–¡Sin olvidar la alfombra de angora!

–Sin olvidar la alfombra de angora... Dicho de otro modo, es un espacio perfectamente habitable durante largos períodos.

Mientras hablaba, rescató una galleta *pretzel* olvidada entre dos cojines del sofá.

–El semisótano moderno apareció durante la guerra fría, es el producto de una civilización obsesionada por su futuro. Pero si lo miramos con detenimiento, la última vez que tantos *Homo sapiens* vivieron bajo tierra se remonta a la Edad de Piedra.

Lanzó la galleta al aire. Esta efectuó una parábola perfecta antes de caerle entre los dientes. Crac.

–Conclusión: la modernidad es un concepto muy relativo.

La increíble Hope.

Se quedó dormida mientras daban el tiempo, con la cabeza hacia atrás y murmurando comentarios incomprensibles. Bajé el sonido de la tele, puse una manta sobre las piernas de Hope y durante un rato la miré dormir.

Se presume que el cerebro humano consume una quinta parte de la energía que produce el cuerpo, pero el cerebro de Hope consumía visiblemente mucha más; y mientras respiraba pausadamente con los ojos cerrados, imaginé su córtex fisionando silenciosamente canicas de uranio 235.

12. Termitas

Sentados en las gradas del estadio municipal, captábamos los últimos rayos de sol del otoño temblando de frío. Un viento helador subía del río y ya era necesario llevar gorro y abrigo. Semejante frío en pleno mes de octubre hacía temer la llegada de una nueva glaciación. Hurgando en los cajones de mi hermano encontré para Hope un abrigo viejo solo un poco más grande de la cuenta. Embutida en aquel grueso chaquetón de pluma rojo parecía una niña, pero no le importaba en absoluto.

Desde hacía unas semanas, reclamaba una Historia general de la familia Bauermann – con lo que ello conllevaba de verdad y de leyendas–, y me disponía a desvelárselo todo entre castañeteos de dientes.

Llegada de Holanda a mediados del siglo xix, mi familia se instaló en Nueva Jersey, donde se dedicó a la albañilería antes de especializarse poco a poco en cementos y hormigones. Mis antepasados trabajaron tan bien que en los albores de la Segunda Guerra Mundial explotaban una de las fábricas de cemento más grandes de la región: la Bauermann Portland Cement Works.

La fábrica estaba a orillas del río Fresh Kills, a un tiro de piedra de lo que un día se convertiría en el mayor vertedero del mundo. Las fábricas más grandes, los más vastos vertederos; América era la tierra prometida.

La edad de oro de los Bauermann terminó al principio de la guerra fría, cuando la familia se vio marginada del mercado regional por la mafia. Naturalmente, trataron de resistir, pero tras docenas de peleas en las obras, amenazas de muerte, boicots por sorpresa y una cantidad apreciable de parabrisas de hormigoneras pulverizados a golpes de bate de béisbol, mi venerable abuelo, Wilhelm Bauermann, decidió dejar en manos de otros iluminados la tarea de edificar Nueva York.

Así pues, el éxodo de los Bauermann se produjo una mañana de diciembre de 1953. El convoy de la familia se extendía varios kilómetros a lo largo de la Interestatal 87: hormigoneras, trituradoras, lavadoras y, sobre todo, un *kiln* colosal depositado en dos plataformas móviles.

–¿Un *qué*?

–Un *kiln*. Es un horno giratorio. Es parecido a un gran tubo inclinado. La harina cruda entra por un lado, el granulado sale por el otro, y el horno puede funcionar noche y día sin detenerse jamás.

–Muy interesante.

–¿Puedo seguir?

–Adelante.

Entonces, los Bauermann subieron hasta Nueva Inglaterra, cruzaron Canadá y se detuvieron en Rivière-du-Loup, en el polígono industrial por entonces todavía incipiente, a pocos kilómetros del trazado de la futura autopista 20. Cantidad de viaductos en perspectiva.

Los vertederos canadienses eran menos extensos y las fábricas, más pequeñas, de modo que la familia Bauermann procedió a un reajuste de sus ambiciones. Mi tío Kurt evocaba en ocasiones su juventud en Nueva Jersey, la inmensa fábrica que nunca

dormía, el incesante ir y venir de las hormigoneras, el gruñido de los *kilns*..., y, sobre todo, aquellas montañas de carbón desde cuya cúspide se veía la línea de rascacielos de Manhattan, perdidos en la niebla, como una Bagdad de *Las mil y una noches*.

Nuestra familia siguió amasando hormigón. El destino de los Bauermann estaba tan claramente definido como el de una colonia de termitas: mi padre dirigía la fábrica de cemento, mi tío Kurt se encargaba de la de hormigón y mi legendaria tía Ida gobernaba el ejército de hormigoneras. Era ella quien posaba en la célebre foto, en nuestro sótano: de brazos cruzados y con expresión intratable, allí estaba, plantada delante de un semicírculo de enormes hormigoneras Mack cromadas. Cuando quería formarme una imagen mental de Hernán Cortés, pensaba en la pose de Ida. El Nuevo Mundo quedaba avisado.

Hope se echó a reír. ¿No estaría exagerando un poco? No, no exageraba nada. Para los Bauermann el hormigón era algo más que un simple negocio: se trataba de una aventura civilizadora, transmisible de padres a hijos. Éramos creadores de mundos.

–Así que piensas hacerte cargo de la fábrica.

Abordaba un tema sensible: la vocación de los Bauermann estaba en una encrucijada. Ni Kurt ni Ida habían procreado, y mi hermano acababa de cometer una grave traición al irse a estudiar Psicología: un directo al estómago del que mi padre no conseguía recuperarse. Como benjamín, me correspondía a mí la responsabilidad del golpe de gracia, y temía el día en que debería anunciar mi intención de estudiar Literatura Comparada en lugar de uncirme al yugo.

La expresión de Hope cambió de repente. Se volvió hacia los *bungalows* con gesto de preocupación o contrariedad. Justo cuando iba a preguntarle qué le ocurría, el granizo empezó a crepitar a nuestro alrededor. Tres segundos después, el chaparrón nos caía encima.

Fuimos a guarecernos en el banquillo de los jugadores.

Aquella tormenta era tan violenta como súbita: imposible oír una palabra entre el ruido atronador provocado por el granizo sobre la cubierta del banquillo. Montones de pedrisco se acumulaban en los hoyos del campo de béisbol, inmaculados como gránulos de poliestireno.

Hope contemplaba la escena perdida en sus pensamientos. Era evidente que el desenlace de mi relato la había irritado, y no hacía falta buscar demasiado para ver dónde había metido yo la pata: había osado quejarme de una situación que Hope envidiaba. O, dicho de otro modo, mi padre se ocupaba de mí, esperaba algo de mí y se interesaba por mi porvenir; aunque, para mi desgracia, ese porvenir tenía la forma de una fábrica de cemento anticuada en un rincón perdido del país.

La señora Randall, por su parte, no depositaba esperanza alguna en su hija. Hope habría podido ser *streeper*, ministra pentecostal o cajera en un McDonald's, le habría dado absolutamente igual.

13. Se ruega evitar los verbos *ser* y *haber*

Un viernes entre tantos otros, al volver del instituto.

En cuanto llegué al Búnker –cariñoso mote que Hope le había dado a nuestro semisótano–, encendí nuestro potente Mac SE y tiré la mochila al suelo. Se entreabrió con el movimiento y escupió unas cuantas hojas entre las que figuraba nuestra tarea de redacción. Un tema en el que cabían todos: «Cómo será el mundo del futuro». Máximo de doscientas cincuenta palabras, se ruega evitar los verbos *ser* y *haber*.

Recordé el entusiasmo de la señora Michaud mientras dictaba las instrucciones, radiante ante la certeza de que se trataba de un ejercicio creativo inofensivo. Sin duda esperaba los clichés habituales: turismo espacial, robots domésticos y demás píldoras contra el cáncer.

Miré fijamente un minuto la pantalla del ordenador, suspiré y me refugié en el sofá, en el que yacía abandonado un cómic hecho trizas: *Godzilla, rey de los monstruos, contra el Capitán América*. Lo abrí al azar y caí en un anuncio de gafas Amazing X-Ray Vision capaces de atravesar la materia (incluida la ropa femenina) que tenían el ridículo precio de dos dólares estadounidenses. Enviar giros postales y órdenes de compra al apartado de correos 245, Navajo Creek, Nevada.

Vaya, el mejor embuste desde el invento del movimiento perpetuo.

Una corriente de aire cruzó la estancia. Hope estaba entrando por la puerta trasera del Búnker (ahora ya entraba sin llamar). Seguramente venía para teclear su redacción en el ordenador. Sorpresa: llevaba debajo del brazo un saco de dormir viejo de color rojo con la intención evidente de pasar la noche aquí. Enseguida sospeché lo peor. Tiró sus cosas a un rincón con gesto desenvuelto.

–¿Has oído las noticias?

Negué con la cabeza. No sabía nada de las últimas sacudidas que afectaban a la política interior de Nicaragua, la Bolsa de Tokio o la capa freática de Líbano. Insensible a mi humor, encendió la televisión y se dejó caer justo a mi lado. La pantalla retransmitía un espectáculo asombroso: cientos de individuos bailaban y se abrazaban encaramados en lo alto de algo que me pareció un viejo almacén de hormigón.

Hope volvió hacia mí la mirada de sus ojos azul eléctrico.

–¡Acaba de caer el muro de Berlín!

14. Grenzmauer

A consecuencia de un gracioso lapsus cometido por un alto dirigente, la RDA acababa de autorizar la circulación de sus nacionales entre el Este y el Oeste, y se disponía a acondicionar una decena de pasajes adicionales. Estábamos asistiendo en directo a un momento histórico sin vuelta atrás. Hordas de berlineses armaban juerga, cruzaban los puestos de control, atacaban el Muro con las herramientas que encontraban: martillos, mazas y otros arietes. Tanto optimismo alegraba el corazón.

Frente a la Puerta de Brandeburgo, una excavadora empujó un lienzo de muro que cayó pesadamente sobre el asfalto. El Muro no caía: se tumbaba; con una desconcertante facilidad, además. Así que ¿bastaba un empujoncito de *bulldozer* para acabar con la infame estructura? Miraba el Muro estrellarse repetidamente, cada vez más fascinado. El Telón de Acero era una chapuza fabricada con pladur. Según Hope, la realidad era mucho más sencilla: se trataba de un muro de bloques Lego.

–¿De bloques Lego?

–Bloques Lego de hormigón armado, un metro de ancho por cuatro de alto, con una base en forma de T. Se trata de la cuarta generación del muro de Berlín: el modelo Grenzmauer 75. Una arquitectura modular, gris y eficaz.

Todos los días aportaba su dosis de información inútil.

En la pantalla, los trozos de muro caían a buen ritmo y me pregunté qué pensarían hacer los alemanes con todos aquellos bloques de Lego que abarrotaban Berlín. Hope declaró que el Auténtico Fragmento de Muro iba a experimentar una fugaz subida de precio en el mercado local, antes de sufrir una devaluación fulgurante en el conjunto del mundo libre.

–Seguramente van a tratar de vender módulos completos en los Estados Unidos. Como trofeos.

Incluso estaba dispuesta a apostar cinco dólares a favor del siguiente guion: pronto, un rico hombre de negocios se apresuraría a comprar todo el Muro para garantizarse el monopolio (el régimen vigente estaría encantado de rentabilizar lo que de otro modo se anunciaba como una costosa página de la historia). Después, dicho hombre de negocios fletaría un portacontenedores y desplazaría el Muro, pieza a pieza, debidamente numeradas, hasta la periferia de Orlando con el fin de hacerle una alegre guerra de competencia a Disney World.

Traté de imaginar el aspecto de Murolandia. Deprimente.

Frente a la Puerta de Brandeburgo, la misma excavadora seguía empujando el mismo trozo de muro. A pesar de lo reciente, la historia ya estaba girando en bucle. Hope parecía estar evaluando el peso de un fragmento de Grenzmauer y los costes de transporte por vía marítima. Entonces vio el cómic encima de la mesa baja, abierto por la página de la publicidad de las gafas Amazing X-Ray Vision. Estudió el anuncio un momento enarcando una ceja. Me adelanté a sus sarcasmos.

–Ya lo sé. Me vas a decir que vulnera todas las leyes de la física moderna...

–En realidad, me preguntaba por qué los chicos no tratan simplemente de convencer a las chicas para que se desvestan en lugar de encargar artilugios chapuceros. Pero también

es verdad que por dos dólares no me quitaría gran cosa.

Movió los dedos a través de sus calcetines de lana, como si estuviera valorando el valor mercantil de sus pies.

El periodista hablaba de las ciento cuarenta víctimas que había causado el Muro a lo largo de los años cuando entró mi madre con una cesta de ropa sucia. Saludó a Hope, y el viejo saco de dormir rojo apareció de inmediato en la pantalla de su radar. Alerta roja instantánea.

Se plantó detrás de nosotros con la cesta apoyada en la cadera y echó un vistazo de fingido interés a la pantalla, donde el trozo de muro caía una y otra vez. Luego tosió ligeramente para atraer nuestra atención.

–Hope, ¿debo entender que vas a pasar la noche aquí?

–Si no es molestia.

–Me preocupa más que moleste a tu madre, ¿no crees?

Hope contestó, casi juguetona, que no había que preocuparse por eso, respuesta que no consiguió tranquilizar a mi madre. Con el rabillo del ojo, la vi descolgar el auricular y marcar el número de la tienda de mascotas (conectada desde hacía poco a la red telefónica).

Por una asombrosa coincidencia, la señora Randall estaba en casa.

Tras los saludos habituales, mi madre empezó a explicarle el objeto de su llamada. Pero no había dicho más de una palabra cuando la señora Randall tomó el control de la conversación; mi madre a duras penas conseguía murmurar «sí, sí» o «no, no».

Observé que su expresión pasaba de la cortesía a la incomprensión y después a un estupor total, no sin haber atravesado antes todo el espectro del asombro. Colgó y desapareció con su cesta de ropa sucia sin añadir palabra, pero a la hora de cenar nos trajo comida china y una botella de tamaño familiar de Star Cola, y comimos viendo cómo Berlín exultaba.

Ignoraba qué diablos le había dicho la señora Randall, pero mi madre nunca más protestó por que Hope se presentara en el Búnker a cualquier hora del día o de la noche para comer, dormir, trabajar, leer, ducharse o procrastinar. Mi refugiada preferida acababa de obtener un permiso de residencia permanente.

15. ¡Bum!

Pasamos las primeras horas de la noche escuchando reportajes y turnándonos para teclear nuestras redacciones durante las pausas publicitarias. Falto de inspiración, me refugié en un tema conocido: el hormigón. Predije una arquitectura revolucionaria, basada en las más recientes variedades de aditivos. (En el registro de la ciencia ficción, la palabra «aditivo» me pareció bastante convincente.)

Hope, siempre en sintonía con la actualidad, anunció por su parte la caída del régimen soviético y el final de la guerra fría en los dos años siguientes, y añadió que en breve dejaríamos de tener miedo a la bomba atómica. En adelante, íbamos a temer a la obsolescencia industrial de la Unión Soviética; como había demostrado, por otro lado, el incendio de Chernóbil. Ese nuevo peligro iba a ser mucho peor que la bomba H: se trataría de una amenaza de efecto retardado que nadie podría controlar, un mecanismo de autodestrucción clavado en el corazón del *Imperium sovieticum*.

Aquella tesis en miniatura (doscientas cincuenta palabras exactamente) se titulaba lacónicamente «¡Bum!».

Mientras la impresora StyleWriter vomitaba nuestras copias, Hope me pidió una opinión objetiva. Corregí maquinalmente dos o tres faltas de ortografía y declaré que se trataba de un texto muy bueno que recibiría, sin lugar a dudas, una nota pésima. Me tronchaba solo de pensar en la expresión horrorizada de la señora Michaud.

Oímos el último telediario y luego, uno tras otro, los canales fueron cortando la conexión. Poco antes de medianoche, solo se podía elegir entre *Late Night* de David Letterman, *La isla de las orgías* y la enésima redifusión de *El planeta de los simios*.

Naturalmente, optamos por *El planeta de los simios*.

16. Empieza una nueva era

En el patio imperaba el tumulto habitual de los lunes por la mañana. No se notaba ni remotamente que el muro de Berlín había caído solo unos días antes. Nuestro instituto se mantenía al margen de la historia.

Al subir por la escalera nos cruzamos con el señor Chénard, que cargaba con una bolsa de papel llena de limones.

Chénard daba clases de Química desde hacía décadas. Había nacido durante la Gran Depresión, como quien dice el último período glacial, lo que le convertía en el profesor más viejo del colegio, una inagotable fuente de anécdotas y un blanco fácil para toda clase de bromas.

Hope le quería mucho, un poco como a un abuelo superviviente de la Segunda Guerra Mundial. Iba con frecuencia a pasar el rato a su despacho a la hora de comer. Chénard llenaba la pipa con unas pizcas de tabaco barato, ella apoyaba los pies en una esquina de la mesa y ambos discutían sobre darwinismo, geología y física cuántica. En un estante, la radio de onda corta sonaba amortiguada. Más que un simple aparato, se trataba de un *alter ego* de su propietario: venerable aparato de lámparas, antaño había sintonizado a Eisenhower y a Orson Welles, pero ahora ya solo captaba la emisora AM local.

Así que, Chénard bajaba por la escalera a contracorriente, con su bata llena de manchas, una bolsa repleta de limones y la pipa detrás de la oreja. Nos saludó e intercambió unas palabras con Hope sobre Berlín.

–Señor Chénard, ¿qué edad tenía en 1945? –le preguntó de repente.

Enarcó las cejas sorprendido.

–Unos catorce años.

–Entonces se acordará de Hiroshima, ¿no?

–¿De la bomba? Sí, claro que me acuerdo... –Se acomodó la bolsa de limones en la cadera con aire pensativo–. Sí, me acuerdo de la bomba –repitió.

A babor y a estribor rugía una oleada de estudiantes que maldecían el obstáculo que formábamos, y nuestro viejo profesor de Química parecía de pronto uno de esos personajes de película que se mantienen inmóviles en medio de una plaza pública por la que mil figurantes pasan a cámara rápida. Pero Chénard solo permanecía inmóvil en apariencia: bajo la superficie, su mente remontaba el tiempo a la velocidad de la luz.

–Me acuerdo sobre todo de los periódicos. El tono era de triunfo.

–¿De triunfo? –exclamé.

–Pues sí. Canadá había participado en el Proyecto Manhattan. Se anunciaba el principio de una nueva era. Las casas se calentarían con energía atómica. Los coches se alimentarían con plutonio. Una fuente de energía ilimitada. Es lo que me hizo querer estudiar ciencias.

Miró distraídamente a los estudiantes que desfilaban a uno y otro lado, como si despertara de pronto en medio de un torrente. Pestañeó y pareció buscar una excusa.

–Más de un científico encontró su vocación con Hiroshima, ¿sabéis?

Sonó el timbre de la primera clase y, como si hubiera esperado aquella señal, la bolsa de papel cedió contra la cadera del señor Chénard. Docenas de limones rodaron por las

escaleras, rebotando entre los tobillos de los alumnos.

Nos fuimos pitando a clase, y dejamos que se las arreglara con sus cítricos. No obstante, Hope estaba intrigada.

—¿Qué crees que va a hacer con los limones?

17. Megalimones

Como buena Randall que era, Hope jamás abandonaba una idea fija. Le daba vueltas y revueltas en todos los sentidos, como un cubo de Rubik: un ejercicio que podía continuar como reflexión de fondo durante horas y a veces días. A lo largo de la jornada la observé dibujar limones de distintos tamaños en el pupitre, en el margen del cuaderno de inglés y en la palma de su mano.

Nos explicamos el misterio a última hora de la tarde, en el laboratorio de química: ¡Chénard iba a enseñarnos cómo hacer una pila eléctrica con un limón!

El experimento parecía sencillísimo. Bastaba fijar dos electrodos en la pobre fruta y constatar, con ayuda de un voltímetro, que la diferencia de potencial generaba una muy débil corriente eléctrica. La corriente rozaba lo imperceptible –alrededor de 1,5 voltios– y habría sido necesario conectar varios cientos de limones en serie para encender una simple bombilla de 40 vatios. Naturalmente, el interés del experimento radicaba menos en producir electricidad que en explicar la función que desempeñaban el ácido cítrico, el zinc y el aluminio en ese extraño fenómeno.

Hope y yo formábamos un equipo temible –confieso que, esencialmente, gracias a Hope–, y terminamos el experimento en un periquete. Mientras yo releía nuestro informe para corregir las últimas erratas, nuestros vecinos más cercanos todavía luchaban con su fruta reglamentaria, tratando en vano de pinchar el hilo de cobre a través de la corteza.

Bisturí en ristre, Hope empezó a disecar nuestro limón.

–¿Sabes de dónde viene la palabra «electricidad»?

–Ni idea.

–Los griegos descubrieron la electricidad estática al frotar pedazos de ámbar contra el pellejo peludo de los animales. En griego, *elektron* significa «ámbar».

Hope le dio un mordisco al limón e hizo una mueca.

–Pero ¿te imaginas que en su lugar hubiesen manoseado cítricos? Todo llevaría otro nombre. ¡Tendríamos clases de *citricidad*, y el limón sería una unidad de medida eléctrica oficial!

–Es bastante absurdo.

–Sí, pero *todas* las unidades de medida son absurdas. Poco importa que se mida el tiempo con gotas de agua o mediante la rotación de un átomo de cesio: solo se trata de absurdos más o menos precisos. Todo lo demás es cultural.

Percibí de pronto un chispear de excitación en sus ojos. Abrió su manual de Química por la sección de las tablas de conversión y empezó a garrapatear notas en los márgenes del manual y a introducir datos en la calculadora.

–¿Qué haces?

–Estoy convirtiendo la bomba atómica de Hiroshima en limones.

Claro está, nada más natural.

Hope explicó que bastaba con un poco de lógica y un puñado de datos para extrapolar una respuesta, si no fiable, cuando menos significativa: el conocido método de Fermi.

En este caso, podíamos partir del hecho de que un limón contiene entre 15 y 20 calorías, es decir (tecleó en la calculadora), un valor medio de 73,2 kilojulios (x). La

bomba de Hiroshima, por su parte, había desarrollado una potencia estimada de 15 kilotones, lo que daba aproximadamente $6,3 \times 10^{13}$ kilojulios (y).

Para convertir la energía de la bomba, bastaba con dividir y por x , lo que arrojaba un total de $8,6 \times 10^{11}$ limones o, para mayor comodidad, 860.655 megalimones; es decir, la producción agrícola de Florida durante 6.000 años.

18. Un engranaje de la realidad

Hope se había enfrascado de nuevo en su tarea, calculadora en mano, y ahora trataba de evaluar el volumen que ocuparían ochocientos sesenta millardos de limones.

A nuestro alrededor, los demás alumnos se afanaban entre hilos de cobre hechos tirabuzones, frutos pegajosos y montones de hojas cuadrículadas cubiertas de garabatos. Yo pensaba en la herejía de convertir en limones la explosión más mortífera de la historia de la humanidad.

En el fondo, era inevitable llegar a este punto tarde o temprano.

Para el ciudadano medio de 1945, la bomba atómica venía del futuro, lo mismo que los extraterrestres de *La guerra de los mundos*. Mientras unos físicos perforaban el corazón del átomo, en las zonas rurales la gente todavía se alumbraba con lámparas de aceite.

Mi abuelo, Wilhelm Bauermann –que había crecido con la locomotora de vapor, el gas mostaza y el Ford T–, era incapaz de entender que la bomba atómica era fundamentalmente distinta de la dinamita. Cuando se le hablaba de Hiroshima, se imaginaba una montaña de aquellos bastoncillos de cartón que se utilizaban en las canteras de yeso.

Los niños de la posguerra vivieron la llegada del Boeing 747, del LSD y de la bomba H, y cuando entró en escena mi generación, los misiles intercontinentales de cien kilotones ya pertenecían al pasado. Eran como el microondas, los *ramen* Captain Mofuku con sabor a pollo o la televisión por satélite: un engranaje de la realidad.

No, el abuelito Wilhelm nunca hubiera podido entender en qué difería la bomba de Hiroshima de la dinamita de toda la vida; y menos todavía cómo era posible compararla con limones.

19. Einstein estaba equivocado

Mis padres se habían ido a Montreal hasta el miércoles para participar en el congreso anual de productores de cemento del noreste americano: cuarenta y ocho horas de excitantes debates sobre los aditivos más recientes, todo ello regado de café aguado y cerveza tibia.

Apoltronados en el sofá, con los pies apoyados sobre la mesa baja, Hope y yo dábamos buena cuenta de la reserva de minipizzas congeladas. Mientras yo hojeaba *TV Hebdo*, Hope veía distraída un reportaje sobre Berlín. Nada nuevo bajo el sol.

Le pregunté por la señora Randall: ¿progresaba la investigación de la fecha del fin del mundo? Hope suspiró. No, su madre no estaba llegando a ninguna parte; y además empezaba a agitarse peligrosamente. Hope se preguntaba cuánto tiempo más conseguiría la clozapina estabilizar su estado. En el fondo, no se trataba de un problema farmacéutico: bastaría con que encontrase por fin la dichosa fecha para que su salud mental mejorara al instante.

Hope echó la cabeza atrás y contempló fijamente el techo.

–El problema está en su método. Lo mezcla todo. Misticismo, matemáticas de pacotilla, cábala, astrología... Le falta elegancia.

–¿Elegancia?

–Es una antigua noción matemática. Cuanto más inútilmente complicada es una idea, menos elegante es.

–Ya entiendo. Entonces, la elegancia absoluta ¿se parecería a $E = mc^2$?

Hope pestañeó y se incorporó de golpe.

–¿Tienes un dado?

Claro que tenía un dado. En cualquier hogar norteamericano digno de ese nombre se conservaba un viejo juego de Monopoly en el fondo de un armario. Encontré el nuestro en dos minutos. Bajo los fajos de billetes, los títulos de propiedad y los *bungalows* en miniatura se escondía un par de dados; pero por mucho que me devanara los sesos, no veía ni remotamente qué relación podían tener con la teoría de la relatividad.

–Ninguna relación. Solo que me ha recordado una célebre cita de Einstein: «Dios no juega a los dados». –Esbozó una media sonrisa–. Pero ¡Einstein se equivocaba, Dios juega a los dados!

Con un pedazo de papel y una pluma, trazó una cuadrícula y una serie de cifras. Yo trataba de seguir su itinerario mental, pero me faltaban bastantes datos básicos.

–Es sencillo: voy a encontrar la fecha del fin del mundo al azar.

–¿Al azar?

–¿Se te ocurre un método más elegante?

No, no se me ocurría ninguno. De modo que Hope iba a lanzar los dados. Los números pares significarían «sí» y los números impares, «no». Gracias a esta sencillísima convención iba a determinar la fecha por eliminación.

Los dados producían un sonido claro sobre la mesa baja. Me encantaba aquel ruido. Me recordaba mi infancia cuando, después de cenar, mi familia pasaba el rato en torno al Monopoly. Hacía años que no jugábamos y, con la distancia, me resultaba bastante raro

imaginar a mi familia reunida alrededor de un modelo reducido del mundo con el fin de simular guerras financieras.

Mientras yo me perdía en mis pensamientos, Hope lanzaba los dados. Después de cada tirada, anotaba unas cifras en la página y tachaba otras. El método no solo era elegante, sino también rápido: bastaron dos minutos para determinar que el apocalipsis se produciría el 17 de julio de 2001.

Bueno, ¡asunto resuelto! Ahora podíamos pasar una velada tranquila.

Hope no decía nada. Comprobaba la fecha mentalmente, la tanteaba en su cabeza como la hoja de un cuchillo, para probar el filo.

–No es una fecha demasiado creíble, ¿no?

Me encogí de hombros. Prefería dejarles a los Randall la tarea de tener una opinión sobre el asunto. Hope miraba los dados, que descansaban en la palma de su mano con aire inocente. Imposible concluir que había un error de cálculo, ahí residía toda la ventaja (y lo absurdo) del azar.

–¿Y qué es lo que no te parece creíble, exactamente, del 17 de julio de 2001?

–¡Julio! ¿De verdad te imaginas el apocalipsis durante las va- ¡Julio! ¿De verdad te imaginas el apocalipsis durante las va- ¿De verdad te imaginas el apocalipsis durante las vacaciones del ramo de la construcción?

A decir verdad, sí, me imaginaba perfectamente la escena; pero quizá solo porque había leído demasiada ciencia ficción.

–OK, de acuerdo. Fuera julio. ¿En qué mes te lo imaginas?

Consideró la cuestión. Una cosa era cierta: abril, mayo y junio había que proscribirlos. Nada menos serio que un fin del mundo primaveral. Agosto y septiembre eran opciones mediocres: el fin del mundo habría tenido las trazas de una campaña de publicidad. «¡Armagedón Extrapotente, 20% Más de Amoníaco!» Ridículo. A lo sumo, octubre podría calificarse. En noviembre, en cambio, el fin de los tiempos habría parecido redundante. En el invierno en general podría cuadrar; siempre y cuando no cayera durante las fiestas.

Con los brazos cruzados, Hope echó una mirada descontenta a los dados: ¿para qué recurrir al azar si uno no podía fiarse de él?

La miré debatirse con sus contradicciones internas. Aquella brecha en su seguridad en sí misma desvelaba una Hope más humana, más femenina. ¿Quién hubiera dicho que la duda podía ser tan sexy?

20. ¡Tora! ¡Tora! ¡Tora!

Zapeando por los canales caímos en la mitad de una película sobre Pearl Harbor. Consenso instantáneo. Arrebujados bajo tres viejos sacos de dormir –reliquias de una época gozosa en la que mi familia se entregaba a las delicias del *camping*–, vimos cómo los cazas Zero se abatían maullando sobre la Flota del Pacífico. En el puente de un acorazado, una banda concluía precipitadamente el himno norteamericano. Un momento de absurdidad de los que tanto nos gustaban.

En el mismo instante en que el USS California explotaba, Hope exclamó:

–¿En diciembre, quizá?

–¿Qué?

Una lluvia de escombros caía en el agua de la bahía mientras los cazas Zero soltaban una nueva ráfaga de torpedos. El olor a diésel llegaba hasta nosotros.

–En diciembre. El fin del mundo. Igual que el ataque de Pearl Harbor. No estaría mal, ¿verdad?

Mi respuesta no constó en acta.

Inmediatamente después de la película dieron el boletín de noticias. El presidente René Moawad había sufrido un atentado con un coche bomba y las primeras imágenes nos llegaban desde Beirut. Una humareda negra en forma de hongo se elevaba en el cielo bajo un sol resplandeciente. Hope frunció el ceño: pensándolo bien, el verano podía ser un momento bastante adecuado para el fin del mundo.

Apagamos la televisión cerca de las doce de la noche y nos acostamos allí mismo, enfundados en los sacos de dormir, que apestaban a bolas de naftalina, y con unos cojines como almohadas.

Pasó un rato largo antes de que pudiera dejarme vencer por el sueño, perturbado como estaba por la proximidad de Hope, cuyo trasero reposaba contra mi cadera. No obstante, al final lo conseguí, pero después me desperté en mitad de la noche. El reloj del aparato de vídeo indicaba las 2:37 de la madrugada, y me di cuenta de que Hope ya no estaba tendida a mi lado. Se mordía las uñas sentada en el sofá.

–¿No duermes?

Negó con la cabeza.

–¿Qué te parece febrero?

Pensativo, guardé silencio, mientras mis neuronas se ponían en marcha una a una.

–Es un mes como cualquier otro.

Suspiró.

–No. No funciona. Suena forzado. Oye, ¿tú no tienes hambre?

A modo de respuesta, mi estómago soltó un largo gruñido.

Hicimos una incursión de avituallamiento a la cocina, donde conocía la ubicación de una reserva de *ramen* de pollo Captain Mofuku. Auténtica comida de búnker, imperecedera e incorruptible. El envoltorio, en cambio, hacía daño a la vista: un astronauta rosa y amarillo flotaba alrededor de un planeta de fideos, con una sonrisa idiota a través de la apertura del casco. Comida de búnker, desde luego, pero encerrado a cuarenta metros bajo tierra con los anaqueles llenos de aquellos exasperantes astronautas,

uno corría el riesgo de volverse loco antes que sucumbir a la malnutrición.

Sacamos el *ramen* de los paquetes y pusimos a calentar el hervidor. Mientras manoseaba su envoltorio vacío, Hope seguía reflexionando.

–¿Y el mes de marzo?

Titubeé. No funcionaba. Marzo era el Ayers Rock⁷ del calendario: un mes enorme, rojo y liso, varado en medio de ninguna parte. Hope asintió con la cabeza.

–Tienes razón.

–Oye, ¿por qué sencillamente no confías en los dados?

Hope no contestó. Jugaba, como ausente, con la bolsa de *ramen* vacía, doblándola una y otra vez con los pulgares; de lejos, se hubiera dicho que manipulaba un ábaco chino. De pronto, se quedó inmóvil. Alisó el envoltorio con la palma de la mano y me lo plantificó delante de las narices, indicando con el índice la fecha de caducidad: «Mejor antes – *Best Before* 17 JUL 2001».

Sonreí. Una divertida coincidencia, nada más. Hope abrió los brazos, sobreexcitada.

–¿Una divertida coincidencia?! ¿Sabes cuántas probabilidades hay de que este tipo de *divertidas coincidencias* se produzcan?!

No, no lo sabía. Por otra parte, Hope tampoco, pero juró hacerme el cálculo en cuanto tuviera dos minutos.

Agarró el hervidor, vertió una medida de agua hirviendo en su bol y observó el hongo de vapor que subía hacia el techo. No añadió ni una palabra más sobre el apocalipsis, pero dobló en cuatro pliegues el paquete de *ramen* y lo deslizó bajo su cinturón con mucho cuidado.

21. Una pequeña plegaria

Pasaban las semanas y se acercaba el invierno. En Berlín, los segmentos de Grenzmauer desaparecían uno tras otro dejando lugar a una larga sucesión de terrenos vacantes, una enorme oleada de especulación inmobiliaria en perspectiva. En Potsdamer Platz se alzaba la mayor concentración de grúas de todo este sector de la galaxia. Nada se parecía tanto al fin de un mundo como el principio de otro.

Mientras, Hope estaba radiante. Una electricidad juvenil animaba el más mínimo de sus gestos, como si la niña que nunca había podido ser emergiera tras un largo período de hibernación. Sonreía todo el día, silbaba, me lanzaba bolas de nieve..., y la niña tenía buena puntería.

Aunque diciembre nos arrojaba su granizo sobre el cráneo, Hope florecía en el frío helador para exclusivo deleite de mis ojos, porque ninguno de mis compañeros de clase parecía darse cuenta de aquella transformación espectacular. ¿Acaso aquellos completos miopes no veían hasta qué punto Hope resplandecía? Mejor para mí.

Por supuesto, todo lo bueno venía con sus pequeños inconvenientes. Hope había pegado con celo en su taquilla (junto a la foto de David Suzuki) el célebre envoltorio de *ramen* Captain Mofuku, y garabateaba las cifras 17 07 2001 por todas partes: en los márgenes de todos sus cuadernos, en sus libros, en sus brazos y su mesa, en sus vaqueros... y hasta en la infame salsa de tomate de los raviolis de la cafetería.

Era como si las cifras 17, 07 y 2001 ya no representaran la fecha del apocalipsis, y menos aún la fecha de caducidad de un paquete de fideos *ramen*, sino más bien una de esas pequeñas plegarias que los budistas copian en papelitos que dejan para que se los lleve el viento.

Pero, bueno, era un precio irrisorio por ver resplandecer a Hope.

Desgraciadamente, no podía decirse lo mismo de la señora Randall, cuyos intentos de encontrar fallos en el calendario gregoriano se habían saldado con una larga serie de fracasos. No quedaba más remedio que rendirse a la evidencia: no estábamos ni en mayo de 1988 ni en febrero de 1987, sino simple y llanamente en diciembre de 1989.

Resultado: había perdido bruscamente todo interés por sus calendarios y almanaques; pero algunos indicios sugerían que no por ello había abandonado su obsesión. Una Randall no dejaba nunca de ser una Randall. Una tarde, al llegar al Búnker, Hope me tendió un periódico doblado en cuatro.

–Encontré esto debajo del sofá de casa al pasar la escoba.

Se trataba del *Saint-Laurent*, el semanario local, abierto por la página de anuncios clasificados. En la sección «Venta de automóviles», una maniática mano había trazado un círculo alrededor de todos los cacharros que valían menos de cuatrocientos dólares.

No sabía qué deducir de aquello y Hope tuvo que aclarármelo: su madre acababa de entrar en una fase solapada de su obsesión. Pronto empezaría a empaquetar provisiones y conseguiría mapas de carreteras del oeste del país.

–¿Crees que va a largarse una vez más?

–Cabe esperar cualquier cosa.

–Pero le das clozapina todas las mañanas, ¿no?

–Quizá la dosis ya no haga efecto. No sería la primera vez.

Hope no sabía qué hacer. Imposible convencer a su madre de que consultara a un médico, más todavía obligarla a hacerlo, y no habría un médico que firmara una receta sin haber visto a la paciente. Sin duda esperaba que le sugiriese alguna idea brillante, pero nada me vino a la mente y mi silencio pareció exasperarla. Frunció el ceño y metió sin miramientos el periódico en la mochila. Una vez más, tendría que apañárselas sola.

Mi madre bajó por la escalera con una cesta de ropa sucia apoyada en la cadera.

–Para mañana al mediodía te he puesto el resto de *pâté chinois* en un táper –dijo al pasar, antes de desaparecer en el cuarto de la colada.

Hope me echó una mirada extraña.

–¿Tu madre te prepara las comidas para el insti?

–Bueno... A veces, sí.

Puso cara de incredulidad y apartó la mirada. En la televisión, un predicador loaba la magnanimidad de Dios todopoderoso. *No sufras solo en tu rincón. Ve a Su encuentro. Abre tu corazón, abre los ojos. Todas las respuestas están en la Biblia.*

22. Enciclopedia ilustrada de la Psiquiatría

La primera nevada del invierno cayó un sábado por la mañana. Objetivo del día: diagnosticar el estado mental de la señora Randall.

Al entrar en la biblioteca municipal, Hope echó una mirada desconfiada al mostrador de préstamos, donde dos viejas bibliotecarias estaban archivando fichas. Según ella, una civilización que se preocupaba tanto por archivar era, sin lugar a dudas, una civilización en declive.

Se instaló delante de los ficheros y consultó las fichas del tema «Neurología y Psiquiatría». Anotó algunas signaturas interesantes y después, tras mirar a izquierda y a derecha, arrancó un mazo de fichas, abrió otro cajón y las plantó al azar, como bulbos de una planta exótica y peligrosa, semillas de una nueva selva virgen.

Con el corazón aligerado gracias a aquel pequeño acto de terrorismo, se dirigió rápidamente hacia los estantes.

Tras hojear unas cuantas obras de aficionados, Hope pasó a cosas más serias: la *Enciclopedia ilustrada de la Psiquiatría*, una obra que pesaba unos ocho kilos y que pretendía incluir todos los trastornos psicológicos que la especie humana había padecido desde las guerras de religión sumerias hasta el último mandato de Ronald Reagan.

Sentada con las piernas cruzadas en una silla, Hope rastreó en la enciclopedia toda la tarde para determinar a qué subcategoría de chiflados pertenecía su madre. Yo me refugié en la lectura de viejos álbumes de *Yoko Tsuno*, pero de vez en cuando miraba furtivamente por encima de su brazo y lo que entonces captaban mis ojos no era nada tranquilizador. Era un montón de síndromes, crisis, recaídas, fases, diagnósticos diferenciales, antidepresivos tricíclicos, neurolépticos, paranoias, alucinaciones y factores hereditarios, ilustrado aquí y allá por secciones de córtex, gráficos nebulosos y ratones

bipolares.

Durante tres horas, Hope recorrió aquel concentrado en todos los sentidos, desde el complejo de Ahenobarbo («Variedad de piromanía agravada por una malsana afición por los instrumentos de cuerda») hasta el síndrome de Romero-Ruuk («Demencia caracterizada por una rigidez muscular generalizada y súbitas pulsiones de canibalismo»). Se entretuvo en el muy exótico síndrome de Jerusalén de tipo III («*Shock* nervioso experimentado por varios turistas durante su primera visita a Jerusalén: los afectados se creen el Mesías, anuncian el fin de los tiempos y sufren una necesidad compulsiva de cortarse las uñas»), y llegó a la conclusión de que aquella enciclopedia era escandalosamente incompleta, puesto que no había en ella ninguna referencia a la enfermedad que aquejaba a decenas de Randall desde hacía siete generaciones.

En venganza colocó la enciclopedia en la sección de libros infantiles, entre *El gato con botas* y *Alicia en el País de las Maravillas*. Una novísima generación de psicosis en perspectiva.

23. Una visión bastante optimista del cosmos

Una vez cada diez días, la clase de Religión caía justo después de la clase de Educación Física. El aula silenciosa en la que el señor Bérubé trataba (en vano) de inculcarnos algunas nociones de cultura religiosa apeataba a incienso y zapatillas de deporte. Entre la endorfina y la teología existían profundas incompatibilidades.

El señor Bérubé era un joven profesor no numerario lleno de buena voluntad. El año anterior había enseñado Álgebra, el año próximo se ocuparía de Economía Doméstica. Aquel año se debatía entre las repetitivas peripecias de un pueblo elegido que, tras haber vivido de esclavitud en esclavitud, erraba por el desierto y daba con un mesías falto de consenso, todo ello en treinta mil versículos y pico. Se ruega no apartarse del plan de estudios.

En pie delante del mapa de Palestina, anunció una clase completa dedicada al Apocalipsis, que, como todo el mundo sabía, «¡era un libro del Nuevo Testamento antes de convertirse en fuente de inspiración para Iron Maiden!». La broma fue un fiasco.

El señor Bérubé se zambulló valientemente en el tema. Nos habló de los cuatro caballeros, del número de la bestia y de la ocupación romana de Palestina. En la clase, las cabezas adoptaban diversos ángulos de inclinación, según el grado de somnolencia. Capté uno o dos bostezos.

Hope, por su parte, flotaba a años luz de aquella maloliente clase. Llenaba los márgenes de su cuaderno, dibujaba círculos concéntricos y espirales, garabateaba una y otra vez las cifras 17, 07, 2001, como un rayo de luz en aquella época oscura.

Feliz, el señor Bérubé nos desveló un hecho poco conocido: el Apocalipsis no solo era un libro del Nuevo Testamento, sino ante todo un género literario; un poco como la novela policiaca o la ciencia ficción. Traducción para los torpes: se habían escrito varios apocalipsis y muchos de estos todavía figuraban en la Biblia, diseminados aquí y allá.

—Los apocalipsis se escribían en tiempos de crisis. Era la literatura de los oprimidos, de quienes esperaban el advenimiento del Juicio Final, el momento en el que ellos iban a salvarse y los malos, a condenarse. Por eso, en la Biblia se anuncia siempre un fin del mundo inminente: porque se trataba de una fuente de esperanza, una buena noticia. Además, en griego, *apocaluptein* significa simplemente «revelación». En el fondo, el Apocalipsis plasma una visión bastante optimista del cosmos.

Desde el fondo de la clase, una voz preguntó si *Mad Max* entraba en la categoría de obras apocalípticas. Risas. El señor Bérubé aventuró un prudente «si se quiere». Hope alzó la mirada al techo. Yo bostecé.

—¿Alguien puede nombrar otro relato apocalíptico de la Biblia?

Un silencio de muerte se abatió sobre la clase. El señor Bérubé repasó las tropas con la mirada.

—¿Hope, quizá?

Hope suspiró, cerró el bolígrafo con un clic seco y se cruzó de brazos.

—El Diluvio.

–Muy bien. ¡Excelente! ¿Y qué podrías decirnos sobre el Diluvio?

–Que es un relato sospechoso.

Un rumor recorrió la clase.

–¿Sospechoso? –preguntó el señor Bérubé.

–Yahvé desencadena el fin del mundo seis páginas después de haberlo creado. Muy mal debió de haberle salido la primera creación ¿no le parece?

El señor Bérubé balbuceó una sílaba ininteligible, una especie de «bbl» húmedo, como si acabaran de asestarle un golpe directo a la boca del estómago. Todo el mundo se volvió hacia Hope. Ella ignoró el bombardeo de miradas y, despiadada, siguió hablando:

–Pero lo más sospechoso es que, tras haber ahogado a la humanidad como a una camada de gatos, Yahvé promete no volver a hacerlo nunca más. Así que ¿podría explicarme alguien por qué san Juan, *a pesar de todo*, se molestó en escribir el Apocalipsis? Al parecer, el pobre nunca leyó el Antiguo Testamento.

Un murmullo se extendió por la clase. Desconcertado, el señor Bérubé anticipaba nuevos golpes y buscaba cómo esquivarlos. El timbre sonó justo a tiempo y nos largamos pitando sin dejarle la oportunidad de añadir comentario alguno.

24. Ropopompom

La Navidad se nos vino encima sin avisar. Como todos los años, mis padres invitaron a la familia Bauermann a pasar la Nochebuena en casa. Traed vino, llegad temprano.

La casa olía a pollo asado, pepinillos y rosquillas. El horno estaba encendido desde el amanecer y la planta principal parecía una sauna. Unos treinta comensales se amontonaban en el salón, y Nana Mouskouri flotaba a varios decibelios por encima de nuestras cabezas: *el camino [...] ropopompom, ropopompom*⁹.

Encogido entre el árbol de Navidad y el mueble bar, escuchaba a mi prima monologar a propósito de George Michael. Alto grado de interés. Mientras asentía maquinalmente con la cabeza, mataba el rato buscando anagramas para Mijaíl Gorbachov. Alto grado de dificultad.

Oí sonar el teléfono a pesar del barullo. Aprovechando la ocasión, me escapé a través del salón, evitando por poco a mi madre, que rellenaba las fuentes de aceitunas y cebollitas en vinagre, y empuñé el auricular *in extremis*. Hope, en el otro lado de la línea, tenía la voz alterada.

–¿Estás ocupado?

–Mucho. Interrumpes una importantísima discusión sobre la música pop británica.

Breve silencio perplejo. Hope no había entendido que estaba bromeando, y enseguida tuve un mal presentimiento.

–¿Podrías acompañarme a la comisaría?

Alerta roja. Estirando al máximo el cable del teléfono, me refugié en la escalera que llevaba al Búnker, lejos de oídos indiscretos. A medio camino de los escalones ya se respiraba un aire tres o cuatro grados más fresco.

–¿Qué ocurre?

–Nada grave. Solo que tengo que ir a buscar a mi madre. ¿Puedes pedir prestado el coche?

–Voy enseguida.

Colgué, birlé las llaves del Honda colgadas cerca del teléfono y me zambullí en el frescor del Búnker. Ponerme las botas y el abrigo y eclipsarme por la puerta trasera fue todo uno.

Fuera, soplaba un viento cortante y el suelo crujía bajo mis pies. Me deslicé hasta el Honda. Afortunadamente, ningún vehículo bloqueaba el camino (nada estropea más una evasión discreta que pedirle al tío de uno medio borracho que desplace su todoterreno). Arranqué y fui hasta la esquina de la calle antes de encender los faros. Con un poco de suerte, tendría tiempo de ir y volver antes de que alguien se diera cuenta de mi ausencia. Ignoraba qué me esperaba exactamente, pero estaba seguro de que no quería dar explicaciones.

25. Bronca en la Sociedad de San Vicente de Paúl

Hope me esperaba delante de la tienda de mascotas, saltando ora sobre un pie, ora sobre el otro. Se sentó a mi lado y se sopló en las manos. Subí un poco la calefacción y arranqué con destino a la comisaría. Transcurrió un minuto de silencio antes de que me atreviera a pedir detalles sobre las actividades criminales de la señora Randall.

–Nada grave. Ha ido al reparto de cestas de Navidad. ¿Sabes de qué te hablo?

Lo sabía perfectamente, sí. Se trataba de un reparto de alimentos no perecederos que organizaba todos los años el instituto San Vicente de Paúl. Mi propia madre había donado una docena de botes de sopa Campbell's y un paquete de galletas Premium Plus. Ignoraba que Hope y su madre necesitaran ayuda alimentaria...

–¡Claro que no, tonto! ¡Tenemos comida para veinte años! La despensa está llena, los armarios, a rebosar, hasta en el baño hay comida. ¡Mi madre prefiere comprar fideos *ramen* en lugar de pagarle a Hydro-Québec la factura de la electricidad!

–Pero entonces ¿qué estaba haciendo en el San Vicente de Paúl?

–Su obsesión habitual: más y más comida. ¡Comida gratis, además, imagínate! Es como agitar una jeringuilla en las narices de un heroinómano.

Dio un ligero puñetazo en la portezuela y gruñó.

–En cualquier caso, no sé exactamente lo que ha ocurrido. Atacó el árbol de Navidad y rompió dos o tres cosas. Llamaron a la policía.

Observé que Hope se controlaba, a pesar de las circunstancias.

–¡Bah! Estoy acostumbrada. En Yarmouth tuve que arreglármelas para que los trabajadores sociales no me mandaran con una familia de acogida. Merecería un diploma de negociadora profesional.

Detuve el coche delante de la comisaría, exactamente debajo del cartel que indicaba «Estacionamiento prohibido – Gastos de grúa a cargo del infractor». La calle estaba tranquila, solo algunos copos de nieve bailaban en la luz anaranjada de las farolas de mercurio. La totalidad de los habitantes de Rivière-du-Loup estaban en sus casas, esperando la cena de Nochebuena.

Mientras Hope hablaba con el agente de guardia, hice ver que me interesaba por el abeto artificial que ocupaba un rincón de la sala de espera y cuyas ramas se vencían bajo el peso de varias capas de guirnaldas ajadas; sin duda era la conífera más triste de toda Norteamérica.

Con los puños en el mostrador, el policía le echaba un sermón a Hope: se suponía que él no debía dejar que una menor recogiera a su madre en la cárcel, tanto si era la víspera de Navidad como la mañana de Pascua o dos días después de San Juan. Hope defendió la causa de la señora Randall, quien visiblemente no se encontraba en su estado normal y a la que sentaría bien un poco de reposo en casa, una buena dosis de clozapina y un sedante. Una noche en la cárcel no iba a mejorar su situación.

El policía gruñó un poco y empezó a rellenar un impreso. Haría una excepción..., pero solo porque la detenida no se había mostrado violenta ni había opuesto resistencia

cuando la arrestaron.

–¿Tienes un comprobante de domicilio?

Hope, como quien está acostumbrado, le mostró una factura de teléfono.

–Tendré que enviar el expediente al CLSC¹⁰. Tu madre tiene que ver a un profesional.

Hope asintió con la cabeza: sí, sí, conocía el procedimiento.

El policía puso en el mostrador los efectos personales de la señora Randall: un puñado de calderilla, un reloj de pulsera, un bolígrafo Bic sin capuchón que lucía numerosas marcas de dientes y un manajo de llaves. Mientras Hope recogía los objetos, el policía abrió la celda y acompañó a la señora Randall hasta el vestíbulo.

Tenía la mirada ausente y Hope la ayudó a ponerse el abrigo con gestos singularmente protectores.

–¿Estás bien, mamá? ¿Cómo te encuentras?

–Tengo hambre.

–Ven, vámonos a casa.

El trayecto de vuelta transcurrió en un silencio que pesaba diez mil toneladas. Yo conducía el Honda por las calles heladas, Hope miraba al techo y su madre, apoyada en la ventanilla, murmuraba palabras ininteligibles, más preocupada que nunca por el fin de los tiempos. ¿Qué nuevos presagios habría observado durante las últimas horas? ¿Grafitis en las paredes de su celda? ¿El árbol artificial de la sala de espera? ¿El bigote del policía? ¿O simplemente el hecho de que una jovencita de diecisiete años fuese a sacar a su madre de la cárcel una noche de Navidad?

26. Chimpancés en el armario

Frené delante de la Tienda de Mascotas Randall y ayudé a Hope a extirpar a su madre del asiento trasero. Sujetándola por los brazos, nos tambaleamos hasta la puerta. Hope peleaba con la cerradura, la señora Randall divagaba y yo la mantenía en equilibrio.

Una vez dentro, la señora Randall declaró no tener hambre. Prefería dormir. Dormir hasta 1997 y más si fuera posible. No despertarse más que si se producía algún apocalipsis no catalogado, gracias. Mientras Hope se quitaba las botas y el abrigo, abrí el sofá cama. Las bisagras chirriaban, necesitaban una gota de aceite. Todo se oxidaba con la humedad que había en aquel agujero.

Hope ayudó a su madre a meterse entre las sábanas, le subió las mantas hasta la barbilla y la besó en la frente. Diez segundos después, la señora Randall salmodiaba en arameo.

Hope se sentó a los pies de la cama y se frotó los ojos. Las negociaciones con el policía le habían hecho gastar miles de kilovatios en pocos minutos. Yo manoseaba las llaves del coche y miraba a mi alrededor. La tienda de mascotas estaba fría y oscura. Más desordenada que de costumbre. Flotaba en el aire un olor a pis de conejo. La mesa del comedor estaba repleta de papeles y cuadernos, recibos de supermercado y paquetes de Kraft Dinner. Observé un montón de facturas, indudablemente sin pagar.

Me daba algo de vergüenza asistir a todo aquello. No tenía ganas de estar allí, pero no quería abandonar a Hope.

Dejó de frotarse los ojos y paseó la mirada por la estancia. También ella hubiera querido estar en otro sitio. De repente entendí lo que el fin del mundo podía tener de tranquilizador.

Hope suspiró.

—¿Sabes con qué soñé ayer por la noche?

Me senté a su lado sin decir nada. El sofá chirrió. A nuestras espaldas se oían fragmentos de hebreo o de acadio.

—Soñé que los animales regresaban a la tienda de mascotas. Jirafas, elefantes, cebras. Una larga hilera de animales exóticos que se alargaba hasta la calle Lafontaine. Entraban por la puerta de dos en dos e invadían la casa. Loros en las cortinas. Lagartos en los cajones. Chimpancés en el armario. Se comían las provisiones, pero a mi madre le importaba un bledo. Estaba tendida en el sofá, completamente desnuda. Yo trataba de cubrirla con un abrigo, pero ella se negaba. Se reía y bebía vino a morro y decía que todo había terminado.

Hope suspiró de nuevo. Me besó en la sien.

—Vuelve a casa. Todo irá bien.

En cuanto me vi fuera aspiré una gran bocanada de aire helado para limpiarme los pulmones del hedor de la tienda de mascotas. Me pasé los dedos por la sien, allí donde Hope me había besado. De repente me gustaba aquella parte de mi cuerpo.

Me puse al volante del Honda y me marché a casa, donde sin duda ya se habrían dado cuenta de mi ausencia. Ya estaba temiendo las tandas de preguntas. ¿Qué diablos podía inventar? El silencio del habitáculo empezó a pesarme y encendí la radio. Nana

Mouskouri seguía ametrallando las ondas, *Oh, niño, ropompom, ropompom,*
¿adónde vas?

27. Cazador-recolector

Las cosas se calmaron después de Navidad. La señora Randall recobró algo de estabilidad gracias a la triple dosis de clozapina que Hope le metía todas las mañanas. No obstante, a ese ritmo las reservas amenazaban con reducirse a cero antes del verano, y ningún otro farmacéutico aceptaría la receta cien veces arrugada y vuelta a planchar. Nuevos problemas que habría que resolver a su debido tiempo.

Desde los *acontecimientos* de Navidad, me sentía investido de nuevas responsabilidades. Todos los días me aseguraba de que a Hope no le faltase nada o de que su madre no hubiera montado ningún psicodrama. Hope nunca necesitaba nada, pero parecía contenta de saberme cerca.

El final de las vacaciones escolares coincidió con la mayor epidemia de gripe del decenio, un brote especialmente virulento cocinado en las megalópolis del Sudeste Asiático. Mi abuela juraba que se trataba del gran retorno de la gripe española. En el colegio, las clases estaban sembradas de pupitres vacantes, todo funcionaba al ralentí. «Hecatombe» encabezaba el palmarés de palabras de la semana.

En el domicilio de los Bauermann, el primer sistema inmunitario que falló fue el de mi madre. Tuvo que quedarse en la cama con cuarenta de fiebre y cualquier movimiento le arrancaba gemidos de dolor. Mi padre me mandó al supermercado con una lista que incluía principalmente grandes reservas de vitamina C y carne picada. En el fondo, el *Homo sapiens* seguía siendo un cazador-recolector.

Aproveché la ocasión para acercarme a la tienda de mascotas, ya que no tenía noticias de Hope desde hacía cuarenta y ocho horas. No se había presentado ni en el instituto ni en el Búnker, y no contestaba al teléfono. Me temía lo peor.

Al bajarme del Honda, me crucé con Hope, que justamente salía a comprar al supermercado. Encuentro de mentes privilegiadas.

Para ser una presunta víctima de la gripe, me pareció que estaba en muy buena forma. En realidad, no había estado enferma en absoluto. Sencillamente, había estado acaparada por su madre, que, sin previo aviso, se había atrincherado en la despensa y claveteado la puerta con un par de tornillos. Sorprendente vuelco de la situación.

—Antes de encerrarse, tiró todos los productos de limpieza al inodoro. Lavavajillas, detergente, champú. Estuvo a punto de atascar las tuberías al tratar de echar las bolsas de la basura.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Aaaah, vete a saber. Oigo mal lo que dice a través de la puerta de la despensa... Historias de gérmenes y de regeneración planetaria... He dejado de tratar de entenderla. En todo caso, aprovecharé para limpiar la casa a fondo antes de sacarla de la mazmorra.

—Y yo que pensaba que estaba mejor...

—Con los Randall no hay que dar nada por sentado.

Quedaba media hora antes del cierre de la tienda. No había un cliente a la vista; solo pasillos desiertos y varios metros de estantes vacíos en la sección del Vicks VapoRub. Decididamente, la gripe estaba golpeando fuerte.

Nos separamos para cumplir nuestros respectivos encargos. Quedamos en la sección

de productos de limpieza cinco minutos después.

Al pasar por delante de los refrigeradores, observé la más reciente de las invasiones asiáticas: el tofu. Estudié un paquete con curiosidad. De momento, se trataba de un producto exótico y poco apetecible. Dentro de unos años, se habría integrado perfectamente en nuestra dieta, tan banal como la Nutella o la bomba H. Al término de la Gran Guerra del Tofu íbamos a ser un poco más asiáticos, pero nadie se daría cuenta. Otro capítulo de la historia nunca escrita de la clase media.

Recorrí los alrededores con la mirada, buscando determinar qué productos representaban, en el plano histórico, una novedad. ¿Qué productos habían aparecido en los estantes desde mi nacimiento o desde el nacimiento de mis padres? ¿Los kiwis, el ajo, los espárragos? ¿En qué año se importaron los primeros limones al norte del paralelo 47 y se vendieron en nuestro villorrio periférico, a cientos de kilómetros del puerto de Montreal?

Extraña época esta en la que la fruta más insignificante plantea un enigma. Cargué cítricos varios por valor de cincuenta voltios –apenas lo suficiente para alimentar un reloj de cuarzo–, pillé al pasar una bandeja de carne picada y me dirigí hacia los productos de limpieza. Hope sopesaba dos botellas de detergente, como para dirimir qué sabor causaría más estragos. Con una mueca echó ambas botellas en su carrito, donde se juntaron con una caja de estropajos de acero, esponjas de doble uso, lavavajillas y una garrafa de lejía.

A nuestro alrededor reinaba un silencio industrial: solo se oía el siseo de la ventilación. Una quietud posapocalíptica. Pero ¿qué cataclismo podría haber dejado los edificios intactos, la red eléctrica en funcionamiento y los productos bien alineados en los estantes?

–Una invasión de zombis –sugirió Hope.

En el otro extremo del pasillo, una mujer obesa con abrigo de pieles pasó arrastrando los pies y empujando un carrito vacío..., y tuve la fugaz certeza de que, ¡por todos los santos!, Hope tenía razón: ¡los muertos salían de los cementerios!

Un instante después solo quedaba el ruido de la ventilación y una extraña tristeza. Durante unos segundos, Hope y yo habíamos sido los últimos humanos en el mundo. Ahora ya solo éramos los últimos humanos en la sección de productos de limpieza.

28. Una información cuando menos inquietante

Cerca de las cajas habían instalado una imponente cesta de *ramen* Captain Mofuku rebajado, cientos de astronautas flotando en el vacío, todos con la misma sonrisa estúpida, tres bolsas por noventa y nueve centavos.

Inclinada sobre la cesta, Hope examinaba metódicamente la mercancía: (a) cogía un paquete de *ramen*, (b) lo examinaba con cuidado, (c) hacía una mueca, (d) tiraba el paquete en la cesta de los bastones de caramelo navideños también rebajados y (e) volvía a empezar en la etapa (a) con la aparente intención de seguir así hasta llegar al fondo de la cesta. Me pregunté si debía intervenir. La cajera contemplaba el tejemaneje con cara de aburrimiento.

Sin embargo, al cabo de un rato Hope interrumpió su examen y me reveló una información cuando menos inquietante. Todos los embalajes sin excepción llevaban impresa la misma fecha de caducidad: 17 JUL 2001.

29. *Amenorrhoea misteriosa*

A la lista de peligros orientales (gripe, tofu) pronto vino a añadirse una tormenta de nieve procedente de la cuenca atlántica. Los escasos copos que hacia medianoche bailaban graciosamente en el cielo se transformaron en una fulgurante borrasca, que se abatió sobre la provincia borrando carreteras y arrancando torres de alta tensión.

El instituto cerró sus puertas todo el día y no vi a Hope hasta después de cenar, cuando llamó a la puerta de la planta principal (en efecto, el acceso directo al Búnker descansaba bajo dos metros de nieve). Estaba blanca de pies a cabeza y una bufanda escarchada le ocultaba completamente la cara, excepto una estrecha rendija que recubrían unas viejas gafas de esquí.

Al abrir la puerta, mi padre gritó algo sobre una invasión de muyahidines, lo que hizo sonreír a Hope. Todo lo que pudiera levantarle el ánimo era bienvenido.

Con una taza de chocolate en las manos y refugiados bajo tres capas de sacos de dormir, asistimos a la gran ceremonia del viernes por la noche: *The Nature of Things*. Suzuki hablaba de la *Drosophila melanogaster* y del genoma humano; aunque yo no entendía ni palabra, totalmente conmocionado por la familiaridad con la que Hope había colocado su pierna atravesada sobre la mía.

Era un gesto sencillísimo y del todo natural, pero al mismo tiempo se trataba de la gran explosión de Halifax¹¹, de la erupción del Krakatoa, de una supernova. Sentía cómo el vértigo se apoderaba de mí mientras el calor de su pierna se propagaba suavemente a través de nuestros vaqueros. ¡Ojalá la ventisca azotara durante tres días!

Eché un vistazo a la ventana del Búnker, situada a ras de suelo. Estábamos sepultados

muy hondo bajo la superficie: tras los cristales se alzaba un muro de nieve, ceniza o cemento: difícil adivinar de qué.

Durante las pausas publicitarias, Hope me contaba las últimas noticias del frente doméstico. Después de limpiar la casa había desmontado a golpes de destornillador los goznes de la puerta y sacado a su madre de la despensa. La reclusa tenía mal aspecto. Despeinada y con la mirada apagada, se abrazaba a una bolsa de arroz basmati. Aceptó tomar un bol de sopa (cuádruple dosis de clozapina), se negó a ducharse y finalmente se fue a trabajar echando miradas ansiosas a su alrededor. En resumidas cuentas, una victoria a medias.

The Nature of Things terminó y cogí el mando para zapear por los canales. Los titulares del telediario anunciaban treinta centímetros más de nieve de aquí al domingo; y, accesoriamente, el juicio al capitán del Exxon Valdez, la inauguración del primer McDonald's en Moscú y la incursión de las tropas soviéticas en Azerbaiyán. Hope se tronchaba.

—¡Los climatólogos conspiran para apoderarse de los medios de comunicación!

En la pantalla aparecieron brevemente convoyes de autobuses atascados en la nieve, coches con el morro en la cuneta, fresadoras de nieve, quitanieves y camiones. A continuación, una emisión de variedades sin interés, que precedía a una película de serie B. Pobre Canadá.

Pegados el uno al otro despedíamos un calor considerable y Hope se quitó el jersey de lana. Vi enseguida que llevaba tres tiritas en el antebrazo. Curioso emplazamiento para hacerse una herida. Confesó (no sin reticencia) haber pasado el día en el hospital.

—¿Ah? ¿Tienes problemas?

—En realidad no. Tenía que hacerme pruebas ginecológicas.

Mientras frotaba distraídamente su pierna contra la mía, me explicó que todavía no le había venido la menstruación a pesar de haber cumplido ya los diecisiete años. Ya había consultado a un médico en Yarmouth, pero todavía no le habían hecho ninguna prueba un poco seria. Desde hacía dos semanas se sometía a análisis de sangre, de linfa, de secreciones vaginales, de orina y de otros fluidos misteriosos. Había tragado bario, le habían inyectado yodo, la habían embadurnado con varios geles de extrañas propiedades, le habían hecho radiografías y ecografías de la pelvis, e incluso un examen por resonancia magnética del que me hizo un relato digno de Steven Spielberg.

Me extrañó no haberme dado cuenta de todas aquellas idas y venidas al hospital. Hope era realmente un as del camuflaje.

—¿Y han encontrado algo?

Negó con la cabeza.

—La fontanería funciona perfectamente. Produzco buenas hormonas y ovulo cada veintiocho días. De hecho, mis ovarios son más exactos que un reloj atómico. La mucosa de mi útero se resiste a vascularizarse, pero los médicos siguen sin entender por qué. Un enigma total.

Diagnóstico: Hope padecía de *amenorrhoea misteriosa*, una inexplicable ausencia de menstruación. Dicho de otro modo, la ginecología moderna se declaraba vencida. Hope tendió la mano hacia mi taza de chocolate caliente, cogió una nube de malvavisco y se la metió en la boca.

- Me he convertido en un enigma de la medicina. Es fascinante, ¿verdad?
Ví a Hope flotando en un tarro de formol y me apresuré a borrar la imagen de mi mente.
- Pero, esto... ¿Te encuentras bien?
 - Me siento como el Triángulo de las Bermudas.
 - Y tu madre ¿qué dice?
 - Que no hay problema que un buen fin del mundo no pueda resolver.

30. Una noción Randall

Me adormecí delante de un documental sobre los guajá, una tribu amerindia recientemente descubierta en las profundidades de la cuenca del Amazonas, en uno de los lugares más aislados del planeta. Los aborígenes llevaban taparrabos, se pintaban el cuerpo, no habían tenido ningún contacto directo con la civilización posterior a la conquista de América..., y habían dado la bienvenida al helicóptero de los antropólogos con una lluvia de flechas. Buena gente.

Ya hacía un buen rato que el documental le había cedido el paso a un programa de teletienda cuando sonó el teléfono. Abrí un ojo. La pantalla del aparato de vídeo indicaba las 00:43 y una presentadora parlanchina y decolorada se agitaba en un aparato de musculación abdominal. Mi mano descolgó el auricular y mi cerebro se puso en marcha (por este orden).

Al otro lado de la línea, Hope tenía la voz de los días nefastos.

–¿Te molesto?

Bostecé a modo de respuesta.

–¿Podrías venir a la tienda de mascotas? Necesito que me eches una mano.

–¿Una mano a la una menos cuarto de la madrugada?

–No tengo ganas de contártelo por teléfono.

–De acuerdo. Enseguida voy.

–Tráete unos apósitos.

–¿Apósitos? ¿Estás herida?

Pero ya había colgado.

Agucé el oído: en la planta principal no había el más mínimo ruido. Las jornadas de mi padre en la fábrica de cemento eran muy largas, y sospechaba que desde hacía unos meses mi madre tomaba somníferos. Las tensiones entre mi hermano y mi padre provocaban turbulencias en el vasto océano de su amor materno. Un *bungalow* norteamericano como tantos otros.

Me vestí, metí en la mochila todo lo que me pareció adecuado del botiquín –tiritas, gasa, esparadrapo, compresas adhesivas– y me deslicé por la puerta trasera como un sioux.

En la calle, los cristales de hielo se arremolinaban sobre el asfalto. Interminable invierno.

Hope me esperaba cerca de la puerta con los brazos cruzados y la frente arrugada. La examiné de pies a cabeza y no vi ninguna herida. Suspiré aliviado.

En la tienda de mascotas reinaba el caos habitual: platos y ropa sucios esparcidos por doquier, polvo en todos los rincones y un vago olor a excrementos de reptil. Total, ninguna diferencia con la atmósfera acostumbrada, excepto por la señora Randall, que yacía en mitad de la sala, inconsciente y apresuradamente cubierta con una bata de dudosa pulcritud. Bajo su cabeza, una mancha de sangre impregnaba la alfombra: todavía le sangraba el labio superior –que sin duda se había partido al caer–, a pesar de la compresa improvisada con un poco de papel de cocina. Limpieza difícil a la vista.

Hope señaló a su madre con un gesto nervioso, casi de impaciencia.

–Creo que está bien. Aparte de lo del labio, quiero decir.

–¿Qué ha ocurrido?

Suspiró. Tras muchos meses de negarlo, su madre había admitido por fin que no había error de cálculo alguno y que, con toda probabilidad, el fin del mundo no estaba en absoluto próximo.

–¿Y qué?

–Trata de imaginártelo: te pasas veinte años de tu vida esperando el fin del mundo... y ¡puf! Nada de nada.

Traté de entenderlo, en vano. Se trataba de una noción Randall, era inútil romperse la sesera.

Fuera como fuese, la señora Randall había decidido (según sus propias palabras) «darse a la bebida». Hope explicó que, a pesar de su tendencia psicótica, su madre siempre había sido una joven aplicada y no tenía ninguna intención de volverse *aproximadamente* alcohólica. Había conseguido una botella de vodka, de la que liquidó dos terceras partes en treinta minutos de cronómetro, no sin una mueca de desagrado, tras lo cual se había quitado toda la ropa y se había derrumbado en el suelo, quedándose donde estaba.

Inquieto, puse el índice en su muñeca. El pulso parecía normal. Un poco lento, quizá, pero regular.

–¿Crees que está en coma?

Hope consideró la botella de vodka con aire de perplejidad.

–No. Supongo que ha habido una mala reacción entre el alcohol y la clozapina.

–Bien, ¿cuál es el plan?

–¿Tienes las gasas?

–Primero habría que desinfectar la herida.

–Queda un poco de vodka.

Impregnó un trozo de gasa con el líquido de la botella y limpió la herida lo mejor que pudo. Entre dos gemidos, su madre murmuraba fragmentos de palabras en sumerio, una señal bastante favorable, dadas las circunstancias. La hemorragia empezaba a disminuir; Hope le puso dos enormes tiritas sobre el labio y decretó que, de momento, estaba bien así. Ya vería a la mañana siguiente si eran necesarios unos puntos de sutura.

–Bien, hay que meterla en la cama. No podemos dejar que pase toda la noche tendida en el suelo.

La agarramos cada uno por un extremo, Hope por los pies y yo por los hombros, y tratamos de levantar a la señora Randall. Esfuerzo inútil: en virtud de algún fenómeno misterioso, aquella frágil mujer pesaba varias toneladas. Imposible hacerla rodar, empujarla o simplemente levantarle un brazo. Estaba atornillada a la alfombra.

Sin saber qué más hacer, la tapamos con varias mantas y la dejamos allí. Hope prefería velar su sueño ella sola y me acompañó hasta la puerta, donde me dio las gracias con un beso distraído en la mejilla.

No estaba de humor para dormir y en lugar de volver directamente a casa aproveché para caminar un poco. A decir verdad, iba rumiando unas cuantas cuestiones preocupantes: si todos los Randall desvariaban cuando el apocalipsis les daba un plantón, entonces quizás Hope iba a sufrir el mismo destino. El 17 de julio de 2001 parecía

infinitamente lejano, pero eso no me tranquilizaba mucho.

La calle Lafontaine estaba desierta. En medio del escaparate del Estudio de Kárate Elvis Dubé había un retrato de Elvis Presley, el Rey, en kimono, rodeado de luces navideñas. Crucé la calle huyendo del espectáculo, y di con la tienda Bebé Plus, que exponía modelos de 1990 de coches de bebé deportivos. Recién nacidos supersónicos tapizaban la pared, verdadera negación del bebé en cuanto que peso muerto.

Pensé otra vez en los guajá, aquellos amazónicos que nunca habían tenido el más mínimo contacto con la civilización moderna. Sin duda no se habían perdido gran cosa.

31. Los pequeños éxitos llevaban a las grandes victorias

A la mañana siguiente, Ann Randall se despertó con una herida en el labio y una curiosa chispa en la mirada.

No reconoció ni a su hija ni la tienda de mascotas, y Hope dedujo de ello que el vodka le seguía nublando la mente; pero aquella amnesia persistió varias horas. Sin duda, Ann Randall se había aventurado un poco más profundamente de lo que habíamos creído por algún lugar en la periferia del coma.

Total, que hubo que esbozarle un panorama general de la situación: nuestras identidades, el lugar en el que se encontraba, su trabajo. A base de bombardearla de datos, conseguimos reiniciar el sistema operativo; pero en lugar de un simple retorno a la normalidad, vimos activarse una Ann Randall totalmente nueva.

Incluso Hope (que había visto de todo y más) se sorprendió por el nuevo régimen de vida de su madre. Todas las mañanas empezaba a beber a partir de las siete: vodka con zumo de naranja hasta el mediodía, Bloody Mary para comer y vodka con agua mineral hasta la hora de acostarse; y no iba nunca a trabajar sin llevarse un termo con un litro de té mejorado con ron.

Para ser novata, Ann Randall había encontrado enseguida su ritmo.

Pero el alcohol solo constituía la primera etapa de una ambiciosa estrategia. Ann Randall suprimió a continuación su legendario programa de autonomía alimentaria doméstica. Fuera sacos de arroz, suplementos proteínicos y garrafas de agua. La comida congelada efectuó una entrada triunfal en la nevera de las Randall: rollitos de primavera, pizzas (miniatura, *calzone* y tradicionales), alitas de pollo, hojaldres de manzana y otros productos saturados de glucosa, butilhidroxitolueno, aceite vegetal hidrogenado y colorante rojo número E123.

Como si aquel espectacular giro no fuera suficiente, en adelante Ann Randall fumaría dos paquetes diarios de Craven «A», sin contar una cantidad considerable de Gauloises (a los que quitaba el filtro), de cigarrillos mentolados y de infectos puritos con oporto.

Fumaba y devoraba y bebía con una furia concienzuda, como si tratara de provocar su apocalipsis personal contra viento y marea, un día tras otro. Pequeños éxitos anunciadores de grandes victorias.

Hope había dejado de administrarle clozapina. No solo la dosis parecía absolutamente inapropiada, sino que los riesgos de reacciones nefastas con el alcohol crecían de día en día. Había tirado al inodoro las últimas píldoras y, desde entonces, cruzaba los dedos.

Sea como fuere, Ann Randall seguía parloteando en sumerio cuando dormía. En algún lugar, bajo la superficie, subsistían fragmentos de la joven bibliotecaria de Yarmouth.

32. Textura

Disponíamos de diez minutos antes de la clase de mates y acompañé a Hope a su taquilla, donde había olvidado la calculadora.

Bajamos a la planta baja empujados por la corriente de estudiantes que se agolpaban en las escaleras. Por momentos, nuestros pies ni siquiera tocaban el suelo: formábamos una única masa de hormonas, músculos y despreocupación. Hubiera bastado un tropezón para desaparecer bajo la superficie y acabar hechos puré.

Mientras luchábamos por sobrevivir, pregunté por Ann Randall. ¿Estaba mejor? Hope se encogió de hombros: no sabía exactamente. Tenía la impresión creciente de convivir con una desconocida; era más fácil convivir con ella que con la anterior desconocida, cierto, pero no era mucho más fácil entenderla.

De hecho, Hope empezaba a sospechar que era una forma de amnesia a largo plazo, como si su madre hubiese formateado amplias zonas de su memoria. Había intentado hablarle de Yarmouth, de su atribulada huida... sin ningún éxito. Y era imposible determinar si Ann Randall había olvidado o si sencillamente se negaba a abordar el tema.

–Es posible que nunca supiera *por qué* en concreto nos marchamos de Yarmouth.

–El destino, querido Watson. ¡Teníamos que encontrarnos!

Hope miró al techo con una sonrisa de desánimo.

Cuando llegamos a su taquilla, empezó a rebuscar en el desorden para encontrar la calculadora. Mientras miraba cómo se las apañaba, volví a pensar en todos los sinsabores de los últimos meses y me maravillé de la sangre fría que conseguía mantener fueran cuales fuesen las circunstancias. Era evidente que disponía de un equilibrio mental mucho mayor que el de su madre. A fin de cuentas, quizá quedaba una esperanza en el seno de la familia Randall.

Mientras hacía aquella tranquilizadora reflexión, distinguí una especie de textura que cubría completamente el interior de su taquilla. Por unos instantes creí que la había empapelado, un tipo de frivolidad que no era demasiado propio de ella.

En realidad, el extraño dibujo consistía en centenares de palabras entrelazadas escritas con rotulador, y al acercarme un poco más descubrí que en realidad eran cifras, las mismas cifras garabateadas miles de veces por una mano maniática:

había reconocido el Honda de la familia. Contesté saludándole con la mano. Estábamos en territorio amigo.

La señora Bilodeau nos esperaba en la secretaría con los impresos en la mano. Bastaba con añadir nuestros respectivos números de la Seguridad Social, firmar al pie y quedarnos la copia rosa. Entre una llamada telefónica y otra, hablaba del tiempo y nos preguntaba en qué programa de Secundaria superior nos habíamos inscrito para septiembre. Su inalterable buen humor menguó un poco cuando Hope preguntó si podían pagarle el sueldo en efectivo. La señora Bilodeau explicó que el contable no acostumbraba a hacer aquel tipo de excepción, pero que vería si era posible.

Tras haber examinado nuestros impresos, puso dos tarjetas en la imponente Olivetti, tecleó a toda velocidad nuestras respectivas direcciones y las archivó en un Rolodex de acero macizo.

–¡Bienvenidos a galeras!

Al salir de la secretaría nos cruzamos con mi padre, que llevaba el casco blanco de capataz. Saludó a Hope con una sonrisa a lo Paul Newman y ella le contestó con un guiño. Se caían bien mutuamente. Mi padre miró su reloj y preguntó si a Hope le gustaría visitar las instalaciones.

–Nada en el mundo podría gustarme más, señor Bauermann.

–Ajá, ¡solo diecisiete años y ya miente como respira!

Cogió dos cascos viejos de color naranja del maletero de su todoterreno y quitó todo lo que se amontonaba en el asiento trasero: una caja de herramientas, un par de guantes, una taza de café medio vacía y un fajo de facturas sujetas con una pinza, todo ello recubierto de una fina capa de cemento.

Arrancamos a toda prisa, a pesar de las señales que anunciaban la limitación de velocidad a diez kilómetros por hora, y nos dirigimos hacia la primera estación del viacrucis.

34. Todo lo que arde

Mientras recorríamos la pista de hormigón, mi padre nos largaba un pequeño discurso que yo casi no escuchaba. Le había oído contar más de cien veces que la invención del cemento se remontaba al Imperio romano y que las estructuras que se construían en aquellos tiempos, como las termas de Caracalla o el panteón de Roma, todavía estaban en pie gracias a la extraordinaria solidez del material. (Solía añadir que la mitad de la producción mundial actual procedía de la República Popular China, información esta que no necesitaba comentarios.)

Hicimos una breve parada bajo el *kiln*, donde mi padre explicó cómo se calentaba progresivamente la harina cruda hasta unos 1500 °C, hasta que entraba en fusión y se transformaba en granulado; algo vagamente parecido a la basura volcánica que cubre el fondo de las barbacoas. A continuación, se pulverizaba el granulado en cuestión para obtener el sacrosanto cemento Portland, base de nuestra civilización y orgullo de los Bauermann.

Sin duda di unas cabezadas, ya que de pronto los dos compinches estaban hablando sobre granulometría, sulfato de calcio (CaSO_4) y aditivos. Mi padre explicaba que a veces se le añadía azúcar al hormigón para retrasar el fraguado, lo que hizo que Hope se lanzara a explicar algo sobre enlaces covalentes y cristalización. Mi padre estaba en la gloria.

Mientras hablaban de química molecular, nos adelantó un camión que, tras ejecutar un elegante semicírculo, descargó con un eructo de diésel tres toneladas de neumáticos usados cerca de la cinta transportadora de combustible. Los neumáticos rodaban unos sobre otros como carcasas de animales, rebotaban, regurgitaban agua de lluvia y larvas de mosquito. Hope abrió los ojos de par en par.

–¿Alimentan la caldera con neumáticos?

–Neumáticos y toda clase de desechos de automóvil: vinilo, plástico, caucho. La fábrica de cemento tiene un acuerdo con Élisée Ouellet. También la alimentamos con sobras de disolvente, aceites usados y retazos de chillas. En fin, todo lo que arde.

Nos pusimos de nuevo en marcha, en dirección al molino y la sección de empaquetado. Repentinamente silenciosa, Hope estiró el cuello para examinar un poco más las montañas de combustibles amontonados junto al *kiln*. Residuos de una civilización que se devoraba a sí misma.

35. Soy Shiva

Trabajo de archivo, primer día.

La señora Bilodeau nos condujo hasta el sitio en el que íbamos a trabajar, poéticamente bautizado como Sala de Archivadores. Se trataba de un despacho sin ventana y maloliente en el que se amontonaba hasta el techo un centenar de cajas de cartón desvencijadas.

Nuestra misión para las siguientes ocho semanas era ordenar el contenido de aquellas cajas, en su mayoría llenas de antiguas declaraciones de renta, impresos de contabilidad, artículos de periódicos y folletos de instrucciones de aparatos que yacían a diez metros de profundidad en el basurero municipal. Habría que volver a archivar algunos documentos, otros acabarían en el limbo (otras cajas que otros adolescentes abrirían en improbables futuros decenios). El resto –todo lo anterior a 1981– debería ser devuelto a la primigenia nada.

La señora Bilodeau nos presentó el aparato que supuestamente acabaría con todo aquel papel: una antiquísima trituradora que, a pesar de sus cincuenta kilos, no tenía nada de industrial.

–Es bastante caprichosa. Admite unas doce páginas a la vez y sobre todo no hay que sobrecargarla. Si se atascan las cuchillas, hay que desmontarla completamente.

Consideré el aparato con cierta inquietud. Parecía evidente que íbamos a malgastar la mayor parte de nuestra jornada laboral controlando los apetitos de aquel papirófago. Hubiese resultado mucho más rápido mandar nuestros desechos de papel directamente a la caldera del *kiln*, con los neumáticos viejos y demás desperdicios, pero me guardé la reflexión para mí mismo. Después de todo, no nos pagaban para que sabotéramos nuestro empleo.

Tras algunas advertencias de última hora –en particular, que tuviéramos cuidado con los dedos–, la señora Bilodeau nos dejó para que tomáramos posesión del despacho. Hope inauguró inmediatamente la Máquina: se apoderó de una carpeta titulada «Impuestos de 1968 – Anexos» y la introdujo entre los rodillos. Por el extremo opuesto, el ejercicio contable de 1968 salió en forma de espaguetis rizados. Hope estaba exultante.

–¡Soy Shiva, destructor de mundos!

Lo que se llama tener sentido de la oportunidad.

36. En las termas de Roma

Desde aquel día, Hope y yo ordenábamos papeles de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Todos los días se repetía el mismo monótono programa: airear las cajas, alimentar la trituradora, comprobar fechas, hacer montones, alimentar la trituradora, tomar un café, llenar otras cajas, alimentar la trituradora. El aire acondicionado era demasiado potente y el café, demasiado flojo, pero el sueldo era bueno.

En realidad, el polvo era el principal inconveniente de aquel trabajo. En aquella fábrica, todo producía *partículas volátiles*: las machacadoras, los molinos, las cintas transportadoras, las chimeneas... y sobre todo el ir y venir de la maquinaria pesada. Regaban los caminos con aceite usado, pero solo un buen día de lluvia conseguía atenuar el problema. Para nuestra desgracia, un viento seco azotaba la región desde el mes de junio.

Era una guerra perdida antes de empezarla. A pesar de los chasis sellados y de un imponente dispositivo de filtros de aire, varios kilos de polvo se infiltraban cada día en el edificio administrativo. Por la tarde, el portero pasaba el aspirador por todas partes; pero a la mañana siguiente una nueva capa blancuzca recubría hasta la más mínima superficie. Hartos ante la imposibilidad de la tarea, habían desterrado la mayoría de los objetos a los que resultaba imposible quitarles el polvo, como adornos o persianas venecianas. Solo había tres excepciones: el helecho de la señora Bilodeau (amenazado de asfixia crónica), los teclados de ordenadores y calculadoras (forrados de film transparente) y los seres humanos (imposibles de proteger).

Como miembros que éramos del tercer grupo, cada atardecer un fino polvo gris nos tapizaba las cejas, el interior de las narices, los bolsillos y hasta la ropa interior. Después del trabajo íbamos a tirarnos de cabeza en la piscina municipal al aire libre, la única manera de recuperar una mínima sensación de pulcritud.

A medida que se alejaban por el retrovisor los edificios del polígono industrial vivíamos momentos de intensa alegría. En la radio sonaba a voz en grito una variopinta mezcla de R.E.M., Samantha Fox y Fine Young Cannibals. En los patios traseros de los *bungalows*, la gente encendía las barbacoas portátiles: centenares de pequeños penachos de humo que subían hacia el cielo, minúsculos holocaustos alimentados con queroseno y grasa de cerdo.

La piscina municipal era una ruina agrietada, que se había construido después de la guerra (no se sabía a ciencia cierta de qué guerra se trataba), y que cada primavera amenazaba con echar el cierre. Los vestuarios apestaban a cloro y a madera húmeda, las duchas funcionaban de manera intermitente, en lo alto de los muros, aquí y allá, faltaban tejas, y el único trampolín –un verdadero peligro público– había sido desmontado y abandonado en la maleza, detrás de una valla.

Nadar en aquellas estructuras vetustas me hacía experimentar un placer propiamente arqueológico. Éramos los últimos bañistas de las termas de Roma unos meses antes de la caída del Imperio. Los bárbaros se acercaban y nosotros disfrutábamos del sol.

Bajo su fina capa de polvo de cemento, Hope aparecía cada día un poco más morena, un poco más radiante. En toda la geometría del amplio universo, no existía nada más

elegante que su esbelta silueta tendida en una toalla de playa, la curva de su espalda o el rastro de sus pies mojados sobre el cemento. Me bastaba contemplarla unos minutos para sumergirme en una profunda felicidad erótica; pero la principal interesada no se enteraba de nada, cegada por el sol, cegada por el fin del mundo que engrosaba y atronaba a las puertas del Imperio.

37. El espectáculo más normal del mundo

A mediados del período de vacaciones del ramo de la construcción, el verano se puso canicular. En la banda AM, la emisión de *Environnement Canada*, la agencia medioambiental de Canadá, repetía todos los días los mismos datos implacables: cielo despejado, temperatura máxima de 32 °C, índice Humidex 43 y viento cero. La Amazonía.

Las noches sofocantes sucedían a las jornadas tórridas y Hope empezó a padecer insomnio. En sí no era nada sorprendente –todo el mundo tenía dificultades para dormir–, pero Hope parecía más afectada que la media. Durante el día, funcionaba en modo de piloto automático, daba cabezadas, introducía documentos equivocados en la trituradora de papel. En cambio, en cuanto el sol se ponía, ella entraba en un estado de febrilidad. Después de las doce de la noche, Hope estaba en plena forma.

Pronto haría diez días que no dormía más que una hora cada noche; y la hora en cuestión vibraba de pesadillas. Nada nuevo en el frente del subconsciente: Hope seguía viendo una y otra vez procesiones de animales exóticos que invadían la tienda de mascotas. Ñus en el cuarto de baño, boas en el lavabo. Cebras, gacelas, cebús.

Pero con o sin pesadillas, era inimaginable dormir en la tienda de mascotas. Su madre regresaba del trabajo al atardecer, brindaba y fumaba, y luego caía en picado en un sueño profundo impregnado de ginebra y nicotina y salpicado de parloteo mesopotámico. Hasta las diez de la noche se oía la charla de los clientes de la lavandería sentados en la acera, y el aire acondicionado del restaurante chino runroneaba toda la noche.

De hecho, la situación era tan propicia a las noches en blanco que Hope ni siquiera trataba de dormir. Huía de la tienda de mascotas, vagaba horas enteras, paseaba por las gradas del estadio municipal. Lo más frecuente era que apareciese por el Búnker. Se deslizaba discretamente por la puerta trasera, que yo nunca cerraba con llave, y de vez en cuando, al levantarme para mear hacia las tres de la madrugada, la encontraba sentada en posición de loto en el sofá, azul y espectral a la luz del tubo catódico, profundamente absorta en un programa de teletienda.

Me sentaba entonces a su lado, sin decir palabra, y miraba a la gente remar en el vacío, cortar latas de conserva con un cuchillo de cocina o descongelar un rosbif, como si se tratara del espectáculo más normal del mundo.

38. Especias y colorantes

Hope se presentó en el Búnker a última hora. Llevaba una camiseta de tirantes sucia y olía a césped y a gasolina sin plomo; no contenta con trabajar sus treinta y cinco horas en la fábrica de cemento y repartir los periódicos todas las mañanas, Hope segaba el césped de los jardines del vecindario durante su tiempo libre, por la tarde, cuando regresábamos de la piscina. Si no hubiera sido por el ruido de la cortacésped, habría trabajado la noche entera. Dormir era una actividad que ya no cabía en la vida de Hope Randall.

Se dejó caer atravesada en el sofá, se apoderó de la bolsa de nachos y echó un vistazo a la pantalla. Programa: zombis. La película trataba de cuatro supervivientes a bordo de un helicóptero. Refugiados en lo alto de un centro comercial, observaban cómo los muertos vivientes deambulaban por el aparcamiento y se dirigían hacia las puertas con lentitud.

La chica parecía horrorizada.

«*What are they doing? Why do they come here?*»

Su compañero se encogió de hombros.

«*Some kind of instinct... Memory of what they used to do. This is an important place in their lives...*»

Los dos milicianos inspeccionaban el tejado armados con subfusiles M42 y fusiles con mira telescópica; era evidente que las películas de zombis recibían subvenciones ocultas de la NRA¹². Inclclinados sobre los ventanales, los milicianos examinaban el interior del centro comercial. Los muertos vivientes vagaban sin rumbo por delante de las persianas de las tiendas, entre las plantas artificiales y las máquinas de venta automática.

Hope se quitó las zapatillas de deporte, movió un poco los dedos de los pies y empezó a comer nachos.

–¿Qué novedades traes? –le pregunté, sin apartar la vista de la pantalla.

–Veinte dólares.

Sacó de su bolsillo trasero un fajo de billetes grasientos, levantó un cojín del sofá y, ante mi mirada estupefacta, deslizó la mano en el espacio hueco situado bajo el brazo del sofá. Sacó un grueso sobre marrón rebosante de billetes de banco.

–¿Guardas dinero en la funda de nuestro sofá?!

–Es un buen escondite, ¿no?

El sobre tenía cinco centímetros de grosor y contenía todos los ahorros de Hope: el producto de un año repartiendo periódicos, limpiando la nieve, empujando la cortacésped y triturando papeles en la fábrica de cemento. ¿Por qué no había abierto una cuenta bancaria? Misterio. Volvió a cerrar el sobre y lo puso a salvo en las entrañas del sofá.

En la pantalla, los zombis arrastraban los pies como sonámbulos. Gruñidos y miradas perdidas en el vacío; las instrucciones a los extras debían de haber sido bastante fáciles.

Sorpresa del día: la muy científica Hope adoraba las películas de zombis. Sin duda su ascendencia Randall.

–¿Sabes qué? Siempre trato de reconocer a gente de mi entorno.

–Muy gracioso. Mira, ahí está justamente nuestra vecina, la señora Sicotte.

–Detrás de la palmera artificial está el señor Bérubé.

–Bien visto.

–¡Eh! ¡Veo a uno que va descalzo!

Hope tenía razón: en el borde de la pantalla, un muerto viviente gordo con camisa de rayas se paseaba sin zapatos ni calcetines. Un detalle entre tantos otros; pero no para Hope, que estaba obsesionada con las personas descalzas.

–¿Dónde estarán sus zapatos?

–Ni idea.

Perpleja, movió los dedos de los pies. Luego alisó la bolsa de nachos, en el fondo de la cual solo quedaban restos de especias y de colorantes, y la vació de una vez. Hizo una mueca.

–Me recuerda unas fotos de Hiroshima después del bombardeo. Se veían pilas de cadáveres descalzos amontonados en las calles. Como si hubieran perdido los zapatos en la explosión. Qué raro, ¿verdad?

–A lo mejor llevaban chancletas.

–Te apuntas un tanto.

39. Marcus estuvo aquí

Las auroras boreales saturaban el cielo, una amplia pulsación turquesa que irradiaba desde el cénit hasta el horizonte en todas las direcciones. Con semejante tormenta magnética, sería un milagro si todos los transformadores de Hydro-Québec no saltaban antes del alba.

El estadio municipal estaba desierto, sin ningún muerto viviente a la vista. No obstante, una decena de focos de sodio iluminaban el campo de béisbol, consumiendo sin duda tantos megavatios por hora como toda Guinea Ecuatorial.

Cerca de la taquilla habían clavado un cartel nuevo:

Horario de verano
Prohibido entrar
después de las 23 horas

Entramos sin hacer caso del cartel ni de la hora.

Hope llevaba una bolsa de plástico de la que sacó un tarro medio lleno de un líquido claro.

–Vodka –explicó.

Iba sacando regularmente a poquitos de las botellas de su madre, cuyo contenido diluía a continuación con agua (todas las trampas valían para disminuir la alcoholemia materna). Pero aquella noche, en lugar de tirar el vodka al inodoro, había decidido organizar una cata.

–Pura curiosidad científica. Quiero saber lo que ocurre en el cerebro de Ann Randall.

Desenroscó la tapa y bebió un trago arrugando la nariz. Todo por una buena causa. Después me tendió el tarro, que levanté a la salud de Marie Curie antes de soplarle un buen trago: ¡glup!

El rocío humedecía las gradas. Nos refugiamos en el grasiento banquillo de los jugadores. Brindábamos por turnos, sin prisas, mientras leíamos las inscripciones grabadas con navaja en el contrachapado: «Marcus estuvo aquí» y «Muérete, carroña» y «Anda y que te zurzan».

Con su manojito de llaves, Hope añadió: «1707 2001». Suspiro.

Encontré un bate de béisbol que había rodado bajo el banco y, entre un trago de vodka y otro, lanzamos chinas a la estratosfera. En el campo no se oía nada más que nuestra conversación salpicada de golpes secos.

El vodka empezaba a difuminar las asperezas de la realidad. Hope monologaba sobre el nombre de Mijaíl Gorbachov, el folclore judaico y el final de la guerra fría. Lanzó una china por encima del jardín central y reclamó el tarro, en el que ya solo quedaba un dedo de vodka.

Un gato que apareció de repente cruzó el campo a la carrera. Al ver a Hope, se desvió y fue a frotarse un momento contra sus tobillos. Después, bruscamente se puso de nuevo en marcha camino de sus quehaceres gatunos.

–Mira, a propósito. Mi madre ha recibido noticias de la familia Randall.

–Ah, ¿sí?

–Mi primo Dan perdió la chaveta a primeros de mes.

–¿Para qué fecha esperaba el fin del mundo?

–Para marzo. Teóricamente, un agujero negro debería haberse tragado el planeta.

Mostró el estadio con un gesto circular para recalcar hasta qué punto su primo estaba equivocado, y subrayó aquel silencioso comentario con un trago de vodka –el último–.

–Se encerró en el sótano de su casa con una caja de dinamita y puso el *bungalow* en órbita.

–¿De veras?

–Mi madre recibió el artículo del *Chronicle Herald*, si no me crees. Hasta hay una foto del cráter. Un bonito agujero que a estas horas todavía debe de humear.

La familia Randall nunca dejaría de sorprenderme..., pero rara vez se trataba de buenas sorpresas. Se hizo un silencio mientras trataba de calcular el tiempo que nos separaba del 17 de julio de 2001. Hope me adivinó el pensamiento.

–Tranquilo, todavía faltan tres mil novecientos ochenta y cuatro días.

Muy tranquilizador...

Los focos se apagaron poco después. Hope estaba en el diamante, con el bate al hombro, lista para lanzar una china perfecta por encima de Groenlandia, cuando el campo quedó de pronto sumido en las tinieblas. A medida que los ojos se nos acostumbraban a la oscuridad, la pulsación turquesa de las auroras boreales tomaba de nuevo posesión del cielo.

Hope suspiró.

–Hay un momento para recoger chinas y un momento para lanzar chinas.

He aquí lo que el vodka producía: aliento bolchevique, lengua de trapo y palabras enigmáticas. En cuanto a saber exactamente lo que sucedía en el cráneo de Ann Randall, seguíamos sin tener ni idea. El experimento se saldaba con un fracaso y sin resultados aprovechables para la investigación fundamental.

40. La televisión es el Enemigo

Un martes del mes de agosto por la mañana, sin previo aviso, Ann Randall se largó de su miserable empleo y anunció su intención de marcharse y rehacer su vida en la República Dominicana. Iba a ser camarera en un hotel frente al mar Caribe. Sol, palmeras, playas de coral y alcohol de caña.

–Ha llegado el momento de completar mi educación –decretó mientras vertía una medida de Moskovskaya en su zumo de naranja.

Ante el aire dubitativo de su hija, Ann Randall presentó el formulario de solicitud de empleo del Club Playa de Puerto Plata, con los impresos debidamente cumplimentados, los sobres con los sellos puestos y un par de pasaportes pedidos a hurtadillas a principios de verano. No cabía duda: había emprendido el camino del alcoholismo como una alumna aventajada.

Hope, incrédula, examinó su flamante pasaporte. Se imponía una discusión entre adultos. Explicó con firmeza que no se dejaría arrastrar al Tercer Mundo. Que pronto iba a entrar en el CÉGEP¹³. Que dentro de unos meses sería mayor de edad. Que no estaba dispuesta a soportar otro Lada en su vida. Que tenía sus propios proyectos –por otra parte, incompatibles con la República Dominicana y la piña colada–. Que, que y que.

Su madre miró los pasaportes y murmuró un poco. Después, flexible, se zambulló inmediatamente en las páginas amarillas en busca de un bar local.

Nuestro contrato estival en la fábrica de cemento acababa de terminar y habíamos reanudado sin dilación nuestro maratón televisivo cotidiano: horas y horas viendo telediaris, *El precio justo*, *Apartamento para tres...* y todos los memorables bodrios que formaban, según Hope, una «instructiva instantánea de la civilización norteamericana poco antes de su aniquilación». Qué alegre.

A todas estas, mi propia madre se sumió en una extraña crisis de orientalismo. Cocinaba con tofu, consultaba guías de meditación zen, compraba budas y bonsáis en el hipermercado Zellers. Plantificó además una de aquellas coníferas en miniatura encima del televisor a modo de declaración de guerra contra la cultura popular occidental. La televisión era el Enemigo.

Como el bonsái resultaba ser un argumento insuficiente, al final mi madre nos expulsó del Búnker sin contemplaciones en mitad de un festival James Bond. Veríamos *Moonraker* otro día.

Brutalmente privados de tele, vagamos por las calles en busca de una pantalla sustituta, fuera cual fuese. El cine Princesse estaba cerrado toda la semana («Causa: diluvio», especificaba un cartel sujeto con cinta adhesiva en la puerta; y pensamos que aquello seguramente significaba «ruptura de grifo»). Hope echó un vistazo al programa de otoño de Grandes Exploradores y se mostró algo interesada por la visita de Katia Krafft a finales de noviembre. Pero privados de estímulo audiovisual ¿podríamos sobrevivir hasta entonces?

El sol se estaba poniendo y Hope sugirió que fuéramos al cine al aire libre. Por desgracia, el único cine al aire libre de la región hacía años que había cerrado, y ahora la pantalla servía de diana para los ociosos que, los viernes por la noche, iban a descargar

sus carabinas del calibre 22 y a beber cerveza Black Label tibia. Más valía no acercarse por allí.

Hope suspiró y dio una patada a una tuerca, que fue a estrellarse en la portezuela de un enorme y flamante Ford. Preguntó si, en mi opinión, mi madre era capaz de mantener mucho tiempo el embargo televisivo.

–Hasta la universidad, supongo. Cuando tiene una idea en mente, no da su brazo a torcer.

(Lo que, bien mirado, me recordaba a otra persona de mi entorno.)

Miramos con cara de aburrimiento las farolas de mercurio que se encendían una tras otra a lo largo de la calle Lafontaine. En el escaparate de la cooperativa funeraria se anunciaba el velatorio de la señora de Louis-Robert Gendron-Lavallée, fallecida la noche del 13 de julio, ni flores ni coronas, se ruega un donativo a la Sociedad Canadiense contra el Cáncer.

Algunas veces, el apocalipsis parecía estar muy cerca. Otras veces parecía muy lejano.

41. El Ofir III

Metimos la tienda de campaña, los sacos de dormir y la nevera portátil en el maletero del Honda y nos largamos de la ciudad, ventanillas bajadas y cabello al viento como dos *neohippies*.

Al azar, pusimos rumbo al este. En Cacouna, probamos suerte por un camino de tractores que serpenteaba entre abetos hasta una cala pedregosa. El lugar estaba desierto y soleado, y olía a algas. Adoptado por unanimidad.

La tarde transcurrió con tranquilidad mientras leíamos al sol. El viento ahuyentaba a los escasos mosquitos y la cerveza aguardaba el crepúsculo en la nevera. Crema solar y perritos calientes a la brasa, aquella excursión de acampada era una verdadera antología de esos clichés almibarados que hacen que la vida sea soportable; y, ¡oh, cuán soportable nos parecía de pronto la vida, lejos de la ciudad, mientras la guerra fría se alejaba en el retrovisor!

Mientras removía las brasas con una rama, Hope me contaba las últimas noticias sobre su madre, que había conseguido (aunque pareciera imposible) que la contrataran en un bar sin pasar antes siquiera una entrevista. Hope me preguntó si conocía el bar en cuestión: se llamaba Ofir.

–Querrás decir el Ofir III –puntalicé–. Claro que lo conozco. En la ciudad es una verdadera leyenda.

El primer hotel Ofir, construido gracias a la gran prosperidad que supuso la línea de ferrocarril de Montreal a Toronto, tenía el aspecto de un burdel de la fiebre del oro: un edificio blanco de cuatro plantas, todo él madera y balaustradas, situado al pie de la colina. Aquel edificio histórico se incendió en circunstancias poco precisas a finales de los años sesenta, y fue inmediatamente sustituido por el Ofir II, Platos Canadienses y Polinesios. Ese segundo avatar también se incendió, por culpa de un desgraciado accidente ocasionado por una freidora. Ahora, ocupaba aquella ilustre esquina el Ofir III, Bar Salón Incombustible – Señoras Bienvenidas.

Naturalmente, en el resto del barrio no quedaba gran cosa que pudiera considerarse patrimonial. Los convoyes del antiguo ferrocarril, propulsados por locomotoras que escupían fuego y vapor, habían sido sustituidos por cisternas de nitrógeno líquido y contenedores: Maersk, Hanjin, Hapag-Lloyd y China Shipping.

–Una historia interesante –dijo Hope.

Retiró la rama del fuego y examinó el extremo ardiente.

–Mi madre ha querido trabajar en el Ofir por el nombre. ¿Sabías que es un nombre bíblico?

–Ah, ¿sí?

–Ofir era el mítico país de las minas de oro del rey Salomón. Mi madre lo interpretó como un buen presagio.

Plantó la punta de la rama en la arena y después, cansada del juego, la tiró al fuego. Le preocupaba visiblemente que su madre trabajara en un local donde servían copas. La tranquilicé: el Ofir no era mal sitio a donde ir a parar.

–Supongo –suspiró Hope.

Por otra parte, convenía en que su madre gozaba de un equilibrio, de una serenidad que nunca antes había conocido. El Ofir daba mejores resultados que la clozapina; en gran parte porque las botellas no tenían dosificadores y una jovial laxitud reinaba en la gestión de las existencias. Un punto positivo para los bares de copas. Ahora, Ann Randall pimplaba todo el día y veneraba a los parroquianos como a verdaderos doctores en etilismo. En la vía de la autodestrucción tranquila, había encontrado a sus maestros; y no paraba de darle la lata a Hope a propósito del grupúsculo de habituales acodados en la barra: «¡Te sorprendería ver lo que esos hombres pueden enseñarnos!».

–De hacerle caso, podrías creer que los dalái-lama vienen a jubilarse al Ofir.

Anoté mentalmente aquella información. Si por casualidad buscábamos un dalái-lama, ya sabíamos adónde ir.

42. Expulsados del Edén

El sol se ocultó en un cielo infinito. La nube más cercana no era más que un minúsculo punto naranja situado encima de la isla de Baffin, y decidimos dormir a la intemperie. Juntamos los dos sacos de dormir por las cremalleras y nos acostamos como dos cucharillas adosadas sobre la arena granulosa, a dos pasos de la hoguera.

Me desperté en plena noche. Hope dormía apaciblemente, el viento marino le había curado el insomnio. Se oía el débil rumor de la resaca de la marea descendente, en la otra punta de la marisma, y levantando ligeramente la cabeza podía ver el tranquilizador pulso del faro del cabo de la Tête au Chien: un haz largo, dos haces cortos. Sobre nuestras cabezas, las constelaciones habían recorrido un buen trecho. Orión estaba ahora encima del río.

Contemplé largo rato la Vía Láctea tratando de imaginármela como lo que era: el centro urbano de nuestra galaxia. Según Hope, la Tierra orbitaba en los suburbios, en un brazo galáctico insignificante, capaz de hacerte sentir irremediabilmente al margen de las cosas.

La sensación, aunque perturbadora, no era desagradable. Hope y yo ya no solo estábamos solos en el mundo, sino también solos en aquel sector del universo. Adán y Eva expulsados del Edén, exiliados en un planeta virgen que olía a algas.

43. Más detalles en la página 47

Volvimos a la civilización a la mañana siguiente, con la ropa llena de arena y el pelo maloliente. La mano de Hope descansaba en mi muslo y yo me sentía con ganas de conducir hasta Japón; pero como la realidad es lo que es, tuvimos que parar a echar gasolina.

Vi una anticuada gasolinera familiar en la 132. Los surtidores eran de los años sesenta y un cartel amarillento anunciaba un solo producto: «Normal 43,8 centavos/litro, servicio incluido». El gasolinero, una especie de luchador de sumo con una gorra John Deere, leía el periódico al sol, sentado en una pirámide de latas de aceite de motor. Al pasar, el Honda hizo sonar el tubo del aire comprimido y el luchador se levantó sin prisas, con el periódico bajo el brazo. Cuando puso las palmas de las manos en el borde de mi ventanilla sentí que el coche se inclinaba por la banda.

–¡Salud, capitán! ¿Qué podemos hacer por ti?

–Llenar el depósito, por favor.

–Ahora mismo.

Dejó el periódico encima del techo del coche para actuar. Hope salió al sol. La miré mientras se estiraba. Cuando levantaba los brazos, la camiseta respingaba un poco y desvelaba su ombligo. La piel de su vientre, perfectamente bronceada, había adquirido una tonalidad caoba; una prueba conmovedora de las horas que había pasado en la piscina municipal desde el mes de junio.

Le guiñó el ojo al gasolinero, que se llevó dos dedos a la visera de la gorra. Después, Hope se apoderó del periódico que se estaba recalentando en el techo del coche, tratando de volver a ponerse en contacto con el mundo. Al cabo de un minuto, se inclinó hacia mí.

–¿Has visto?

Miré la portada y levanté las cejas. No veía nada importante, solo los resultados del Gran Premio de Fórmula 1 de Montreal.

–¡No, a un lado, arriba!

Alcé la mirada. Entre la predicción meteorológica y los números ganadores de la Mini-Loto, un encuadre minúsculo anunciaba la invasión de Kuwait por el ejército iraquí y la consiguiente ira de los sacrosantos Estados Unidos de América, grandes consumidores de petróleo donde los haya... con todo lo que auguraba de malo. Más detalles en la página 47.

Decididamente, habíamos vuelto a la civilización.

44. TV por satélite

Al verano canicular lo siguió un otoño lluvioso. El viento aplastaba hojas muertas y bolsas de plástico contra las ventanas del Búnker, que se sumió de nuevo en la penumbra.

Época nueva, rutina nueva. Habíamos entrado en el CÉGEP y Hope seguía padeciendo insomnio. El otoño transcurría como una vieja película de 16 mm que se hubiese rebobinado y rebobinado en el proyector hasta acabar azotando el aire.

A finales de noviembre, se produjo un duro golpe para el embargo televisivo de mi madre: Robert, el propietario del Ofir III, hizo instalar una antena parabólica de tres metros en el tejado de su establecimiento. El apéndice era manifiestamente demasiado pesado para la fragilidad de la techumbre, y desde que la habían instalado no parábamos de especular sobre el momento en que aquellos trescientos kilos de acero galvanizado atravesarían los distintos estratos de materiales de la cubierta, tela asfáltica, madera, lana de roca y cartón yeso y acabarían estrellándose en mitad de la barra, en un lugar en el que los dalái-lama (hábiles geómetras, a fin de cuentas) habían dejado de sentarse.

Caballeroso, Robert prometió una ronda general si el cataclismo llegaba a producirse.

Hope y yo estábamos en primera fila para la inauguración de la antena, pero... mala suerte: el ingenio solo captaba nieve, evangelistas estadounidenses y las predicciones meteorológicas de Albuquerque («*Sunny weather; 78 °F, sun rising at 6:34*»). Para descodificar los canales interesantes, había que abonarse; y los abonos estaban reservados a los ciudadanos del Imperio americano.

Como Robert era un hombre de palabra, la solución al problema llegó dos semanas después en un sobre acolchado adornado con bonitos sellos tropicales y una dirección comercial ubicada en Nasáu, Bahamas. Dentro del sobre había un descodificador pirata (Robert prefería el término «artesanal»), en cuyo teclado había que teclear cada semana una clave suministrada a través de un muy democrático abono. ¡Viva el libre comercio!

Ahora la antena captaba ciento cincuenta canales de televisión, pero la pantalla solo destilaba Sports Channel para entretenimiento de los dalái-lamas. Hope y yo acaparábamos el más mínimo tiempo muerto en nombre de la nueva generación. No obstante, los tiempos muertos escaseaban (siempre se estaba jugando un partido de béisbol en algún lugar del planeta) y, en total, conseguíamos ver la televisión unos cuarenta y cinco minutos diarios, por fragmentos. Pragmáticos, sacrificamos *La isla de Gilligan* con el fin de aprovechar al máximo nuestro tiempo de antena..., lo que esencialmente consistía en seguir con atención el gran desaguisado que se estaba preparando en el Creciente Fértil.

Como de momento no se había destacado a ningún periodista *in situ*, había que contentarse con los archivos audiovisuales. La sede de la ONU. Marines limpiando sus armas de asalto. Cazas F-14 despegando de portaaviones estadounidenses. Militares iraquíes, o iraníes, o jordanos, atravesando el desierto en todoterreno. Bosques de torres de extracción de petróleo.

En la CNN, los analistas políticos se explayaban sobre Sadam Huseín. Uno de ellos – quizás inspirado por el reciente fallecimiento de Curtis LeMay– golpeaba la mesa

afirmando que si el ejército iraquí se negaba a entregar las armas, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos harían bien en devolver a aquella banda de bárbaros a la Edad de Piedra a golpe de misiles balísticos.

Vaya, vaya, vaya.

Pasaban las semanas, atareadas y nevadas. Celebramos los dieciocho años de Hope y después la Navidad. Por primera vez desde hacía años, mis padres renunciaron a organizar el encuentro de la tribu Bauermann, y celebramos la Nochebuena solo nosotros. Hope era la única persona ajena a nuestra reducida familia y mi padre hacía todo lo posible por que se sintiera a gusto. Incluso le regaló el último libro de David Suzuki. ¿Cómo diablos se había enterado de la admiración de Hope por el biólogo? Misterio.

Hope resplandecía. Después de todo, sabía que su madre estaba en lugar seguro, tras el mostrador del Ofir III, ligeramente ebria bajo la mirada protectora de una docena de dalái-lamas. Recordábamos –sin hablar de ello– su encarcelamiento del año anterior, del que ya parecía hacer varios siglos. Con el corazón ligero, brindábamos por el futuro con una copa de espumoso Baby Duck.

Tres semanas después, caían sobre Bagdad las primeras ráfagas de misiles Tomahawk.

45. El principio del mundo

Una nieve fina caía sobre el barrio de la estación y un convoy de contenedores desfilaba por la vía férrea creando elegantes turbulencias en la nieve polvo.

Nos sacudimos las botas y los abrigos, empujamos las puertas y penetramos en la densa atmósfera del Ofir. Las tabernas portuarias ya debían de desprender aquel olor a malta fermentada y a tabaco en tiempos de los filibusteros. Aquella peste contenía más historia que cualquier museo.

Reinaba una tranquila penumbra. Casi nadie a bordo, excepto tres dalái-lamas que hacían la primera guardia de borrachera en la barra. En la pantalla se desarrollaba un surrealista partido de *buzkashi*¹⁴: unos jinetes agitaban al aire un carnero muerto entre el polvo de un macizo montañoso cualquiera de Asia Central. Era evidente que SportsChannel había diversificado su programación.

Ann Randall, discretamente piripi y con un cigarrillo en la comisura de los labios, miraba al vacío. Nos acogió con una leve sonrisa y se inclinó por encima del mostrador para besarnos en las mejillas.

–¡Hola a los dos! ¿Qué tal?

–En plena forma. ¿Está libre la tele?

Consultó con la mirada a los dalái-lama, quienes, a modo de respuesta, echaron un mirada indiferente al partido de *buzkashi* (3-0 para los uzbekos). Ninguna objeción, siempre que liberásemos las ondas para *La velada del hockey*.

Hope nos puso enseguida la CNN, donde las últimas imágenes de Irak confirmaban nuestros peores pronósticos: los estadounidenses parecían decididos a borrar Bagdad de la superficie del planeta.

En una rueda de prensa, Norman Schwarzkopf afirmaba que el ejército estadounidense hacía en realidad delicadas punciones quirúrgicas. Ahora era posible *neutralizar* a un mando superior del ejército iraquí que estuviera tomando el desayuno mientras que su esposa podría seguir degustando sus Al-Mecca Flakes en el otro extremo de la mesa. Todo lo más, tendría que sacudirse algunas migas de yeso de la manga de su bata. Encaje balístico.

Ann Randall deslizó hasta donde estábamos acodados dos vasos de Bagdad Sunrise, un cóctel inventado por Hope: un café instantáneo muy cargado, Moskovskaya, Jack Daniel's y un dedo de nata líquida. El carburante ideal para mantener a la tropa despierta y dicharachera hasta el cierre del bar. Porque, en efecto, había que esperar hasta ese momento para recuperar el control de la televisión durante una hora escasa, lo que tardaran en echar a los dalái-lamas, pasar la fregona, ordenar las monedas en los distintos tubos de plástico y poner los taburetes patas arriba sobre la barra. ¿Qué tarea no habríamos realizado para conseguir nuestra dosis cotidiana de televisión? Y poco importaba la hora, ya que a cada momento ocurría algo en Bagdad. Los medios de información estadounidenses, subrepticamente instalados en el seno del ejército, retransmitían los fuegos artificiales noche y día, y en directo.

Hope lo llamaba «la *glásnost* con salsa texana».

Pasamos la velada en nuestro taburete habitual. Hope revisaba sus apuntes de Cálculo

Integral 101, yo hacía de cualquier manera una redacción en español y, en los descansos de los partidos, observábamos la destrucción sistemática de la antigua ciudad del califato abasí. Para cenar, llevábamos nuestras provisiones de *ramen* con sabor a astronauta; cada paquete estampado con la fecha fatídica.

Hacia las doce de la noche, ya no quedaba casi nadie. Todo el mundo se había largado tras la derrota de los canadienses, la cual, además, había significado el final del Especial Deportistas: cervezas Labatt 2×1; una oferta capaz de hacer titubear al más ávido de los atletas. Casi nadie, pues, excepto un guardafrenos de la CNR¹⁵ que había ido a celebrar el final de su turno de trabajo, antes de irse a roncar al hotel de la compañía. Hope aprovechó para recuperar el control del mando de la tele.

En el desierto iraquí estaba saliendo el sol y la CNN presentaba su lista de éxitos nocturnos: una ráfaga de misiles Tomahawk había golpeado (con delicadeza) un barrio residencial durante la noche. Las explosiones, captadas con teleobjetivo, parecían bolas de sílice en fusión. Un soplador de vidrio loco, con el tubo al rojo vivo, hacía estragos en Bagdad.

El guardafrenos dejó de picar en el plato de cacahuets para mirar fijamente la pantalla. Suspiró.

–Parece el fin del mundo.

–O el principio de otro –contestó Hope en tono adusto.

El tipo le echó una mirada perpleja antes de zambullirse de nuevo en la contemplación del plato de cacahuets. Me pregunté si no estábamos mejor antes de la puesta en marcha de aquella antena parabólica.

46. Plutonio

Nos disponíamos a dirigirnos hacia el Ofir para otra velada de televisión fragmentaria cuando recibí una llamada de Norbert, un compañero de mi clase de teatro, en cuya casa se habían reunido unos cuantos para «abrir unas cervezas» con el fin de luchar contra la atonía general.

Hope estaba de acuerdo, de modo que modificamos al instante el plan de vuelo. Paramos a recoger una caja de cervezas en la gasolinera Irving del barrio y aterrizamos en casa de Norbert. Nos abrió un individuo con perilla y peinado afro, tenía los ojos vidriosos y un gato negro encaramado en el hombro. Nos invitó a dejar las botas en el vestíbulo y se eclipsó titubeando.

A ojos vistas, la Operación Destapado estaba en auge desde media tarde. Una veintena de juerguistas ocupaba el salón y otros diez estaban dispersos por las habitaciones. Ni rastro de Norbert en la pantalla del radar. Las botellas vacías se amontonaban por docenas entre los lienzos vírgenes y los tubos de pintura, y había haces de pinceles en remojo en el disolvente. R.E.M. sonaba a todo volumen (*Six o'clock – TV hour. Don't get caught in foreing towers*) y, en un rincón, una tele en blanco y negro transmitía unas imágenes de Kuwait que nadie miraba.

Flotaba en aquella leonera un aroma a hachís y a pizza hawaiana. Me pregunté si quedaría pizza.

Hope quería instalarse en la cocina, a una respetable distancia del epicentro musical. De camino, tropezamos con moldes de yeso, maderos y maniquís decapitados. Al pasar por delante del cuarto de baño, me pareció adivinar la silueta de un maniquí con cabeza de ciervo detrás de la cortina de la ducha. Una docena de toallas húmedas tapizaban el suelo y encima de la cisterna del váter había una impresionante colección de cómics antiguos de la Marvel llenos de moho: decenas de números de *Capitán América*, *Spiderman* y *Los Cuatro Fantásticos* para el goce literario de los usuarios del excusado. La pila llegaba casi hasta el techo, se inclinaba a un lado y apenas si se aguantaba gracias a la esquina de la pared.

En la cocina, unos cuchillos de mantequilla carbonizados estaban dispuestos en forma de estrella alrededor de un fogón. En el antepecho de la ventana, cubierta por un buen centímetro de escarcha, habían amontonado cajas de cerveza. Sentados a uno y otro lado de la caja del gato, dos barbudos hacían el inventario de las películas en las que aparecía la destrucción de la estatua de la Libertad desde los años cincuenta. Parecían tomarse la discusión muy en serio.

Hope, hambrienta, la emprendió con la nevera. Nos sentamos en la encimera con dos cervezas y un tarro de pepinillos polacos. El olor del eneldo y el vinagre se mezclaba de forma bastante armoniosa con el de la resina de cannabis. Armada con un tenedor razonablemente limpio, Hope pescó un pepinillo.

–¿Quién vive aquí?

–Norbert Vong.

–¿Norbert Vong? No parece muy de aquí.

–Viene de Laos.

Mientras me peleaba con los pepinillos, Hope vio en el borde del fregadero un frasco de laca de uñas cuya etiqueta estudió atentamente.

–¿Y de verdad se llama Norbert?

–Creo que cambió de nombre al llegar a Quebec. Su familia emigró aquí a finales de los años setenta.

–¿Eran *boat people*?

–Exacto. Si no recuerdo mal, seis o siete familias de Laos se instalaron en Rivière-du-Loup.

–Vaya un sitio para emigrar.

–Pues ahora que lo dices, todos se marcharon a Toronto al cabo de dos años. Hoy en día solo quedan los Vong.

Hope destapó el frasco de pintaúñas y lo olisqueó con aire inquisitivo. Luego se aplicó una pincelada en la uña del pulgar, que se volvió de un color inverosímil: azul eléctrico salpicado de partículas brillantes. Si hubiera sido preciso bautizar aquel esmalte, me habría inclinado por Plutonio, o algo por el estilo.

Hope consideró que el resultado era satisfactorio y empezó a pintarse las uñas de la mano izquierda, y después las de la derecha. Mientras los disolventes se evaporaban, se comió un pepinillo con la mirada soñadora. Los vapores de hachís liberaban enjambres de neurotransmisores en nuestros cerebros.

–¿Alguien puede pasarme un pitillo?

Tres manos tendieron *ipso facto* tres paquetes. Encendió un Craven «A», aspiró una larga calada y exhaló el humo. Hope fumando, no podía creerlo.

–¡Curiosidad científica, querido Watson!

Se quitó los calcetines (unos gruesos calcetines altos de lana de color gris que compraba por docenas en tiendas de excedentes del ejército), los mandó a paseo al otro extremo de la cocina y empezó a pintarse las uñas de los pies. Me daba la impresión de estar contemplando un fenómeno natural muy poco frecuente: un eclipse de sol total, un bosque de bambú en flor o la erupción del monte Santa Helena.

–Voy a mear –anunció tras dar la última pincelada–. Volveremos con ustedes después de la publicidad.

Desapareció agitando los dedos. Ya solo, observé con emoción los calcetines en el suelo. Era la primera vez que un par de viejos calcetines de lana me conmovían.

Cerca de la caja del gato, uno de los barbudos (el que llevaba gafas de ingeniero) explicaba que los cineastas estadounidenses eran a fin de cuentas incapaces de destruir Nueva York y siempre acababan atacando símbolos –la estatua de la Libertad o el Empire State Building, por ejemplo– en lugar de edificios *verdaderos*.

–Y eso, ¿sabes?, es porque a los estadounidenses nunca los ha atacado nadie en su territorio. Nueva York no ha sido bombardeada ni abrasada con napalm. No disponen de experiencia concreta, arquitectónica, de la destrucción. Un libanés cualquiera conoce mejor la cuestión que todos los especialistas de Hollywood juntos.

Mientras hablaba, tendió un brazo hacia la caja de cervezas y cambió su botellín vacío por otro, lleno.

–Cuando un realizador japonés decide destruir Tokio de raíz, es otro asunto. Es exhaustivo. Se nota que es competente. ¿Has visto *Akira*?

Su interlocutor negó con la cabeza. El de las gafas tomó un trago de cerveza.

–Mira, chico, los japoneses saben un huevo.

Me estaba preguntando si aquella teoría tenía algún sentido o si, al contrario, pertenecía al ámbito de la más absoluta futilidad... cuando, de pronto, Hope volvió a entrar en mi campo visual. Estaba como petrificada en la puerta de la cocina, con las uñas resplandecientes y los ojos de par en par. Llevaba en las manos un número viejo de *Spiderman* lleno de manchas de humedad, obviamente encontrado en la pila de la cisterna del excusado, abierto en una página de publicidad.

–¿Has visto?

Levanté las cejas. Todo lo que veía era aquel viejo y conocido anuncio de Amazing X-Rays, y pensé que Hope se burlaba de mí. Negó con la cabeza.

–¡No, en la esquina!

Desplacé la mirada hacia la izquierda y mi corazón dejó de latir.

¡ESTAD PREPARADOS!

El fin del mundo llegará el 17 de julio de 2001
*Descubrid desde hoy las profecías de Charles Smith
traducidas a dieciocho idiomas (incluido el tibetano)*

Encargos por correo:
Levy Publishing – Aptdo. de Correos 2816362
Nueva York

47. Un minúsculo oasis de calor

Incrédulo, leía y releía el recuadro repitiendo que se trataba de una simple coincidencia, pero Hope no me hacía ningún caso. Según ella, las probabilidades de que otro iluminado anunciase el fin del mundo para el 17 de julio de 2001 ascendían aproximadamente a una entre dieciséis mil millones.

El descubrimiento nos arrancó de cuajo las ganas de divertirnos.

En el vestíbulo del piso tuvimos que buscar nuestras botas un buen rato entre el lío de suelas, cordones y olores. Finalmente, Hope se calzó las primeras que tuvo a mano (un surrealista par de botas vaqueras Tony Lama de color blanco).

La ciudad estaba muerta, ni un coche por las calles. Un frente cálido había sobrevolado la región durante las primeras horas de la noche y se oía el crepitar de la nieve. Éramos (una vez más) los últimos seres vivos del continente, rodeados de miles de *bungalows* desiertos cuyas luces se seguían encendiendo cada noche y apagándose cada mañana, activadas por un ejército de temporizadores.

Caminábamos sin prisa. Hope, más cansada de lo que había querido admitir, apoyaba un brazo en mi cintura y la cabeza en mi hombro. Al pasar por delante del estadio municipal, la oí murmurar.

—Charles Smith. Bah. Menudo nombre para un profeta.

Hacía más frío dentro del Búnker que en el exterior y nos refugiamos bajo los edredones sin siquiera desvestirnos.

Hope se durmió casi enseguida, acurrucada contra mi espalda y con el incipiente pecho entre mis omoplatos. Notaba una erección que se iba precisando entre las sábanas, pero no me atrevía a esbozar el más mínimo movimiento. Me hubiera parecido interrumpir una ceremonia de una fragilidad infinita: la respiración de Hope contra mi nuca, su brazo sobre mi pecho, las puntas de sus dedos agarrándose a mi cinturón.

Nuestros dos cuerpos formaban un minúsculo oasis de calor en un universo que se enfriaba inexorablemente desde hacía quince mil millones de años.

48. Migas y gomaespuma

Me desperté a primera hora de la tarde, con la cabeza pesada y el corazón inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados. La otra mitad de la cama estaba vacía y fría. Hope se había largado, sin duda para dedicarse a actividades de Hope.

Tomé tres comprimidos del primer analgésico que encontré, me di una ducha bien caliente y subí a la planta principal. La casa estaba vacía, aquello parecía una mala película neozelandesa de ciencia ficción. La luz me escocía en los ojos. Aborrecía los domingos. Llené un vaso grande de zumo de naranja, arramblé con el periódico al pasar (lluvia de migas de tostada) y bajé de nuevo al Búnker.

Iba a dejarme caer en el sofá cuando un detalle me llamó la atención: uno de los cojines había sido desplazado y vuelto a colocar mal. Me invadió inmediatamente un pésimo presentimiento.

Aparté el cojín, metí el brazo en el interior del sofá y palpé un buen rato las entrañas del mueble. No cabía ninguna duda: donde debería haber encontrado un grueso sobre repleto de billetes de banco, mi mano solo encontraba resortes, gomaespuma y migas no identificadas.

Hope había vaciado su cuenta secreta.

49. *The End is Near*

Hope se bajó del autocar y, sin ninguna vacilación, cruzó la terminal de autobuses a grandes zancadas. Sus Tony Lama dibujaban estrías blancas en el amanecer grisáceo.

Se paró en la oficina de cambio para transmogrificar¹⁶ algunos dólares y compró con el cambio un plano de Manhattan. Luego se dirigió a los teléfonos públicos y marcó el 411 con el fin de obtener la dirección de Levy Publishing, y la memorizó. Según el plano, había que contar una hora para llegar hasta el Lower East Side.

A Hope le sobraba tiempo.

Partió hacia el sur por Broadway, bajo una llovizna muy fina. Caminaba con paso tranquilo, observándolo todo con curiosidad. A cada metro, aparecían maravillas. En la esquina de Lafayette le dio un billete a un vagabundo que tenía un cartel que anunciaba «*The End Is Near*». En el escaparate de un Dairy Queen, saludó a un doble de David Bowie que estaba tomando un batido *cold and long*. De vez en cuando, paraba y golpeaba ligeramente una pared, y se extrañaba de que fuera densa y sólida bajo la palma de su mano. De modo que así era aquella ciudad varias veces atacada por Hollywood...

Al pasar por delante del escaparate de un taller de reparación de televisores, recordó –quién sabe por qué– la existencia de un tal Mickey, varios centenares de kilómetros al norte, y enseguida se metió en una cabina telefónica para ponerle al corriente de la situación, a cobro revertido.

50. Más fiable que un paquete de fideos *ramen*

Mickey: Pero ¿¡qué diablos estás haciendo en Nueva York!?

Hope: Quiero conocer a Charles Smith.

Mickey: ¿El profeta? ¿Tienes su dirección?

Hope: No.

Mickey: ¿Tienes un plan?

Hope: Para empezar iré a ver a su editor. A partir de ahí, ya veré.

Mickey: No tiene ningún sentido.

Hope: ...

Mickey: De acuerdo. Vale. *Admitamos* que el editor acepte darte la dirección. ¿Crees realmente que Smith, cómo decir...?

Hope: ¿... será una fuente de información más fiable que un paquete de fideos *ramen*?

Mickey: Me quitas las palabras de la boca.

Breve silencio.

Hope: Ya veremos.

51. El editor más desagradable del universo conocido

Hope empujó la puerta y entró en el vestíbulo de un edificio de oficinas de ladrillo patinado como se contaban a centenares en el Lower East Side. Siguió con el dedo la lista de los arrendatarios: una compañía importadora y exportadora, una agencia de fotógrafos, unas cuantas empresas no identificadas... y (¡victoria!) las oficinas de Levy Publishing, local 701.

Mientras el ascensor (un montacargas que se remontaba a la Gran Depresión) subía de una planta a otra con exasperante lentitud, Hope trataba de elaborar un plan de ataque inteligente. No había encontrado ninguno cuando se abrió la reja en el recibidor de la séptima planta. Habría que improvisar.

Las oficinas de Levy Publishing estaban frente al montacargas, al otro lado de una puerta acristalada por la que Hope entró sin pararse a pensar.

El escritorio de la recepcionista estaba desocupado. Por una puerta lateral, Hope entrevió a unas chicas atareadas que embalaban pilas de libros en cajas de cartón. No se dieron cuenta de la llegada de Hope, así que aprovechó la ocasión para examinar la recepción. Unas sillas, una mesa, un pasillo... y, sobre todo, una gran foto enmarcada de Charles Smith: un individuo con una camisa medieval blanca, cejas de Zeus y mirada penetrante.

La foto ocupaba todo un lienzo de pared, lo que daba indicios de la importancia de Smith en el catálogo de Levy Publishing.

–May I help you?

Hope se dio la vuelta y se encontró cara a cara con la recepcionista por antonomasia: cincuenta y siete años y pico, traje de chaqueta gris, cabello recogido en un moño y aspecto de persona infinitamente agotada e infinitamente paciente.

–I'm looking for Mister Smith.

–You're looking for Mister Smith? –preguntó la secretaria achicando los ojos.

Hope hizo un gesto afirmativo con la cabeza con mucha decisión y pensó que más valía no añadir nada. La secretaria descolgó el auricular del teléfono e intercambió unas palabras con un interlocutor desconocido mientras estudiaba a Hope mirándola de arriba abajo. Se detuvo un momento en el esmalte de uñas azul plutonio y en las botas de *cowboy*, que le arrancaron la sombra de una sonrisa. Colgó.

*–Please come this way.*¹⁷

Precedió a Hope por el pasillo. El lugar era bastante cutre: paredes desconchadas, moqueta manchada, colonias de ácaros. Era evidente que Levy Publishing no estaba especializada en visitas protocolarias.

Al final del pasillo, tras la última puerta, se encontraba un hombre en mangas de camisa con una kipá mal colocada en la cabeza. Sentado ante una inmensa mesa de roble, estaba comiendo un *medium on rye*¹⁸ en un plato de cartón. Un pequeño letrero colocado encima de su mesa lo identificaba como el mismísimo Sammy Levy, fundador, propietario y director de Levy Publishing y el editor más desagradable del universo

conocido.

52. Un mercado en pleno desarrollo

En un rincón del despacho, una televisión sin sonido emitía la CNN: George Bush en una rueda de prensa y las cotizaciones de la Bolsa en la parte inferior de la pantalla. Diálogo sutil entre uno y otra.

El cuarto era austero, pero la ventana daba a una vista espectacular de Nueva York. Decenas de rascacielos ocupaban todo el campo visual y, en la desembocadura del Hudson, hacia el oeste, se alzaban las torres del World Trade Center. En la isla de Manhattan aquel tipo de local comercial debía de costar un ojo de la cara; pero visto el estado del lugar, Hope dedujo que el contrato de arrendamiento se remontaba a los años setenta.

Levy no levantaba la vista de su *smoked meat*¹⁹ más que para echar un vistazo a la CNN. Parecía poco dispuesto a dejarse distraer del almuerzo y Hope se preguntó si debía esperar o atacar. Al cabo de un minuto, Levy se chupó los dedos, se arrellanó en el asiento y se dignó mirar a Hope.

–*Nice boots.*

–*Thank you.*

–*So you're looking for Charles Smith?*

Afirmó con la cabeza.

–*I have no idea where he is.*

Ante la expresión de extrañeza de Hope, Levy explicó que Levy Publishing era una pequeña editorial que no ejercía ningún control sobre la persona física de Charles Smith. Y el tal Charles Smith había desaparecido del mapa hacía dos o tres años; lo que, desde un punto de vista administrativo, no planteaba ningún problema, puesto que había cedido la totalidad de los derechos de su libro a cambio de cierta cantidad de dinero. El hombre bien podría estar muerto, esto no supondría ningún cambio.

–*Might even increase the sales* –murmuró Levy.

Hope no salía de su asombro. ¿Cómo era posible que se perdiera el rastro de un profeta? Levy se echó a reír: la palabra «profeta» parecía divertirle muchísimo. Charles Smith –afirmó– no era más que una marca comercial. Un producto. Para todo había un mercado y el apocalipsis representaba un mercado en plena expansión.

–*Any other questions?*²⁰

Hope gruñó que no, no tenía ninguna otra pregunta, y Levy la acompañó hasta la recepción, donde le dijo a la secretaria que tuviera la amabilidad de darle a la joven un ejemplar promocional de las obras de Charles Smith. Después, sin añadir palabra, desapareció en su despacho.

La secretaria dirigió una sonrisa indescifrable a Hope y se eclipsó en el cuarto contiguo.

Sola en el vestíbulo, Hope rabiaba. Levy se había tirado un farol, estaba claro. Seguramente la recepcionista disponía de información sobre Smith... y Hope se estaba preguntando si valdría más engañarla o sobornarla cuando su mirada se posó en un enorme fichero de tarjetas colocado en una esquina de la mesa.

Un escalofrío le recorrió la columna. Echó un vistazo hacia la recepcionista: de espaldas al vestíbulo, buscaba algo en los estantes. Hope solo disponía de unos diez

segundos para actuar. Abrió la tapa del fichero y encontró la pestaña SMITH, Charles, bajo la cual figuraban las señas completas del profeta: casa, oficina, teléfono y fax. Arrancó la ficha y se largó sin más miramientos.

53. Misión

–¡Nueva York apesta! –resumió Hope mientras masticaba un perrito caliente a dos centímetros del teléfono.

Reclamé inmediatamente una actualización geográfica y espacial.

–Estoy en una cabina telefónica en la esquina de la calle 40 con la Octava Avenida.

La información no me inspiraba ninguna imagen mental. Entre bocado y bocado, Hope me explicaba con todo detalle su expedición a Levy Publishing, alababa los perritos calientes a cincuenta centavos del Bobby's –un tenderete cualquiera de la calle 42, según me pareció entender– y se explayaba (muy) extensamente sobre las cualidades ergonómicas de sus nuevas Tony Lama. Yo trataba de imaginar la factura del teléfono.

En cualquier caso, el ánimo de la tropa parecía excelente, aunque, a fin de cuentas, la investigación progresaba despacio. De momento, Hope solo sabía que era posible entrar en contacto con Charles Smith en las oficinas de Mekiddo, una compañía de Seattle, estado de Washington.

–Es una compañía ¿de qué?

–Ni idea.

–¿No tienes más datos?

–No, eso es todo.

–Menudo panorama.

–Bueno, tengo que irme. Cojo un autobús hacia Seattle dentro de diez minutos.

–¿Estás bromeando?

–¿Te he hablado de mis botas nuevas? Son realmente cómodas. Tú también deberías probarlas.

Aquella nueva partida solo me inspiraba temor. Quería disuadirla, incitarla a regresar..., pero me faltaba valor para ello. Hacía falta mucho estómago para enfrentarse a Hope. Apenas si me permití recordarle que tenía un examen importante de Cálculo Diferencial el jueves por la tarde.

–Tengo una misión que cumplir –afirmó justo antes de colgar– que supera en importancia al cálculo diferencial.

54. Greyhound

Hope pasó tres noches y dos días en la carretera. Atravesó tres husos horarios y dos cuencas hidrográficas y cambió cinco veces de autocar; y cada uno de ellos parecía más vetusto e incómodo que el anterior. Todos disponían de pequeñas pantallas en el techo, bloqueadas en el único canal disponible: *Thank You For Travelling With Greyhound*.

Miraba el paisaje. Campo de maíz, depósito de chatarra, campo de soja, campo de maíz, incineradora, cine al aire libre, polígono industrial, hipermercado Walmart, campo de maíz, concesionario Ford, campo de maíz, motel, fábrica GM abandonada, solar, estación de trenes de mercancías, campo de soja, polígono industrial, central nuclear, campo de maíz, motel, fábrica de cemento, barrios miserables a lo largo de la vía férrea, barrios miserables bajo el nudo vial de la autopista A 41, barrios miserables detrás de kilómetros de alambrada, polígono industrial, río, *bungalows*, rascacielos, basureros y un sinfín de pequeños mamíferos fallecidos de muerte violenta.

Cuando su cerebro decía basta, Hope hacía cálculo mental, leía los periódicos abandonados por otros pasajeros o dormía acurrucada en su asiento. Subsistía gracias a los productos de las máquinas de venta automática; el tipo de alimento que se digiere en siete minutos y provoca espasmos de hipertensión.

55. Menú del viajero

Azúcar, jarabe de glucosa, manteca de cacao, leche entera en polvo, materia grasa vegetal hidrogenada, pasta de cacao, lactosa, leche desnatada en polvo, suero de leche en polvo, cacao bajo en grasa, materia grasa de la leche, extracto de malta, sal, emulsionante, lecitina de soja, clara de huevo, proteínas de leche, aroma y harina de trigo. Harina de trigo enriquecida, agua, azúcar y/o glucosa-fructosa, levadura, aceite vegetal (soja o colza), sal, sulfato de calcio, esteres de ácidos tartáricos acetilados de monoglicéridos y diglicéridos, monoglicéridos y diglicéridos de origen vegetal, propionato de calcio, estearoil-2-lactilato de sodio, harina de maíz, fosfato de calcio, harina de soja, aceite de girasol, almidón de trigo, fosfato de amonio, peróxido cálcico, gluten de trigo, alcohol etílico, sorbitol, polisorbato 20, propionato de sodio, enzimas, dextrina, almidón de maíz, carboximetilcelulosa, sulfato de amonio, malta, carbonato de calcio, semillas de ajonjolí. Aceite vegetal (soja y/o colza), *relish* (dados de pepino, glucosa-fructosa, vinagre, sorbato de potasio, goma xantana, aroma natural [origen vegetal]), mostaza (agua, vinagre, semillas de mostaza, sal, azúcar, colorante [caramelo], especias), agua, yema de huevo congelada, vinagre, cebolla en polvo, sal, especias, goma xantana, sorbato de potasio, ajo en polvo, proteínas vegetales hidrolizadas (gluten de maíz, soja, gluten de trigo), calcio edetato disódico, colorante (pimentón).

56. *There Were No Good Old Days*

Hope llegó a Seattle al amanecer del tercer día, blanca como la porcelana. Ingirió una hamburguesa e hizo el inventario de los recursos de que disponía: botas Tony Lama blancuzcas (2), señas de profeta (1), presupuesto algo menguado (1).

En su mente empezaba a tomar forma un plan de juego.

Compró un plano del área metropolitana de Seattle y se instaló en un Starbucks para estudiarlo con detalle, mientras liquidaba uno tras otro tres cafés fuertes «especial del día». En el vestíbulo de la terminal de autobuses, unas quince expendedoras de periódicos estaban en posición de firmes, y en cada una de ellas un periódico anunciaba la retirada de las tropas estadounidenses del golfo pérsico.

La hora punta estaba en pleno apogeo: la gente se apresuraba en todas direcciones y Hope se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, no tenía horario, ni agenda, ni posología, sino una Misión: una afortunada mezcla de novillos y cruzada. Sintióse súbitamente ligera, pidió otro café y se limpió las botas con un puñado de servilletas de papel.

Primera etapa: localizar la sede social de Mekiddo. Fácil: bastaba consultar el índice del plano. La compañía estaba situada en la Sexta Avenida, en pleno barrio chino. Veinte minutos de marcha a ojo de buen cubero. Hope dobló el plano y empezó a caminar.

Las oficinas de Mekiddo constituían un típico ejemplo de arquitectura posindustrial. La fachada de resina turquesa, de vanguardia durante la guerra de Vietnam, padecía de negligencia crónica. Aquí y allá faltaban paneles, lo que dejaba entrever un paramento de ladrillo bastante gastado. Bajo aquella coraza de resina se ocultaba sin duda un antiguo almacén, un gimnasio o una imprenta.

Una bandera estadounidense chasqueaba sin alegría en su poste de aluminio, cerca de una razón social en mal estado: Mekiddo Corporation Inc. Un logo corroído figuraba junto al nombre de la compañía, una especie de león alado con cabeza de barbudo. Oscuro bestiario corporativo.

Cerca de la puerta, alguien había pintado un lema implacable: «*There Were No Good Old Days*».

«Bueno es saberlo», pensó Hope.

A primera vista, Mekiddo podía ser –a elegir– una compañía de importación y exportación, una empresa de blanqueo de dinero de la droga o un gabinete de ingenieros de obras públicas al borde de la quiebra.

Prudentemente instalada a cierta distancia, Hope examinaba la situación saltando ora sobre un pie, ora sobre el otro. La temperatura se mantenía un poco por encima de cero, pero la humedad calaba a Hope hasta los tuétanos. Por fin, muerta de frío, se refugió en un restaurante asiático de comida para llevar situado enfrente.

El restaurante estaba vacío, todavía faltaba bastante para la hora de cenar. En un alarde de estrategia, se apostó junto al ventanal y, sin apartar la vista de su objetivo, pidió al azar un número 17 (fideos de arroz con hierba limón y gambas). En el mostrador, una pantalla emitía una versión vietnamita de *El precio justo*, sin duda retransmitida por satélite.

Su número 17 llegó poco después. ¡Nada que ver con los Captain Mofuku! Hope agarró los palillos, apartó las tres gambas a un lado del bol y empezó a devorar los fideos. Entre bocado y bocado echaba vistazos por el ventanal. Llevaba quince minutos vigilando y de momento todavía nadie había cruzado el umbral.

57. Laberinto

Hope cruzó la calle, evitó el camión de un vendedor de caballitos de mar disecados y entró en el misterioso edificio de color turquesa.

No había nadie en el vestíbulo, excepto el extraño felino con cabeza de barbudo atornillado a la pared. Un tubo fluorescente enviaba mensajes en morse. Hope se acercó al mostrador de recepción. Era evidente que nadie se había sentado allí desde hacía tiempo: encima del mostrador de falso granito quedaba una taza con el logo de Mekiddo y restos de café solidificado y agrietado en el fondo, colocada encima de un periódico con fecha de febrero –en primera plana figuraba el desierto kuwaití erizado de pozos de petróleo en llamas–.

Debajo del periódico descubrió un cuaderno con el organigrama y los números de las extensiones del personal. Su índice se deslizó hasta Smith, Charles: tercera planta, línea 9, cubículo 47. Había llegado la hora del encuentro.

Hope se metió en el ascensor bajo la amenazadora mirada del felino. La cabina olía a aceite y a cola para linóleo, y la maquinaria gemía de forma inquietante. Las puertas se abrieron dando a un gran espacio dividido en cubículos por tabiques móviles. Una arquitectura modular, gris y eficaz.

Una vez más, no había nadie a la vista.

De hecho, parecía un edificio evacuado por alguna emergencia varias semanas antes. El techo estaba cubierto de placas ignífugas aislantes, algunas de las cuales habían sido arrancadas y mostraban haces de cables eléctricos.

Hope se aventuró por el laberinto, dirigiéndose de oído hacia el único signo de vida: el chirrido de un ventilador mal lubricado, en algún rincón del otro lado de la planta. Deambuló un rato, hasta que comprobó que había pasado tres veces por delante de la misma silla desfondada. Estaba andando en círculo.

Trató de recordar las estrategias clásicas para salir de un laberinto. ¿Girar sistemáticamente a la izquierda? ¿Dibujar un mapa de los propios desplazamientos? ¿Ir dejando un rastro de clips? Pragmática, se subió a una mesa para tener una visión de conjunto.

Por todas partes reinaban el desorden y la desolación. Pilas de papeles desparramados encima de las mesas, fotocopiadoras abandonadas, hiedras muertas de sed..., todo ello recubierto de una finísima capa de polvo.

De pronto, Hope gritó: ¡una cabeza sobresalía del laberinto! A pocos tabiques de distancia, un hombre la miraba en silencio. Aquel cara a cara duró varios segundos; y cuando Hope empezaba a preguntarse si se trataría de un maniquí, el hombre tomó la palabra.

–*Can I help you?*

–*¡Oh!... I'm looking for someone*²¹.

El tipo entornó los ojos. Hope lo encontraba sospechoso..., pero, pensándolo bien, era más bien *ella* la que parecía sospechosa, allí de pie encima de aquella mesa. Se bajó y fue hasta donde estaba el hombre siguiendo las indicaciones que le daba por encima de los tabiques. Derecha, izquierda, tercer pasillo a la derecha y de nuevo a la izquierda.

La esperaba sentado en su cubículo, a la sombra de un montón de papeles sobre los cuales había una cafetera medio llena. Hope lo saludó con la cabeza.

–*Do you know Charles Smith? I was told he works here.*²²

El hombre examinó a Hope y se frotó la barbilla. Una invisible barba de veinticuatro horas crujía al contacto de sus dedos, y una raya irregular en el pelo le hacía parecer un John F. Kennedy loco.

–*You've got a weird accent. Where are you from?*

–Quebec.

–*Beg your pardon?*

–*Eastern Canada.*

Una chispa le alegró la mirada.

–*So you speak French!*²³ ¡Yo aprendí el francés cuando soy joven!

Hope asintió educadamente. Con un gesto circular abarcó el laberinto de cubículos: ¿qué era exactamente aquel lugar? ¿El decorado de una película sobre Chernóbil? El tipo encontró que la comparación era *funny*. Aquel «lugar», explicó, era la sede social en Norteamérica de la compañía japonesa Mekiddo; o, mejor dicho, de lo que quedaba de esta, ya que las oficinas iban a cerrar sus puertas (consultó su reloj) exactamente dentro de 37 minutos.

Hope notó que se le contraía el estómago.

–Entonces, ¿Smith ya no trabaja aquí?

Por toda respuesta, el tipo señaló con la barbilla el cubículo contiguo, abandonado a toda prisa, como los demás.

Hope, desanimada, se dejó caer sobre un montón de cajas levantando una nube de polvo. Había cruzado los Estados Unidos para nada.

El tipo mascaba un mondadientes imaginario. La situación no parecía sorprenderle. Al contrario, se habría podido decir que había estado esperando aquel encuentro desde hacía semanas, que se trataba de su última tarea y que cuando Hope se marchara también él podría dejar para siempre aquel lugar.

Hizo como que escupía el mondadientes.

–De modo que buscas a Chuck... Es para hablarle del fin del mundo, *right?*

58. Y entonces los problemas empiezan para el pobre Chuck

–¿Café?

Sacó del cajón dos tazas de Pyrex y las miró a la luz de los fluorescentes. Estaban casi opacas por la acumulación de huellas dactilares, pero no pareció preocuparle y las llenó con dos buenas medidas de café.

–*Milk*?

–No, gracias.

–Respuesta acertada. No ya queda *milk*. Se fueron con el *fridge* la semana pasada.

Hope bebió un sorbo de lo que era, sin duda alguna, el peor café de la Costa Oeste. Era amargo, aceitoso y superpotente, y al primer sorbo se sentía crepitar la cafeína hasta los confines del cerebro.

El tipo apuró su taza sin pestañear y volvió a llenarla. Suspiró y empezó su segunda taza sin tanta precipitación. No se oía más que el incesante chirriar del ventilador y el apagado silbido de los Boeing sobre el barrio. Hope buscaba cómo iniciar la conversación.

–Así que ¿conoce a Smith?

–¡Ah! Nadie el conoce verdadera a Kamajii.

–¿Kamajii?

Y el tipo empezó a explicar que Charles Smith en realidad se llamaba Hayao Kamajii y que venía de Japón; pero que, como muchos asiáticos, utilizaba un nombre occidental para trabajar en los Estados Unidos. Era, además, un as del mimetismo: no solo hablaba un inglés impecable, con algo de acento británico que había pillado en Hong Kong, sino que también conseguía imitar cualquier acento en pocos minutos; un talento casi sobrenatural.

–Si quieres mi opinión, es un poco autista. Toda la día, le veo hacer cosas así –imitó el gesto de retorcer un clip– durante horas. Hace *origami*. Hace pequeñas dibujos.

–¿En qué consistía su trabajo?

–No idea. Le nunca vi nada hacer.

El tipo empuñó la cafetera y propuso otra ronda general. Hope rehusó un segundo demasiado tarde y se vio con el sexto café del día en la mano.

–Un día él dice que él conoce fecha de fin de mundo. Me enseña un *manuscript*. Yo encuentra que tiene sentido de humor especial.

–¿Leyó el manuscrito?

Hizo un gesto afirmativo.

–Sí. Yo recuerda que eso habla de airopuerto.

–¿De airopuerto?

–*Yeah*. Buen sitio para esperar fin de mundo, ¿no?

–No voy en avión con mucha frecuencia.

Abrió el cajón y sacó un paquete de galletas viejo. Mordisqueó una con desconfianza y luego le tendió el paquete a Hope.

–*Cookie?*

Hope negó con la cabeza.

–*Anyway*, un editor de Nueva York publica el libro y es *best seller*. Y entonces los problemas empiezan para el pobre Chuck. Los lectores quieren no solo libro: quieren un gurú. Entonces lo... *harassment?*

–Acosan.

–*Yeah*, lo acosan. Su teléfono suena todo el noche. Por la mañana, cuando sale de casa, pisa gente en *sleeping bag*. *Punks, schizophrenics, heroin addicts, COBOL coders*.

Mordisqueó otra galleta, puso cara de asco y tiró el paquete a la papelera, fallando el tiro por varios centímetros. El paquete se estrelló en el suelo y las migas se esparcieron por todas partes. El tipo no pareció darse ni cuenta.

–*So*, dura dos años así. *Was just crazy*. Al final, Chuck no siquiera vuelve a casa. Duerme en oficina.

–¿Dormía aquí?

–*Yep*. Sentado en silla de trabajo.

Hope miró en torno suyo. La cafeína le nublaba la vista: un halo rosa y azul lo rodeaba todo, como en una película en 3D. Notaba ligeros chispazos eléctricos a cada lado de la nariz que le repercutían hasta el fondo de los pulmones. No había duda: el último café había estado de más.

–¿Hace tiempo que se fue?

–Nueve meses. Ocho, *maybe*. Tengo su nuevo *business card*, si quieres.

Giró en su silla, rebuscó entre el montón de papeles sujetos con chinchetas en el tabique del cubículo y arrancó un pedacito de cartón.

Hope estudió con detenimiento la tarjeta de Kamajii; inglés por una cara, japonés por la otra. Respiró a fondo para disipar la náusea. A su alrededor, los cubículos y los muebles parecían vibrar. Hope estaba dentro de un videojuego, en pie ante la Puerta del Cielo. En un santiamén iba a verse transportada por telequinesia a diez mil estratos de allí.

59. Sobreexcitada

Tarjeta en mano, Hope abrió precipitadamente las puertas acristaladas de la planta baja y fue a vomitar un chorro ambiguo –bilis y café– contra el revestimiento turquesa, justo a los pies del león con cabeza de barbudo.

Escupió varias veces, se limpió la boca con un pañuelo viejo y se apoyó contra la pared, sin aliento y sudando a pesar de la lluvia helada. Tenía ganas de estar en casa.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo y, sobreexcitada por la cafeína, echó a correr como una flecha, avanzando unos minutos en línea recta. Finalmente, tropezó contra la pizarra de una agencia de viajes en la que anunciaban inmejorables precios en billetes de última hora. Hope cruzó el umbral sin pararse a pensar. Lo que siguió se desarrolló como en sueños, mitad en mandarín, mitad en inglés. La agencia vendía precisamente un billete a mitad de precio, anulación *in extremis*, gran rebaja: no se la pierda, salida a las 15:23. Hope extrajo el sobre de su bolso y dejó un puñado de billetes encima del mostrador.

Cinco minutos después, se metía en un taxi y se dirigía al aeropuerto.

60. Está usted saliendo del territorio estadounidense

Había acabado de comer cuando el teléfono sonó en el Búnker. Salté por encima del sofá, empuñé el aparato y acepté la llamada a cobro revertido. Hope estaba en el aeropuerto de Seattle, en la terminal de salidas internacionales. Su vuelo despegaba en quince minutos.

—¿Qué vuelo?

—US Airways 1212, con destino a Tokio.

Me froté los ojos y traté de asimilar aquella nueva información. La voz de Hope en el teléfono se acercaba y se alejaba, y parecía que fuera a desvanecerse en cualquier momento. Como música de fondo, una voz ininteligible iba anunciando números de vuelos y de puertas de embarque. Imaginé paneles en los que se sucedían de forma intermitente los destinos del mundo entero.

Hope me hablaba de su Misión, de su encuentro con John F. Kennedy y del enigmático Mekiddo; pero no la escuchaba en realidad, demasiado ocupado en medir la magnitud de la situación. Sola y en la otra punta del continente, visiblemente poseída por el café, Hope se disponía a volar a Tokio.

—¿Para hacer *qué cosa*?

Vaciló un segundo.

—Todavía no lo sé. Ya veré cuando esté allí.

—¡¿Ya verás cuando estés allí?!

—No te preocupes. Ahora tengo que irme, es la última llamada para embarcar.

Ya solo en la penumbra del Búnker, pensé en aquella inverosímil vacilación, en la respuesta huidiza. No conseguía imaginar a Hope dejándose arrastrar por los acontecimientos. No era propio de ella, que era demasiado Hope y no lo bastante Randall.

Seguramente, tenía un plan en la cabeza. Un plan secreto que se hincaba en su cerebro en un ángulo imposible, pensado para circular por sus neuronas sin pararse en estratos intermedios.

Un plan con cabida para una sola persona.

61. ¿Podría pedirle prestada su máscara antigás?

Hope abrió los ojos justo a tiempo para ver los últimos segundos de un cortometraje turístico titulado *Between Tradition and Modernism*. Le zumbaban los oídos. Sobre su regazo reposaba el folleto con las medidas de urgencia: pasajeros que trataban de no morir ahogados, quemados o asfixiados, en orden y con calma, por favor.

El comandante de a bordo anunció *the final descent* en un inglés pintoresco. Eran las 15:32, hora local, prácticamente la misma hora a la que Hope había dejado Seattle. No obstante, aquellas 15:32 eran las del *día siguiente*. Mediante un divertido malabarismo temporal, los viajeros se habían deshecho de veinticuatro horas en mitad del Pacífico.

Hope se equilibró la presión de los tímpanos y puso el reloj en hora, fascinada ante la idea de que un día entero se hubiese simple y llanamente evaporado en el aire.

El 747 efectuó una impecable maniobra de aproximación al aeropuerto de Narita y tocó suelo con suavidad. Aterrizaje perfecto. Mientras el aparato se dirigía despacio a la puerta de desembarque, Hope observaba la pista a través de la ventanilla: decenas de kilómetros cuadrados de hormigón, depósitos de queroseno, contenedores de equipajes abollados. Aquí y allá, los miembros del equipo de tierra deambulaban vestidos con monos de diseño, con las orejas cubiertas por grandes cascos y los ojos protegidos por cristales ahumados. Parecía que trabajasen en un ambiente hostil a la vida.

Alrededor de la terminal, Hope distinguió unos cuarenta 747, y en cada ala de cola la insignia de una aerolínea diferente: Saudi Arabian Airlines, Aeroflot, Lufthansa, Aerolíneas Argentinas, Australian Airlines, TAM, Air China, American Airlines, Delta, Air India.

Al desembarcar siguió el pasillo que llevaba a los mostradores de inmigración. Ahí se amontonaba una interminable fila de viajeros, plegada y vuelta a plegar sobre sí misma como el intestino delgado de alguna bestia fantástica. Hope oía hablar inglés, japonés, portugués, ruso, chino. Dos tipos con acento neozelandés hablaban de la autonomía de vuelo de los 747. Una mujer joven leía *La República* del día anterior. Unos niños se peleaban en mandarín. Babel al revés.

En su caja de cristal, un agente de inmigración examinó el pasaporte de Hope sin el menor comentario y estampó en él un visado turístico de noventa días. Bienvenida al país de los *ramen*.

Pasó sin detenerse ante las cintas de equipaje y se dirigió a la zona de llegadas.

Primera parada: la oficina de cambio, donde cambió 29.093 yenes (menos el tres por ciento de comisión). La cantidad parecía astronómica, pero Hope tenía presente que aquel fajo de billetes no valía más que doscientos dólares estadounidenses. Examinó un billete de 5.000 yenes a contraluz. Solo Dios sabía cuánta autonomía de vuelo podía representar semejante cantidad en una ciudad como Tokio. ¿Una semana? ¿Dos días? ¿Diez minutos?

Guardó los billetes en el bolsillo trasero, arrugó el recibo y lo lanzó a la papelera más cercana. Falló el tiro y al agacharse para recoger el papel casi se golpea la cabeza contra

una máquina expendedora de cortaúñas.

Japón prometía ser peculiar.

Hope convirtió mentalmente los precios indicados en la máquina. Los resultados la dejaron sin aliento. ¿Quién disponía de medios suficientes para cortarse las uñas en aquel país?

Dio la espalda a la máquina e inspeccionó el vestíbulo de llegadas. De vez en cuando, los altavoces difundían mensajes en japonés. Por primera vez en su vida, Hope se encontraba en un lugar en el que no entendía ni una palabra. Más le valía comprar un libro de frases hechas: uno de esos anodinos libros en los que se incluyen todas las monsergas turísticas y comerciales. ¿Dónde puedo encontrar un hotel? ¿Cuánto vale este kimono / este jarrón / este cuchillo? Busco la estación de ferrocarril / la oficina de correos / los lavabos. Gracias, muy amable. Adiós.

Hope se metió en un quiosco de periódicos y con muchos gestos y algunas palabras en inglés consiguió hacerse entender por la cajera. Esta le propuso la guía *Rough Planet Tokyo*, que contenía una sección de frases con su pronunciación, como: «¿Dónde puedo encontrar un búnker cerca de aquí?» (*Sumimasen, kono atari ni chika sherutaa wa ari masu ka?*) o «¿Puedo pedirle prestada su máscara antigás / su ropa antiatómica?» (*Gasumasuku / houshanou bougyo suutsu o kari te mo ii desu ka?*).

Japón prometía ser cada vez más peculiar.

62. La gran sopa primitiva

Sentada en un rincón del vagón, Hope examinaba por enésima vez la tarjeta de Hayao Kamajii. Abrió la guía *Rough Planet* y estudió el plano del centro de la ciudad, en medio del cual una X roja marcaba el emplazamiento (teórico) de las oficinas de Mekiddo. Le había llevado casi media hora descifrar la dirección que figuraba en la tarjeta; y no por carecer de sentido de la orientación: la guía dedicaba un capítulo entero al sistema japonés de direcciones, que hubiera podido volver loco a un astrofísico.

Poco a poco, a medida que se acercaba al centro, el metro se iba llenando. Entre los viajeros, Hope observó que varios llevaban mascarillas quirúrgicas. ¿Qué sabrían que ella ignoraba? Hojeó la guía. «¿Sabe dónde puedo encontrar morfina / antibióticos?» (*Moruhine / kousei busshitsu ha doko de te ni hairu ka shitte masu ka?*)

Empezó a morderse las uñas y les encontró un sabor extraño.

Los últimos días habían transcurrido a una cadencia tal que Hope había negado hasta la existencia de su propio cuerpo. Por primera vez desde Nueva York, tenía tiempo para mirarse las manos con detenimiento. El esmalte azul eléctrico se había descascarillado y tenía la uña del índice agrietada; sin contar toda la mugre acumulada desde hacía días. Millones de bacterias, esporas y fermentos estaban adormilados ahí, y con un buen microscopio hubiera sido posible reconstituir su itinerario desde la cocina llena de humo de Norbert Vong hasta el aeropuerto de Narita, pasando por las oficinas de Sammy Levy, el trayecto en el autobús Greyhound, las diversas máquinas expendedoras esparcidas por el norte de los Estados Unidos, el restaurante del Chinatown de Seattle y el interminable vuelo a bordo del 747 de US Airways.

Por un segundo, Hope imaginó que los restos de sus uñas se enviaban a un planeta virgen y sin vida, como la Tierra en la época de la gran sopa primitiva. Podrían contaminar aquel ambiente nutricional y engendrar en él nuevas formas de vida. Aparecerían organismos unicelulares, medusas y, después, peces vertebrados que bullirían, nadarían y se arrastrarían, saldrían de los océanos, desarrollarían tecnologías y lenguajes, religiones, ciudades y, por último, civilizaciones que guerrearían entre sí y edificarían torres en espiral y temerían el fin de los tiempos. Un mundo entero surgido de unos pocos restos de uñas sucias.

De pronto, Hope lamentó no haber invertido en la compra de un cortaúñas.

63. Sin salida

Hope cambió tres veces de línea y salió a la superficie en el bulevar Akko. El lugar estaba bastante bien surtido, pero no por ello parecía un barrio comercial. No había rascacielos, hordas de *salarymen*²⁴ o de mensajeros, pero sí restaurantes, tiendas, lavanderías y librerías. En cualquier caso, no era el lugar en el que Hope hubiera imaginado la sede de una multinacional.

Le llamó la atención el escaparate de una tienda de electrónica. Detrás de los cristales, una decena de pantallas retransmitía una decena de canales: diez veces diez pozos de petróleo en llamas en el desierto de Kuwait.

Comprobó el plano y se puso en marcha siguiendo los números. Tras diez minutos de deducciones y triangulaciones, se plantó ante el lugar donde sin duda debían encontrarse las oficinas de Mekiddo; pero en vez del león con cabeza de barbudo había una especie de piscina o baño turco. Desanduvo lo andado, comprobó los letreros tres veces. La dirección, no obstante, parecía corresponder. ¿Había cometido un error de cálculo?

Empujó la puerta cristalera. En el vestíbulo flotaba un olor a cloro y a desinfectante. Instalado en la taquilla, un hombre joven leía con fruición una novela. Hablaba algo de inglés y Hope le preguntó si podía entrar a ver la piscina. Esbozó un gesto vago que ella interpretó como un sí.

Sola en los vestuarios de señoras, Hope examinó atentamente los grifos, los mostradores, los azulejos. Todo era nuevo y resplandecía.

Hope se descalzó y avanzó por el pasillo que daba acceso a la piscina. No descubrió nada demasiado exótico; pero, al no haber ni un solo bañista, el lugar parecía algo inquietante. El monitor de natación dormía, encaramado en su silla alta. En la pared, los salvavidas estaban alineados con una perfección que parecía sobrenatural.

Resultaba evidente que aquel lugar era cualquier cosa excepto la casa matriz de Mekiddo.

De vuelta en el vestíbulo, Hope le mostró la tarjeta al taquillero. ¿Había cometido un error de cálculo? El joven negó con la cabeza: Hope estaba en el lugar correcto, solo que las oficinas de Mekiddo hacía tres meses que se habían mudado.

¿Adónde?

La pregunta pareció divertir mucho al joven, que se sumió de nuevo en la lectura sin contestar.

Hope salió a la acera un tanto alterada. La investigación se anunciaba más complicada de lo previsto. Miró el reloj, abrió la *Rough Planet* por la sección de alojamiento y encontró un albergue juvenil a dos minutos a pie, en un callejón sin salida.

En la calleja reinaba la tranquilidad; sin duda sus habitantes eran trabajadores, ya que Hope no vio a nadie, excepto a una asistente jordana, o siria. A fin de cuentas, no era mal lugar para instalar un cuartel general, pensó; pero en lugar del albergue juvenil, se dio de narices con un solar cercado por una empalizada.

Hope comprobó las otras direcciones del callejón varias veces. Pero no había cometido ningún error de navegación: el albergue había desaparecido. ¡En aquella ciudad, nada permanecía en su sitio!

Hope dio un largo bostezo. Empezaba a apoderarse de ella una mezcla de sueño y náusea. Avistó un bar en la planta baja de un edificio decrepito, encajado entre un templo budista y una frutería. Un neón crepitaba rodeando un nombre en apariencia poco japonés: Jaffa's.

El edificio parecía a punto de derrumbarse, pero la entrada del bar era acogedora. Hope cruzó el umbral.

Dentro reinaba una reconfortante penumbra. De fondo se oía *Sir Duke* y dos estudiantes bebían con parsimonia sus cervezas, sentados en una banqueta y rodeados de libros. Detrás de la barra había una chica de pie. En mitad de la treintena, camisa con cuello Mao, rastas recogidas en un moño y cigarrillo en los labios, secaba vasos con una amable virilidad, sin duda aprendida en alguna película de John Wayne.

Hope vio un teléfono público pegado en la pared, cerca de los lavabos. Se tambaleó hasta el aparato y se agarró a él como a un salvavidas. Abrió la *Rough Planet*, metió unas cuantas monedas en la ranura y marcó el número del albergue juvenil. Tras una curiosa tonalidad, tropezó con una voz grabada en japonés: un mensaje largo e impenetrable. Colgó y el teléfono escupió los yenes.

Hope se frotó los ojos, echó una ojeada sin ánimo a la lista de albergues juveniles del barrio. Se le nublaban las ideas. Se llevó la mano izquierda a los labios y se mordió distraídamente la uña del índice. Hizo una mueca y escupió: el dedo le sabía a esmalte de uñas. Miró a la chica de la barra. Quizá tuviera un cortaúñas.

Metió toda la calderilla en el aparato y marcó con fuerza el número del Búnker. Transcurrieron unos segundos. Por fin, una telefonista cogió la línea e inició una interminable explicación en japonés acelerado. Estaba claro que algo fallaba. A lo mejor el número estaba incompleto, o faltaban yenes, o quizá la placa tectónica norteamericana se había sumido en el magma.

Miró el índice de la *Rough Planet*, encontró el capítulo «Cómo marcar un número de teléfono». Suspiró. Tendría que volver a aprenderlo todo desde cero.

Un peso enorme se le vino encima. Estaba molida, no tenía ganas de bregar con la materia... y menos todavía con una telefonista japonesa. Colgó. Bostezó. Se apoyó en la pared. Se deslizó despacio y cayó sentada sobre los talones con los ojos cerrados.

–Solo una siestecita –murmuró–, solamente una siesta de nada.

64. 1945

Presa del pánico, Hope abrió los ojos. Estaba tumbada en un futón, bajo un edredón grueso. ¿Dónde se encontraba?

Se incorporó, apoyándose en un codo para mirar a su alrededor: tatamis, mamparas correderas de papel de arroz, armarios disimulados en los tabiques..., un verdadero museo de la arquitectura tradicional japonesa. En uno de los extremos había un cuarto de baño, y, en el extremo opuesto, una cocina abierta en la que una chimenea difundía un discreto calor.

¿Quién hubiera dicho que aún existía en Japón aquel tipo de casa? Parecía un decorado de cine; pero un decorado en el que el realismo hubiera alcanzado la cumbre por obra y gracia de un escenógrafo maniático. La madera acusaba ligeras marcas de uso allí por donde las manos habían pasado una y otra vez. Los bordes de los tatamis estaban gastados. Un olor complejo flotaba en el ambiente: cera, fécula y jabón.

No, no se trataba de un simple decorado. Alguien vivía allí.

Cerca del futón, una caja de madera vuelta del revés hacía las veces de mesilla de noche. Hope encontró una linterna, un cenicero con tres colillas sospechosas (cigarrillos Dubek N.º 9) y una edición bilingüe de los cuentos de *Las mil y una noches* (árabe-inglés). Unas decenas de libros estaban alineados en el suelo contra la pared: títulos en inglés, en japonés, en hebreo. Hope abrió un ejemplar del Talmud y deslizó un dedo perplejo por los austeros bloques de caracteres hebraicos. ¿Quién viviría allí?

Avistó su ropa y su bolsa, cuidadosamente dobladas a los pies del futón. Mientras se vestía, estudió la habitación con creciente incredulidad. No había rastro de aparatos eléctricos, de interruptores o de bombillas; solo la chimenea difundía un suave calor. De la pared pendía un calendario que amarilleaba abierto por la página de agosto de 1945.

Hope experimentó una sensación de vértigo: ¿y si *de verdad* había sido propulsada al pasado? Rebuscó con nerviosismo entre las facturas y revistas esparcidas sobre un pequeño escritorio y encontró finalmente un ejemplar del *Jerusalem Post* del 12 de marzo de 1991. Suspiro de alivio.

Exploró la casa caminando de puntillas. Aquel lugar no era mucho más grande que la Tienda de Mascotas Randall..., pero ¡cuánto más armonioso! Le maravilló el cuarto de baño y, en particular, la bañera empotrada de cerámica azulada. Sobre el minúsculo tocador había un paquete de compresas. Hope tomó nota del indicio: el ocupante de aquel lugar no era un, sino una ocupante.

Ante el espejo, Hope se descubrió un aspecto de accidentada, con ojeras y con los labios cortados. Se pasó agua por la cara, se lavó las manos. Al ver sus uñas hizo una mueca de asco. Abrió los grifos de la bañera y, en una cesta que hacía las veces de botiquín, encontró un cortaúñas y un bote de quitaesmalte. Mientras la bañera se iba llenando de agua caliente, Hope se pulió, se cortó y se limó las uñas con una meditación meticolosa. Los recortes de uña iban cayendo sobre la porcelana. Suave olor a queratina y vapor de agua.

Al poco rato, una agradable sensación de vacío se apoderó de Hope. Comprobó la temperatura del agua, se quitó la ropa y se metió en la bañera. Una frágil sonrisa le

iluminó la cara. Inspiró profundamente y se sumergió.

65. Un ángulo imposible

Las botas Tony Lama esperaban tranquilamente en el porche, al pie de los escalones. El cuero estaba frío contra la planta de los pies, pero, una vez calzada, Hope recuperó un sentimiento de control de los acontecimientos.

Al cruzar el umbral, saltó al futuro. La casita tradicional, de pino rústico, papel japonés y tejas de pizarra estaba situada en el tejado plano de un edificio ¡a varios pisos de altura por encima de Tokio!

El sol estaba en su cénit y Hope entrecerró los ojos. A su alrededor, el entorno se hacía más preciso. Una terraza de madera grisácea, muebles de resina sintética, unas cuantas macetas vacías y un minúsculo altar sintoísta (sin utilizar desde hacía tiempo, a juzgar por los muñones de incienso clavados en la arena). Alrededor del tejado se extendía un paisaje deprimente: grava alquitranada, tejas sin lustre, trenzas de cables eléctricos... y decenas de antenas parabólicas y Yagi-Uda direccionales.

A escasos kilómetros se alzaba un bosque de grúas portuarias. A Hope le vinieron inmediatamente a la cabeza imágenes de Yarmouth y tendió la nariz con la esperanza de percibir el olor a yodo, pero el viento solo olía a diésel.

Hope se acercó a la baranda y miró hacia abajo. Una escalera de incendios zigzagueaba hasta un camino, cinco plantas más abajo, en el que distinguió una rayuela dibujada con tiza rosa y dos contenedores de basura.

¿Cómo diablos había podido aterrizar en lo alto de aquel edificio? Alguien debía de haberla llevado hasta allí, pero ¿por dónde?

Al rodear la casita descubrió el hueco de una escalera de cemento junto a la cual había un viejo calentador. Entreabrió la puerta y echó un vistazo a lo que parecía el pozo de una mina. Tanteó la pared con la mano y accionó el interruptor. Un viejo fluorescente parpadeó dos plantas más abajo.

La escalera era apenas lo bastante ancha para permitir el paso de una persona. Caía en picado, sin descansillo, ni puerta ni barandilla, y se adentraba en el edificio con un ángulo imposible: como si hubiesen perforado la pared por dentro para poder circular entre el tejado y la planta baja sin parar en los niveles intermedios.

Una escalera secreta.

66. Una capacidad creciente de tolerar lo inverosímil

Hope fue a parar a la trastienda del Jaffa. El bar todavía estaba cerrado y un casete de *reggae* sonaba para nadie en particular. *Come we go burn down Babylon*, cantaba Bob Marley, *Come we go burn down Babylon one more time*.

Detrás de la barra se encontraba, muy atareada, la chica entrevista el día anterior, con el pelo recogido en un moño y una camiseta Pac-Man ajada. Acogió a Hope con una cálida sonrisa. *Come we go chant down Babylon one more time*, seguía cantando Marley.

La chica se secó las manos en la camiseta y bajó el sonido.

—¡Buenos días, camarada!

Mira por dónde, hablaba francés. Hope se preguntó si cabía extrañarse. Lo pensó un momento. No, a fin de cuentas, no le extrañaba realmente. Desde hacía unos días, se estaba descubriendo una capacidad creciente de tolerar lo inverosímil y lo improbable.

—¿Te encuentras mejor? Has tenido pesadillas toda la noche.

—¿Es muy tarde?

—Casi las doce. ¿Tienes hambre?

Sin esperar respuesta, la chica destapó un paquete de *ramen*, desenroscó el tapón de un termo y vertió una medida de agua hirviendo sobre los fideos, que despidieron un potente aroma a trigo sarraceno, algas y glutamato monosódico. Dejó el recipiente en la barra con un gesto falsamente ceremonioso.

Hope reconoció enseguida el exasperante pequeño astronauta de la etiqueta; pero con el aroma de aquellos vulgares *ramen* ¡nunca antes se le había hecho tanto la boca agua! Se sentó en un taburete, empuñó los palillos con repentina habilidad y empezó a sorber los fideos a una velocidad nada razonable. La chica se echó a reír.

—¡Más despacio! ¡Parece que no hayas comido desde hace no sé cuántas semanas! ¿Por eso te desmayaste ayer por la tarde?

—No me desmayé. Me quedé dormida.

—Pues ¡vaya sueño de plomo, camarada! Tuve que llevarte a cuestas por las escaleras hasta el tercero.

Entre un bocado de fideos y otro, Hope escrutaba a la chica. No parecía demasiado japonesa; pero quizás el peinado rastafari liaba un tanto las cosas.

—¿Vives en la cabaña de samurái del tejado?

—Chula, ¿no? Es la casa de infancia del dueño. La hizo traer de Kokura en los años cincuenta. Un equipo de arqueólogos la desmontó pieza por pieza. En algunos sitios, todavía se ven tablas numeradas.

—Vaya idea estrafalaria.

—Sí, también a mí me lo parece, pero me viene bien. El dueño nunca viene a Tokio, de modo que la casita sirve de alojamiento para los empleados del bar. Y *los empleados* soy yo.

Tendió la mano por encima de la barra.

–A propósito, me llamo Merriam.

–Hope.

Sonrisa. Apretón de manos. Merriam sacó una bolsa de limones de la nevera y la volcó sobre la barra. Luego, armada de un cuchillo desmesurado, empezó a cortar los cítricos en cuartos.

–Y tú ¿qué estás haciendo en Tokio? ¿Turismo? ¿Trabajo? ¿Amor?

–Estoy buscando a alguien. Un tipo que se llama Hayao Kamajii. ¿Sabes si es un apellido corriente?

Merriam mordió un cuarto de limón. Hizo una mueca.

–Más o menos. En el listín debe de haber unos nueve mil.

67. Raid

Merriam escuchó atenta las desventuras de Hope. Estudió la tarjeta de Kamajii y confirmó la dirección. Conocía perfectamente la piscina municipal de la que hablaba Hope, pero no recordaba haber visto las oficinas de Mekiddo en aquella dirección.

–Pero, en cambio, sé dónde se encuentran.

–Ah, ¿sí?

–Es en Nayot, el siguiente distrito.

Miró el reloj del microondas.

–Tengo una hora por delante. Si quieres, vamos a ver todo eso enseguida.

Sin esperar respuesta, extrajo de un armario empotrado una bicicleta plegable de color verde nenúfar. Hope se tomó el caldo de los fideos de un trago y maquinalmente comprobó la fecha de caducidad impresa en el borde del paquete de *ramen*: 17 07 01. La Misión seguía su curso habitual.

Merriam subió a medias el cierre metálico y ambas se deslizaron hasta la calle. Un sol primaveral se reflejaba en los escaparates circundantes. Hope descubría un Tokio completamente distinto del Tokio del día anterior.

Merriam bajó el cierre metálico, desplegó la bici en un periquete... y un minuto después recorrían las calles del barrio, Merriam al manillar y Hope sentada en equilibrio precario en el portaequipaje. El aire era tibio, las colegialas a cuerpo con el jersey anudado en la cintura invadían la vía pública.

Asomando la cabeza por encima del hombro de Merriam, Hope observaba la calle.

–A propósito, Mekiddo es una compañía ¿de *qué* exactamente?

Merriam sacudió la cabeza.

–Ni idea, camarada.

Estaba claro que Merriam conocía el distrito como la palma de su mano. Remontaron el bulevar Akko, se deslizaron por entre los coches, cruzaron como un obús enormes cruces llenos de gente, enfilaron una calle con atasco, atajaron pasando por un patio interior, bajaron a toda pastilla tres escalones (durante un segundo Hope perdió contacto con la bici), saltaron un terraplén y pasaron bajo la rampa de un monorraíl. Merriam le dedicó a Hope una sonrisa tranquilizadora por encima del hombro.

–¡Ya casi estamos!

A la vuelta de una esquina, frenaron delante de un edificio comercial. Con el corazón desbocado, Hope vio enseguida la extraña mascota de Mekiddo con su cabeza de barbudo. No obstante, junto a la bestia figuraba un panel publicitario que anunciaba la inminente construcción de treinta y siete pisos de lujo en copropiedad, lo que una ilustración paradisíaca permitía entender instantáneamente, incluso sin tener ni idea de japonés. Las puertas estaban tapiadas y, a unos cincuenta metros de allí, tres excavadoras de color rosa con topos blancos se estaban comiendo el costado del edificio a pequeños bocados de hormigón armado.

Merriam escupió en la acera.

–*Beitsim!*

Se sacó un teléfono móvil del bolsillo y marcó el número del servicio de información.

Tras una agitada discusión con un interlocutor indeterminado –secretaria o telefonista–, Merriam colgó y consultó su reloj con cara preocupada.

–Se han mudado al distrito Gotah.

–¿Está muy lejos de aquí?

–Bastante, sí. Tendremos que dejar la investigación para otro día.

Las excavadoras trabajaban a buen ritmo y no sin cierta elegancia. Parecía una especie de danza, un *ballet* de demolición. Merriam se sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos Dubek N.º 9 y le ofreció uno a Hope, que rehusó con un gesto. Cerilla, calada. Miraron cómo un lienzo de pared caía en medio de una nube de polvo. Un olor a escombros iba rodeándolas y, maquinalmente, Hope se llevó la uña del anular a los labios..., pero la manicura matutina no le había dejado nada que morder.

68. Mutación

El misterio era cada vez más profundo. Mekiddo había desaparecido ya dos veces; y Merriam juraba haber visto aquel lugar bullendo de actividad pocos días antes.

Por muy tolerante que fuese a lo inverosímil y lo improbable, Hope se negaba a admitir que en setenta y dos horas exactas una multinacional pudiera proceder a la mudanza de varios centenares de empleados, de sillas y mesas, flotillas de fotocopiadoras, kilos de clips, macetas de helechos, dispensadores de agua, de café, de bocadillos..., en total, una cantidad de materia y de biomasa equivalente al peso de un pequeño iceberg.

Merriam no parecía excesivamente sorprendida. Miraba el trajín de las excavadoras mientras fumaba un pitillo.

–Están arrasando Tokio, camarada. Un pedazo tras otro.

Según ella, la ciudad se encontraba en constante mutación: nada permanecía demasiado tiempo en su lugar y el paisaje se metamorfoseaba a una velocidad asombrosa. Uno podía ir por la misma calle todas las mañanas y de un día para otro no reconocer nada en absoluto.

–Las obras son un poco más escasas desde que se hundió el índice Nikkei. Hay que decir que se anuncia la mayor devaluación inmobiliaria desde hace varios decenios..., así como una oleada de suicidios de igual magnitud.

–¿Hasta ese punto?

–Hasta ese punto. Y no es más que el principio. Podría enseñarte algunos terrenos, no muy lejos de aquí, en los que el verano pasado el metro cuadrado se vendía por un millón de dólares. Japón está cayendo en picado.

Vaciló, pareció estar a punto de añadir algo, pero lo pensó mejor. Fumó la mitad del cigarrillo y arrojó la colilla humeante en la caja de un camión que pasaba por allí.

69. Arte moderno

–¿Estás segura de poder reconocer el camino de regreso? –preguntó Merriam por tercera vez cuando, de pie en la esquina del bulevar Akko, iban a separarse para toda la tarde.

Hope le aseguró que sí, sin problema, llevaba la *Rough Planet* en el bolsillo. A pesar de eso, Merriam insistió en garabatearle el número de teléfono del Jaffa en el antebrazo, por si las moscas.

–¿Y por dónde piensas pasear?

Hope husmeó el aire.

–Tengo más o menos una idea.

Se puso en marcha mientras meditaba sobre la inestabilidad de Tokio en general y la desaparición de las oficinas de Mekiddo en particular. Pronto se dejó invadir por el ambiente: los escaparates, las omnipresentes mascotas, los menús de los restaurantes, las pantallas, las caras de los paseantes. Se detuvo ante la puerta de un salón de *pachinko*²⁵. Música tecno, luces de neón, ruido de las canicas de acero. ¿Qué clase de lugar era aquel? Por un momento pensó en entrar y, guía en mano, preguntar a los jugadores.

«¿Dónde puedo conseguir un machete / una ametralladora / un lanzacohetes?» (*Na ta / mashin gan / roketto hou ha doko de te ni hairi masu ka?*)

Pero, bien pensado, quizá no fuera tan buena idea.

Después de un kilómetro o dos, Hope pasó por debajo de una autopista, dio patadas distraída a unas cuantas palomas muertas y llegó a la zona portuaria. A ambos lados del puerto se extendía un amplio complejo intermodal: miles y miles de contenedores multicolores apilados unos sobre otros. Maersk, Hapag-Lloyd, Hanjin y China Shipping, el mismo paisaje por todas partes.

Caminó siguiendo la verja y espiando la actividad que se desarrollaba al otro lado. Carretillas elevadoras que se movían entre rugidos de motor como grandes escarabajos. Trabajadores que se llamaban unos a otros. Choques metálicos. Sonidos varios. Y detrás de todo ello, la imponente mole de color naranja del Aron Habrit, un portacontenedores a cuya descarga se estaba procediendo con premura.

Hope dejó atrás las murallas de contenedores y caminó hasta una zona de descarga. Un equipo de trabajadores estaba extrayendo un objeto voluminoso de un contenedor abollado para trasladarlo a la plataforma de un camión. Situados a respetable distancia, tres hombres con traje y corbata asistían a la escena intercambiando comentarios.

Hope se apoyó contra la verja, muerta de curiosidad por ver el objeto que iba a aparecer. ¿Un antiguo tanque coreano? ¿Lingotes de oro? ¿Un mamut congelado envasado al vacío? Se trataba de un objeto muy pesado, a juzgar por el chirriar de la máquina elevadora.

Centímetro a centímetro, iba emergiendo del contenedor un monolito de hormigón con la superficie patinada por la usura y los bordes erizados de muñones de la armazón corroída. Una de las caras desaparecía bajo una maraña de pintadas de colores vivos, que a Hope le parecieron vagamente conocidos.

¡Tenía ante los ojos un enorme fragmento de Grenzmauer recién llegado de Berlín!

Con los dedos entre las mallas de alambre de la cerca, observaba la escena sin dar crédito a sus ojos. ¿Qué estaba haciendo aquel artefacto en Tokio? Llamó a los obreros, pero ninguno de ellos hablaba inglés y, decididamente, la guía no le servía de nada.

«¿Puede ayudarme? Estoy herido(a) / contaminado(a) / soy contagioso(a).» (*Kega o shi te i masu / o sen sa re te i masu / kansen shi te i masu. Te o kashi te morae masu ka?*)

Uno de los individuos trajeados cruzó el área de cargamento y se acercó a Hope con expresión afable. Pequeños movimientos de cabeza mutuos. Explicó que el pedazo de muro, regalo de la Bundesrepublik Deutschland a la Prefectura de Tokio, aumentaría pronto la exposición permanente del Museo de Arte Moderno.

¿El muro de Berlín, arte moderno? Hope trató de disimular su perplejidad.

El conductor de la máquina elevadora depositó el objeto en la plataforma con la delicadeza de un copo de nieve. La caja del camión se venció contra la suspensión con un gemido de dolor. Los obreros amarraron inmediatamente el fragmento a la plataforma, mientras los tipos bien trajeados firmaban varios impresos.

El camión se puso en marcha con dificultad y enfiló el bulevar con sus dos toneladas de guerra fría. Un segundo después desapareció en una curva, tras un alto parapeto de contenedores.

Hope se pasó la palma de la mano por el bolsillo de la camisa, donde encontró el tranquilizador bulto del cortaúñas.

70. El vórtice

Eran casi las doce de la noche cuando Hope llegó al Jaffa. Nada iluminaba el estrecho callejón aparte del escaparate de una lavandería, azul y espectral como un fragmento de iceberg. Los neones del bar estaban apagados y el cierre metálico a medio bajar. En pie junto a la puerta, Merriam fumaba un cigarrillo.

—¿Has visto la hora? Me estaba preocupando.

Hope se frotó los brazos bajo el fino tejido de la camisa.

—¡Hace un frío helador!

—¡Claro que hace frío! ¡Todavía estamos en marzo! Entra, voy a preparar un té.

Hope se deslizó bajo el cierre metálico, que Merriam acabó de echar tras ella con gesto enérgico. Dos vueltas de llave y estuvieron a salvo de ladrones y muertos vivientes. Como búnker, no había nada mejor. *Reggae* a media voz, sillas patas arriba encima de las mesas, discreto siseo del lavavajillas. Cerca de la caja, una gran tetera dejaba escapar un gracioso interrogante de vapor.

Merriam lanzó sobre el mostrador un viejo chándal de la Universidad de Tel Aviv que Hope se puso mientras temblaba de frío.

—A pesar de todo, podías haberme llamado.

—Me perdí un poco.

—Pero ¿no tenías una guía turística?

—¡Las calles van en cualquier dirección!

—Sí, uno se acostumbra.

—Me equivoqué de bloque de casas. Durante un instante pensé que el Jaffa había sido arrasado por la tarde y habían construido un Holiday Inn en su lugar.

Merriam sonrió y llenó dos vasos de té.

—No hay peligro. El Ayuntamiento de Tokio catalogó este tambaleante edificio en la lista de tesoros patrimoniales en 1971.

—Cualquiera lo diría.

—Es uno de los pocos edificios del período Edo que ha sobrevivido a la vez al terremoto de 1923, a los bombardeos de 1945 y a la oleada de urbanismo de los años sesenta. Imposible cambiar un cerrojo sin pedir un permiso. Por cierto...

Abrió un cajón y sacó un pesado manajo de llaves. Separó una antigua llave de cobre y se la tendió a Hope.

—En adelante, si encuentras el cierre metálico echado, entra por la escalera de incendios.

Hope se lo agradeció con un gesto de la cabeza. En los altavoces, el *reggae* iba y venía, desaparecía de vez en cuando —típica resaca de los casetes demasiado utilizados—. Mientras Hope se calentaba las manos con el vaso de té, Merriam empezó a contar el contenido de la caja registradora.

—¿Necesitas ayuda?

—Gracias, no hace falta. Nunca hay demasiada caja.

El Jaffa —explicó Merriam mientras alisaba maquinalmente los billetes de mil yenes entre el pulgar y el índice— estaba situado en pleno centro del mar de los Sargazos: un

torbellino oceánico rodeado por tres estaciones de metro, ocho hoteles y uno de los campus de la Universidad de Tokio. Alrededor, el barrio bullía de una clientela de estudiantes, congresistas y turistas norteamericanos de la que, sin embargo, el Jaffa no sacaba ningún provecho. De hecho, cuando un cliente acababa allí era porque buscaba otra cosa. Un albergue juvenil fantasma, por ejemplo.

Solo una clientela de habituales frecuentaba el bar, sobre todo estudiantes de Antropología que se pasaban horas con la misma cerveza mientras revisaban los apuntes. Resultado: los ingresos eran crónicamente exigüos y el beneficio, inexistente. A decir verdad, el bar funcionaba a pérdidas un mes sí y otro no, y el dueño parecía completamente indiferente a la situación; lo cual, según Merriam, alimentaba la hipótesis de que se trataba de una tapadera para defraudar al fisco.

—Compró el bar a finales de los años cincuenta. En aquella época, era propietario de una pequeña fábrica de bombillas en Kobe. Ahora fabrica circuitos impresos en tres países, de modo que a lo mejor hasta se ha olvidado de que este edificio es suyo. En todo caso, yo nunca le he visto.

—¿Nunca?

—Nunca. Una vez al trimestre, el contable viene a comprobar los libros y echa un vistazo al inventario. Por regla general, todo ello no dura más de veinte minutos. Total, que estamos en el ángulo muerto. A propósito, ¿quieres llamar a Canadá?

—¿Llamar a Canadá?

—A tu familia. A tus amigos. A tu novio. A quien quieras. Bueno, no tienes más que usar el teléfono del bar. La factura desaparece en una de las seiscientas cuentas del dueño.

Mientras hablaba iba ordenando los montones de billetes. Garabateó unas cifras en un papelucho, metió las (magras) ganancias en un sobre y lo encerró todo en una caja de caudales escondida bajo el mostrador. Después, satisfecha, se frotó las manos y miró el reloj. Las doce y veinte de la noche. De un cajón, sacó un grueso tomo de la Torah encuadernado en tela, en cuyo interior se ocultaban una bolsa de capullos verde claro, un paquete de papel de liar y un encendedor de plástico.

Hope la observó mientras desgranaba el capullo y el tabaco en la tapa de la Torah, empujaba el montoncito hasta colocarlo en una hoja de papel de liar y lo enrollaba con los pulgares. Hizo un ligero vaivén con la lengua contra el borde del papel... y ya está. Con un ojo de ingeniero maniático, comprobó la rectitud del porro. Hope sonrió y tomó un sorbo de té.

—¡Buen trabajo!

—Gracias. Desde que vivo en Japón, tengo mucho tiempo libre.

El olor a azufre y resina se elevó por el aire. Merriam dio dos ceremoniosas caladas antes de tenderle el porro a Hope, que rehusó con un gesto.

—Peor para ti. Es un remedio excelente contra el desfase horario. Además, es aeropónica: las plantas crecen con las raíces al aire. La Agencia Espacial japonesa desarrolló esa técnica para hacer cultivos agrícolas en atmósferas sin gravedad.

Hope se echó a reír.

—¿Quién querría dedicarse a la agricultura sin gravedad?

—Buena pregunta. Alguien que alberga dudas sobre el futuro de este planeta, supongo.

71. *Carpet bombing*

En el tejado del edificio soplaban un viento oceánico y hasta allí llegaba, amortiguado por una distancia de varios kilómetros y a lomos de un frío cortante, el rugido de diez autopistas.

Apoyada en la baranda, Hope admiraba las luces de la ciudad: miles de millones de lux que irradiaban y se evaporaban en el espacio. Tokio debía de verse desde la Luna.

Merriam bostezó y sacó el paquete de N.º 9. Breve destello del encendedor... y una minúscula luz roja adicional para Tokio.

–Los estadounidenses experimentaron el napalm por aquí, ¿sabes?

–Ah, ¿sí?

–Unos meses antes de Hiroshima. Todo lo que ves a nuestro alrededor, unos cuarenta kilómetros cuadrados: arrasado. En una noche. Un B-29 cada dos minutos. Ocho toneladas de bombas por avión. Calcula tú misma.

En la penumbra, la punta de su cigarrillo latía con una cadencia cardíaca y parecía casi viva.

–Por los alrededores había unas cuarenta mil personas por kilómetro cuadrado. Familias numerosas amontonadas en casas de madera y papel.

–¿Como esta casita?

–No, no exactamente, pero los materiales eran parecidos. Cuando empezaban a arder, era imposible apagar el fuego. Además, el napalm tiene una consistencia gelatinosa. Se pega en la ropa, en el pelo.

Le dio dos largas caladas al cigarrillo.

–Al final del bombardeo, hacia las cinco de la madrugada, la aviación estadounidense había ocasionado cien mil muertos y dejado a un millón de personas sin techo. En jerga militar, a eso se le llama *carpet bombing*. Nivelar el paisaje a la altura de la moqueta.

Hope reprimió un escalofrío; de horror o de frío, no hubiera podido decir de qué.

–Es difícil creer que ocurrió aquí mismo...

Merriam dio la última calada, apagó el cigarrillo en un cenicero polvoriento colocado junto al altar sintoísta.

–Espera un momento, creo que tengo una foto.

Se descalzaron y entraron en la casa. Merriam hizo aparecer una linterna y una estufa de gas. La estufa carraspeó y se puso en marcha. Merriam se frotó las manos un momento al aire tibio, rebuscó luego en la biblioteca y sacó un gran libro ilustrado.

–La historia de Tokio –tradujo.

Fue pasando las páginas con el pulgar y se detuvo en una fotografía aérea del barrio al día siguiente del bombardeo. Un cementerio, un cráter... o, mejor dicho, una fosa común en la que se adivinaban cuerpos amontonados en calles y encrucijadas. En el centro de aquel paisaje que todavía humeaba, se reconocía el edificio del Jaffa, inexplicablemente en pie.

Merriam desplegó el futón de un puntapié y se dejó caer de espaldas en él, sin molestarse en buscar una almohada o un edredón.

–La casona escapó gracias a una combinación de circunstancias. La fachada norte del edificio vecino ya se había quemado y por el lado sur pasaba un camino cortafuegos. Pero, con todo, parece un milagro.

Bostezó, encontró a tientas el paquete de N.º 9, se puso un último cigarrillo entre los labios y olvidó encenderlo. Un segundo después dormía.

De pie en mitad de la habitación, Hope no conseguía apartar la mirada de los cuerpos carbonizados, retorcidos, irreconocibles, amontonados unos sobre otros como ramas muertas. Un ensayo general del fin de los tiempos.

72. En el espacio y en el tiempo

A Hope le caía bien Merriam, y viceversa, aunque en el fondo no supiesen casi nada la una de la otra. Merriam no hacía preguntas, o en cualquier caso ninguna pregunta indiscreta (como, por ejemplo, ¿por qué Hope no llamaba nunca a Canadá?), y cuando se le preguntaba sobre su propia vida, solía dejar las frases a medias, incompletas.

La suma de los datos que Hope había ido recogiendo pacientemente habría cabido en un breve párrafo.

Nacida en Jerusalén a mediados de los años cincuenta, Merriam había crecido en la meseta del Negev, en un kibutz. Su madre era ingeniero agrónomo y su padre, japonés. Había vivido en Tel Aviv primero, después en Grecia, durante varios años estudió Arqueología en la Sorbona y, finalmente, se instaló en Tokio en 1987, en los inicios de la burbuja económica. El yen era entonces una moneda fuerte, el índice Nikkei subía como una flecha hacia un cielo despejado y la mano de obra escaseaba en todo el archipiélago.

Pero con o sin burbuja económica, persistía el misterio en cuanto a los motivos que habían podido llevar a una doctora en Arqueología por la Sorbona a irse a malvivir en un bar cutre de Tokio. Posiblemente la respuesta se encontraba en los lujosos sobres de la embajada de Israel que se cubrían de polvo encima de la mesa, sin abrir.

Merriam era una mujer llena de paradojas, que podía debatir con detalle, por ejemplo, de la datación al carbono 14, del genoma humano o de fotografía infrarroja... y al minuto siguiente, fumarse un porro largo como un día sin pan mientras escuchaba a Stevie Wonder a todo volumen, con la mirada perdida (lo que ella llamaba «ausentarse del planeta»). No salía del Jaffa más que para hacer la compra por el barrio, pero, aun así, conocía Tokio como la palma de su mano. Y no le había preguntado a Hope ni una sola vez por qué tenía tanto interés en ver a Hayao Kamajii, lo cual no le impedía poner todas sus energías en apoyarla en su Misión.

Pasaban las semanas, los días se seguían iguales unos a otros.

Todas las mañanas, Hope y Merriam se levantaban con el lucero del alba (lo que, en el huso horario de Merriam, significaba las diez de la mañana), desayunaban sin entretenerse, llamaban a información telefónica, preguntaban la dirección de los nuevos locales de Mekiddo Kabushiki Gaisha por favor, elegían un vehículo (bici, metro, Tony Lama) y se precipitaban a la dirección indicada.

Desgraciadamente, las bases de datos del servicio de información acusaban siempre unas horas –o incluso unos días– de retraso con relación a la realidad. En cada raid, Hope y Merriam solo encontraban edificios abandonados o en venta, solares, estacionamientos improvisados, obras de demolición o, con menos frecuencia, flamantes edificios recién acabados, surgidos de la nada durante la noche, como setas.

Aquel tejemaneje continuó durante dos semanas, tras las cuales Merriam decidió que sería más sensato llamar directamente a Mekiddo, hablar con Kamajii y concertar una cita con él.

Pero la sensatez no tenía nada que ver con aquella historia.

En efecto, si hablar con una recepcionista de Mekiddo era bastante fácil, las cosas se torcían enseguida tras ese primer paso. Las llamadas se perdían en los laberintos del

sistema telefónico, llegaban a la extensión equivocada o a un contestador que no grababa mensajes, por favor, llame más tarde. Con frecuencia, la línea se interrumpía sin previo aviso. Otras veces, al contrario, era Merriam la que abandonaba, exasperada tras cuarenta y cinco minutos de *Bolero* de Ravel repetido sin fin. De vez en cuando contestaba alguien: se oía entonces la respiración de un misterioso interlocutor –¿hombre, mujer, animal mítico?– que les colgaba el teléfono en las narices al cabo de un minuto.

Hayao Kamajii era imposible de encontrar en el espacio y en el tiempo.

73. Mejor pertrechados que en 846

En Rivière-du-Loup se registraban ya 25 °C cuando, a principios de junio, empecé mi contrato veraniego en la fábrica de cemento.

La ganga del año anterior no era más que un agradable recuerdo: en ausencia de Hope, me destinaron al Purgatorio (cuyo nombre oficial era taller de ensacado) para cargar sacas de cemento Portland como un condenado. A doscientas sacas diarias y treinta kilos por saca, iba a transportar seis toneladas métricas de cemento al día; una cantidad suficiente para levantar varios kilómetros de muro de Berlín hasta finales de agosto.

La primera jornada había sido infernal y la mayoría de los demás empleados se habían largado hacía rato cuando conseguí reunir energía suficiente para salir tambaleándome del almacén n.º 3. Tenía las piernas baldadas y el hombro derecho hecho papilla.

Eché un vistazo al reloj: las siete y veinte de la mañana en el huso horario de Japón. ¿Qué aspecto tendría Tokio a la hora del desayuno? Imaginaba canalones en los aleros, charcos de agua, un cielo lluvioso –la temporada de tifones empezaba dentro de unos días y se anunciaban precipitaciones abundantes durante varias semanas–. Gracias, Canal Meteo.

Saqué un pañuelo del bolsillo y evacué tres kilos de cemento Portland de mis narices. El verano prometía ser muy largo.

El Honda tosió un buen rato antes de arrancar. La mecánica se le volvía más y más sensible con la edad, seguramente no faltaba más que un puñado de meses para que la transmisión se rompiera, o las válvulas, o Dios sabe qué oscuro órgano grasiento. Había que aprovechar el poco tiempo de vida que le quedaba.

Puse rumbo al Búnker con las ventanillas bajadas. El hombro me dolía y en la radio sonaba un antiguo éxito de música folk, *I picked up my shovel and I walked to the mine and I hauled Sixteen Tons of number 9 coal*. La ironía universal estaba en plena forma.

Al tomar la carretera me puse a llorar como una Magdalena –efecto combinado del viento y del cemento bajo mis párpados–. Me había llevado el bañador y decidí ir a tirarme de cabeza al agua fresca de la piscina municipal; aunque, en ausencia de Hope, aquel lugar seguramente sería siniestro.

Algo iba mal, lo noté antes incluso de doblar la esquina del estadio y ver la piscina. Algo flotaba en la atmósfera. Un olor inusitado, sospechoso; maderos mohosos, gasóleo, hormigón pulverizado. El sitio estaba rodeado de vallas de los servicios viales.

Sentado en el capó del Honda, con un nudo en la garganta, miré la excavadora triunfante plantada en la cima de un túmulo de tablas y cañerías: todo lo que quedaba de los vestuarios de la piscina municipal. La empalizada había sido derribada, sin duda para dejar paso a los camiones, lo que permitía entrever un profundo cráter rodeado de pedazos de hormigón, de armazón retorcida y de trocitos de azulejos azul turquesa. Entre los escombros emergía, solitario, un salvavidas de color rojo vivo.

Estuve observando un buen rato la excavadora: una enorme y flamante Mitsubishi en cuya pintura apenas si se veía algún roce. Desde luego, los bárbaros estaban ahora mejor pertrechados que en el año 846²⁶.

74. Matar el tiempo

Hope abrió los ojos. Un rayo de sol atravesaba el entarimado hasta su mano. Se desperezó un poco, al otro lado del futón oyó el roce de un encendedor, al que siguió una profunda inspiración y la peste característica de los Dubek N.º 9. Merriam fumaba su primer pitillo del mes de julio.

–Has hablado en sueños –le dijo Hope.

Merriam se enderezó, apoyándose en un codo, intrigada.

–Ah, ¿sí? ¿Y qué he dicho?

–Ni idea. ¿En qué idioma sueñas?

Merriam dio una calada con cara de estar pensándolo seriamente.

–Buena pregunta... Creo que sigo soñando en hebreo.

–¿Incluso después de cuatro años en Japón?

–Incluso después de cuatro años en Japón.

Se frotó la nariz y guiñó el ojo izquierdo.

–Supongo que querrá decir algo...

Se interrumpió, víctima de un ataque de tos. Hope frunció el ceño.

–¿Cuántos cigarrillos al día fumas?

Merriam se encogió de hombros.

–No sé. Trato de dejarlo.

Mientras seguía dando concienzudas caladas al pitillo, Hope se sentó a lo indio y cogió un neceser de plástico en el que había un surtido de pequeñas herramientas: tijeras, cortaúñas de tres tamaños, una colección de limas, un bloque de piedra pómez y una cuchilla quitacutículas. Expuso sus armas sobre el edredón y se lanzó a hacerse una manicura puntillosa. Tenía las uñas cortas, de modo que actuaba a escala de un cuarto de milímetro, repartía minuciosos vaivenes de lima, ajustaba una curva, modelaba una cutícula con mimo.

Merriam se la quedó mirando un rato.

–¿Cuántas veces al día te cortas las uñas?

–No sé. Trato de dejarlo.

Merriam apagó el pitillo y se encerró en el cuarto de baño, de donde salieron diversos ruidos acuáticos. Volvió a salir al cabo de dos minutos, malhumorada.

–Agárrate, camarada: estamos entrando en el *no man's land* menstrual.

–¿El qué?

–¿Nunca has oído hablar de eso? Cuando varias chicas viven juntas, al cabo de un tiempo sus ciclos menstruales se sincronizan. Un efecto de las feromonas, supongo.

Empezó a revolver los armarios, en busca de algo comestible. Hope hizo una mueca y atacó el índice izquierdo con una lima redondeada.

–Bah, nunca he tenido la menstruación, ¿sabes? No creo que las cosas vayan a cambiar en Tokio.

Merriam interrumpió su búsqueda.

–¿Nunca has tenido la menstruación?

–Nunca.

–¿Una enfermedad infantil?

–No. Ninguna enfermedad, ni lesión, ni malformación. Soy un enigma para la medicina.

Merriam se rascó el cuero cabelludo, perpleja por la revelación de Hope –o por la ausencia de comida en los armarios, quizá–. Finalmente espabiló.

–¡En pie, camarada! ¡Salgamos a comer, invito yo!

Era casi la hora de comer y el minúsculo restaurante estaba lleno de gente. Se sentaron en la barra y el propietario les gritó algo en una mezcla de yidis y japonés. Pidieron, como siempre, *smoked meat* que sabía a algas, con un dudoso pepinillo como acompañamiento, una ración de tempura y un vaso grande de té aceitoso.

Merriam abrió su paquete de cigarrillos: solo le quedaban tres, pronto habría que reponer existencias. Siempre fumaba más durante la temporada de tifones, una manía meteorológica contraída al llegar a Japón y de la que no lograba deshacerse.

Encendió el cigarrillo y exhaló una columna de humo azulado hacia el techo.

–Bueno, ¿qué planes tienes para hoy?

–Lo de siempre. Encontrar a Hayao Kamajii. ¿Y tú?

–Lo de siempre. Matar el tiempo.

Ante ellas aparecieron dos platos. Merriam aplastó la colilla en un cenicero y mordió un bocado de tempura.

–Esta noche, he pensado en algo... ¿Tendrías ganas de trabajar en el Jaffa? Hay que afrontar las cosas: a Kamajii a lo mejor no lo encuentras hasta dentro de varios meses.

Hope sopesó la idea. La vida era cara en Tokio, y faltaban todavía varios meses hasta el 12 de octubre, fecha que figuraba en su billete de vuelta. Ya le había pedido prestado bastante dinero a Merriam, y si bien esta llevaba la generosidad hasta el punto de no hacer cuentas, Hope conocía el importe de su deuda hasta el último yen. Trabajar en el Jaffa le permitiría devolver lo que adeudaba y le procuraría cierta libertad.

Prometió pensarlo.

75. Descubrimiento científico del día

Hacía dos semanas ya que no quedaba el más mínimo rastro de la piscina, ni siquiera una pizca de hormigón. Los obreros del servicio de vías y obras habían rastrillado el suelo, colocado varias tiras de césped e instalado un cartel en el que se anunciaba la próxima edificación de un centro para jóvenes. De pronto me sentí viejo.

A la escala de una ciudad entera –incluso de una ciudad del tamaño de Rivière-du-Loup–, la demolición de una vetusta piscina al aire libre constituía un cambio menor, pero me daba la impresión de que un engranaje esencial de la realidad acababa de desaparecer. Sin aquella vieja piscina en ruinas, el mundo ya no giraba tan bien sobre su eje como antes.

Sentía un creciente desinterés por todo lo que ocurría en la superficie. Cuando no estaba levantando sacas de cemento, me encerraba en el Búnker. Releía las obras completas de Isaac Asimov, con el teléfono al alcance de la mano, por si acaso, tras varios meses de silencio en las ondas, Hope Randall se dignaba recordar mi existencia y mi número de teléfono.

Acababa de anochecer cuando mi madre me llamó desde lo alto de la escalera.

–¿Michel? ¿Me harías el favor de ir a la tienda de comestibles?

Bostecé y cogí la lista que me tendía: medio litro de leche semidesnatada, un pan multicereales cortado y margarina: el tipo de productos absurdos cuya ausencia solo se nota después de las nueve de la noche.

El Honda estaba en el taller desde la víspera y decidí recuperar mi vieja bici CCM, que se estaba oxidando en un rincón del trastero y cuya mecánica nadie había engrasado desde hacía varios veranos. Hinché las ruedas, comprobé los frenos... y salí rumbo a Steinberg.

La tienda estaba tranquila y recorrí los pasillos sin prisa. Me detuve un momento delante de la cesta de *ramen*: Mofuku. El mismo precio de oferta –3,99 centavos–, el mismo astronauta rosa y amarillo. La Unión Soviética había caído, las piscinas municipales eran arrasadas, pero aquellos exasperantes ramenautas seguían firmes en su lugar. Nuestra civilización evolucionaba, de acuerdo, pero no forzosamente en la dirección correcta.

Salía de la tienda cuando oí las sirenas.

Se vislumbraba un halo anaranjado en el cielo, al otro lado del centro comercial. Sin duda se trataba de un incendio, pero no entendía lo que podía estar quemándose en aquella dirección, aparte del estadio municipal y de una franja de solar; en resumidas cuentas, nada que fuera realmente inflamable. Monté en la bici, até las bolsas al manillar y me dirigí hacia el siniestro.

Descubrimiento científico del día: en efecto, un estadio de béisbol puede incendiarse.

Me costaba imaginar de qué modo el fuego podía propagarse en una estructura vacía como son las gradas; pero, bueno, a lo mejor aquella madera vieja y reseca solo esperaba la ocasión propicia.

Había policías vigilando los distintos accesos del estadio y una decena de bomberos se hallaba en pleno conciliábulo, agrupados en un semicírculo cerca de los camiones. Era

evidente que se trataba de su primer incendio de estadio y se preguntaban por dónde atacar el fuego, si había que abrirse paso por el campo derecho o por el diamante y si, en el fondo, valía realmente la pena salvar aquella cosa vieja y tambaleante.

Finalmente desenrollaron las mangueras hasta una boca de incendio situada en el borde del solar y empezaron a regar, pero a simple vista la maniobra carecía de convicción. Una columna de humo ascendía hacia el cielo, negra sobre fondo negro.

Me marché sin apresurarme y sin darme la vuelta. Cuando llegué a casa, sobre el barrio nevaban copos de hollín.

76. La decimonovena estación

La dirección de Mekiddo cambiaba con más frecuencia que la predicción del tiempo local. Aquel día, sus oficinas se encontraban en el distrito Gilo, al otro extremo de la ciudad. Según Merriam, había que calcular una hora de tren para llegar.

Hope cogió lo justo para pagar la ida y la vuelta, se metió la guía *Rough Planet* en el bolsillo y se puso en marcha sin perder tiempo. Le gustaba pensar que la velocidad importaba, que un día conseguiría ganarle la carrera a Mekiddo. Hasta la fecha, había perdido veintisiete veces.

Tokio entraba en las horas muertas de la jornada y en el tren de cercanías no había apreturas. Los pasajeros subían y bajaban sin decir palabra, perdidos en sus propios pensamientos. Amas de casa, centenarios desdentados y algún que otro mirón sin rumbo.

Hope se bajó en la decimonovena estación, a años luz del centro de la ciudad. Las calles que rodeaban la estación olían a hibisco y a fuego de leña. Se notaba una especie de aura que emanaba del barrio, a pesar de la arquitectura sin gracia. Gilo era sin duda un antiguo pueblo de la periferia. Tokio se lo había tragado durante los años sesenta, pero el alma del pueblo rondaba todavía por los alrededores de la estación.

Hope caminó unos diez minutos, *Rough Planet* en mano, hasta la dirección que estaba buscando; pero, naturalmente, no quedaba ni el más mínimo rastro de Mekiddo. Además, ¿por qué una multinacional iba a instalar sus oficinas en un barrio como aquel? En su lugar, se alzaba un flamante estadio de béisbol, aparentemente levantado durante la noche. La taquilla todavía olía a pintura fresca y unos empleados pasaban la escoba. En el campo, ya estaba jugando un grupo de niños.

Hope compró una lata de Star Cola en una máquina expendedora, pero en el momento preciso en que pulsaba el botón tomó conciencia de su error: ¡acababa de gastar el dinero del billete de vuelta!

Se golpeó varias veces la cabeza contra la máquina y después, desanimada, recogió a pesar de todo la lata y subió a sentarse en las gradas.

Los jugadores tendrían a lo sumo doce años y llevaban viejos uniformes de los Swallows de Tokio que les venían grandes. No se oía ningún ruido, solo los secos chasquidos de las bolas y un grito de vez en cuando. Las líneas, recién pintadas, eran de una nitidez irreal.

Hope buscó un adulto con la mirada y no encontró a ninguno. Trató de imaginar un mundo que, a raíz de una misteriosa catástrofe, hubiera sido purgado de todos los humanos mayores de doce años. En el fondo, pensó, se parecía menos al apocalipsis que a un cómic de *Charlie Brown*.

Sentada en la grada más alta, distinguía las cimas de los rascacielos del centro de la ciudad, como el eco de un universo distante. ¿Cómo diablos iba a regresar al Jaffa? Rebuscó en el fondo de sus bolsillos, por si acaso, pero solo encontró el billete de ida ya usado. Lo hizo trizas y las esparció al viento.

Del terreno se elevaron unos gritos. Un chaval trataba de robar la tercera base. Esprintó y se deslizó por el suelo, levantando una nube de polvo rojizo. La bola llegó un segundo demasiado tarde: el chaval estaba a salvo.

En aquel preciso instante, el hombre entró en el estadio.

Llevaba un traje negro y corbata, a pesar del calor, y una gorra de los Mets de Nueva York. Hope pensó que parecía un ojeador de las Grandes Ligas. Se situó detrás de la alambrada del diamante y, maquinalmente, le echó un vistazo al partido. Luego recorrió las gradas con la mirada, con la mano a modo de visera, hasta tropezar con Hope. Subió entonces por la escalera con paso tranquilo, la saludó moviendo la cabeza y con un gesto preguntó si podía sentarse a su lado.

Hope asintió.

Siguieron el partido un rato, sin decir palabra. Hope se preguntó si la costumbre japonesa exigía que uno fuera a sentarse tan cerca de un extranjero y si en su *Rough Planet* habría una frase apropiada para la circunstancia. La hojeó un momento y dudó entre *You moto zai / sumi no firutaa o sagashi te i masu?* («Estoy buscando comprimidos de yodo / filtros de carbón») y *Sekijuuji no kyukyuu sha ga tooru no o mi mashi ta ka?* («¿Ha visto pasar la ambulancia de la Cruz Roja?»).

Impasible, aunque cortés, sin apartar siquiera la vista del campo, el hombre pronunció entonces las siguientes palabras:

–Puede hablarme en francés, señorita Randall.

77. La señora Sicotte

—¿Tienes alguna noticia de Hope?

Iba a marcharme hacia la fábrica de cemento cuando mi padre salió de la ducha. De un tiempo a esta parte trabajaba hasta tarde y al día siguiente se levantaba a las tantas, es decir, a las siete y media.

Negué con la cabeza. No, sin noticias de Hope. Suspiró y comprobó su afeitado con la mano. Elocuente diálogo entre padre e hijo.

Me estaba atando los cordones de las botas de trabajo sentado en las escaleras del vestíbulo cuando le oí exclamar un inesperado y sonoro «¡Hostia!» (los excesos verbales por parte de mi padre eran muy poco frecuentes).

Delante de la ventana del salón, había apartado las cortinas para mirar Dios sabe qué.

Salí a ver qué ocurría en el mundo exterior que pudiese ser tan desconcertante. A primera vista: nada. Me dirigí hacia la parte delantera del *bungalow*, donde vi a la señora Sicotte, nuestra vecina de tres puertas más allá, que caminaba por en medio de la calle, alterada y con la bata entreabierta.

—¡¿Señora Sicotte?!

Giró despacio la cabeza hacia mí. Estaba blanca como el yeso, con los ojos enrojecidos, y la mitad izquierda de su bata mostraba manchas sanguinolentas. Tenía en el cuello una gran herida abierta; una mordedura de rottweiler o algo de la misma magnitud.

Nunca había visto una mirada tan vacua.

Emitió un estertor gutural y retrocedí instintivamente hacia casa. Mi padre observaba la escena desde la ventana del salón, con el café en la mano. Intercambiamos una mirada incrédula. Me indicó con un ademán que iba a llamar por teléfono, a pedir refuerzos. Me pregunté a quién pensaba llamar en concreto. ¿A la policía, los bomberos, el ejército?

La señora Sicotte había dado media vuelta y ahora se dirigía hacia mí arrastrando los pies. A aquella velocidad seguro que no llegaría a mi altura hasta un rato más tarde. No obstante, abrí la portezuela del Honda y puse un pie en el coche. Por si las moscas.

En las ventanas de los alrededores, se veían cortinas furtivamente entreabiertas, pero nadie parecía demasiado dispuesto a salir y examinar la situación de más cerca.

Unos minutos después, llegó en tromba una ambulancia. Dos clones de Clint Eastwood se apearon, estetoscopio alrededor del cuello y pulgares en las hebillas del cinturón. La señora Sicotte se dirigió enseguida hacia ellos. Los paramédicos intercambiaron una mirada llena de sobreentendidos antes de sacar unas correas de caucho.

En pie detrás de mí, superado por los acontecimientos, mi padre observaba la escena. Nunca había visto películas de zombis, el pobre, era una de sus lagunas culturales.

Mientras los paramédicos trataban de inmovilizar a la señora Sicotte en la camilla, nuestra anciana vecina se resistía, babeaba, arañaba, trataba de morder... y seguía eructando aquel inhumano estertor. Por último, consiguieron atarla, la metieron en la ambulancia y se marcharon sin tardanza.

Mi padre parecía a dos dedos de padecer un *shock* nervioso. Le puse la mano en el hombro mientras buscaba palabras de consuelo, pero no se me ocurría nada. ¿Qué podía

decirse? Desde que Hope se había largado, todo se desmoronaba.

78. Treinta y siete minutos

Hope sentía los latidos del corazón en las sienes. Bebió un trago de Star Cola para darse ánimos. La mano le temblaba un poco.

–¿Habla francés?

–Los Kamajii tienen facilidad para los idiomas extranjeros.

En el diamante, un chaval bateó un *home run*. Se oyó un chasquido seco y la bola despegó por encima del campo central con un ángulo perfecto.

Kamajii siguió la trayectoria con la mirada y Hope aprovechó para examinarlo a hurtadillas. Como mucho, le echaba unos cuarenta años. Delgado, nervioso, de pelo hirsuto bajo la gorra. Llevaba el traje manchado, la camisa mal planchada y el nudo de su corbata (un medio Windsor mal hecho) parecía demasiado flojo. Todo en su actitud sugería que habría preferido estar en otro lugar pero que, no obstante, cumpliría aquella desagradable tarea por lealtad hacia la empresa –o algún otro exótico concepto de la economía japonesa–.

La bola cayó lejos detrás de la cerca y tres jugadores salieron en su busca. Kamajii se volvió hacia Hope con cara de preocupación.

–¿No se alegra de que al final la haya encontrado?

–Sobre todo me disgusta no haberle encontrado yo primero.

–Lo contrario habría sido sorprendente. La estamos vigilando desde que en marzo fue a nuestras oficinas de Seattle.

–¿Hace cuatro meses que me está siguiendo?

–Exactamente ciento veintisiete días. Ha recorrido un kilometraje impresionante.

–Tengo unas botas excelentes.

Hope miró hacia Tokio, con la mano haciéndole de visera. El sol empezaba a declinar y los rascacielos del centro parecían más distantes que nunca.

–Podía haber venido a verme antes.

–Pensábamos que abandonaría la búsqueda después de unas semanas.

–Los Randall son testarudos.

–En efecto. Y su tozudez empieza a preocupar a nuestra compañía. Por eso me han enviado a su encuentro.

–Le han sacrificado, si le entiendo bien.

Entrecerró los ojos, algo divertido.

–Simplemente, nos gustaría ahorrarle esfuerzos inútiles.

Hope asintió. Tranquilizado, Kamajii metió la mano en la chaqueta y sacó un paquete de Noblesse Light. Le ofreció un cigarrillo a Hope, que rehusó con un gesto. Se puso un pitillo entre los labios y miró el reloj.

–¿Le parece que tendremos suficiente con treinta y siete minutos?

79. Crosswords Weekly

Hope, desorientada, manoseaba la lata de Star Cola. ¿Qué preguntas quería hacerle a Kamajii? Temía hacer el ridículo.

En el fondo, ¿por qué buscarle tres pies al gato? Había cruzado los Estados Unidos y el océano Pacífico con objeto de hacerle una única pregunta, por fútil que esta pudiera parecer: ¿por qué, entre todas las fechas posibles, había elegido el 17 de julio de 2001?

Kamajii acogió la pregunta con un ademán de aprobación.

–No elegí la fecha. *Ella* me eligió a mí.

–¿Cómo dice?

Kamajii se bajó la visera de la gorra. Parecía como si siguiese el partido de béisbol – precisamente, los equipos estaban cambiando de posición –, pero en realidad buscaba las palabras. Hacía tiempo que no hablaba francés y no quería cometer ninguna falta.

–La historia se remonta a 1971. Tenía doce años y mi familia acababa de mudarse. A decir verdad, nos habían expropiado. Nuestro barrio había sido arrasado para dejar lugar a una autopista.

–¿Vivían en Tokio?

–Sí. A pocos kilómetros de aquí. Todavía podría enseñarle el lugar exacto en donde se encontraba mi colegio, bajo un nudo vial...

El primer bateador se presentó en el diamante, se escupió en las manos y ejecutó unos molinetes con el bate.

–Aquel verano lo perdimos todo. Nuestro restaurante, nuestra casa, a nuestros amigos. Las compensaciones financieras eran insuficientes para poder abrir otro restaurante y mi padre se pasaba los días buscando trabajo. Vivíamos en un piso insalubre, demasiado pequeño, en un barrio de mala fama. Yo dormía en el cuarto de baño. Con la canícula que apretaba, todas las noches tenía unas pesadillas muy... variadas.

El cigarrillo le colgaba del labio. Todavía no lo había encendido, ni parecía tener intención de hacerlo, y este temblaba al ritmo de sus palabras como la aguja de un sismógrafo.

–Después, una noche, viví... otra cosa. No se trataba de una simple pesadilla. Era una visión.

–¿Una visión?

–Me desperté en pleno apocalipsis. Llamas. Asfalto en fusión. Cadáveres amontonados unos sobre otros. Le ahorraré los detalles. Además, ya lo conté todo en mi libro.

Hope asintió con prudencia. No se atrevía a decirle que nunca había leído el libro en cuestión (lo que, bien mirado, era un agravante de los motivos de su escapada a Tokio).

El bateador envió una bola baja en dirección al campo izquierdo. Esta rebotó varias veces antes de aterrizar en el guante del campocorto, que la mandó de vuelta a la primera base. La bola circulaba con fluidez, sin tiempos muertos.

–¿Sabe si otros miembros de su familia han tenido visiones parecidas?

–Lo ignoro. No hablamos de estas cosas.

–Pero entonces ¿por qué escribió un libro?

El bateador, retirado después del primer tanto, se alejaba al trote hacia el banquillo de los jugadores.

–La idea se me ocurrió en el avión, camino de Seattle. Por primera vez en mi vida iba

a estar a miles de kilómetros de mi familia. Iba a ser un desconocido. Pensándolo bien, se trataba quizá del único motivo por el que había pedido aquel destino en ultramar... – Hizo una breve pausa, dándose tiempo para sopesar aquella hipótesis–. En fin, cuando mi nuevo supervisor sugirió que occidentalizara mi apellido, aproveché la oportunidad. En el listín telefónico de Seattle elegí la identidad más corriente de todas. Una indumentaria de camuflaje.

–¡Charles Smith!

–Exacto. Había más de sesenta en la región de Seattle.

Se hizo un silencio y otro bateador tomó posición.

–De modo que escribí mi visión y la envié a una quincena de revistas, al azar. No sabía nada de aquellos asuntos. El manuscrito aterrizó en la mesa de un editor de Nueva York.

–¿Sammy Levy?

–¿Le conoce?

–Fui a verle. Un hombre encantador.

Intercambiaron un sonrisa cómplice.

–Por aquella época, Levy publicaba *Crosswords Weekly*, un semanario de enigmas y de crucigramas. Publicó una versión muy resumida de mi texto en la sección de enigmas. Los lectores que descifraban el mensaje secreto tenían la oportunidad de ganar un Ford Mustang de 1980.

–Pero no había mensaje cifrado ni Ford Mustang.

Kamajii asintió.

–El texto obtuvo cierta notoriedad. Los lectores empezaron a fotocopiarlo o a copiarlo a mano. Se vendían ediciones artesanales en las tabernas y por las esquinas. Se organizaban lecturas públicas. Yo no esperaba tanto éxito. A decir verdad, empezaba a sentir cierto nerviosismo. Estaba perdiendo el control.

Se aflojó un poco el nudo de la corbata.

–La situación empeoró cuando Levy decidió publicar una edición completa, oficial. Me encontré con cientos de miles de lectores. Muchos de ellos no querían conformarse con la profecía: querían también una loncha del profeta. Convergieron hacia Seattle, y...

–... y su camuflaje no aguantó la embestida.

Suspiró.

–Duró dos años. Después, temiendo que aquella historia llamase demasiado la atención, mis superiores me repatriaron a Tokio.

Kamajii pareció recordar la existencia del cigarrillo entre sus labios. Lo cogió, lo observó como si acabara de aparecer a través de una brecha interdimensional y volvió a meterlo en el paquete, que, a su vez, se guardó en el bolsillo de la americana.

80. Deformar la psique colectiva

En el campo, el partido de béisbol se había fragmentado en grupos pequeños y algunos chavales empezaban a recoger sus cosas. Kamajii, no obstante, apenas empezaba a entrar en materia. Visiblemente encantado de desempolvar su francés, había iniciado un monólogo apasionado sobre las turbias relaciones de los habitantes de Tokio con el fin del mundo.

–¿Sabe? Muchos de nosotros creemos que el apocalipsis empezará aquí.

Hope tomaba sorbitos de su Star Cola ya sin gas.

–Es la primera vez que imagino el fin del mundo desde un punto de vista local.

–Es una idea curiosa, ¿no?

–Los japoneses leen demasiados mangas.

Kamajii miró su reloj como quien no quiere la cosa.

–En realidad, se trata de un sentimiento bastante antiguo. Existen varias teorías al respecto. Algunos ven una influencia del budismo, por ejemplo. Otros señalan con el dedo las sucesivas destrucciones de Tokio (terremotos, tifones, bombardeos). En ese capítulo, nuestros urbanistas han contribuido bastante a deformar la psique colectiva. Por último, hay quienes piensan que se trata de una simple faceta del nacionalismo: la orgullosa convicción de que el apocalipsis no puede empezar en ningún otro lugar que no sea el suelo japonés.

Adoptó un tono tranquilizador.

–Pero ¿sabe?, no todos compartimos ese punto de vista.

81. Una singular facultad

Kamajii desapareció sin previo aviso. Simplemente dijo que debía ausentarse un minuto, bajó de las gradas y entró en unos sanitarios químicos que habían quedado abandonados tras la construcción del estadio. Nunca volvió a salir.

Al cabo de diez minutos, un poco inquieta, Hope fue a llamar a la puerta.

—¿Señor Kamajii?

Ninguna respuesta. La puerta se entreabrió ligeramente y Hope pudo comprobar que el servicio estaba vacío. Sin embargo, ni un solo instante había salido de su campo visual. El misterioso individuo simplemente se había evaporado: una singular facultad que quizá los empleados de Mekiddo adquirirían con todas aquellas mudanzas inesperadas.

Hope lo imaginó desaparecer: primero los pies, luego las piernas, el tronco y por último la cara, cuya media sonrisa habría persistido unos segundos en la penumbra.

El sol se estaba poniendo, pero un viento tibio soplaba sobre la ciudad. Consultó su *Rough Planet* y estimó que la separaba del Jaffa una modesta distancia de veinte kilómetros —unas tres horas de marcha—. Decidió regresar a pie.

82. La velocidad del mundo

Al pasar el umbral del Jaffa, Hope tuvo la fugaz y tranquilizadora impresión de regresar a casa. Una decena de estudiantes bebía cerveza en un rincón, un casete de *dub* hebreo sonaba de fondo y, sentada en la barra, Merriam terminaba un bol de sopa.

—¿Una dosis, camarada?

Hope asintió y un bol humeante se materializó casi instantáneamente ante ella. Mientras el caldo se entibiaba paseó distraída los palillos entre los copos de cebolleta liofilizada. Merriam bebió el último sorbo de caldo.

—¿De dónde vienes así?

—De Gilo.

—¿A pie?

Silbido de admiración. Hope se hizo la modesta.

—Solo son veinte kilómetros.

Hope tomó un sorbo de caldo y se preguntó si debía contarle su encuentro con Hayao Kamajii. Decidió que no. Su Misión había terminado, no quedaba nada más que decir.

Se quitó las botas Tony Lama, que, hacia el final del trayecto, le habían parecido incómodas. El tacón izquierdo empezaba a despegarse de la bota y varias costuras se habían abierto. Hope les había impuesto un kilometraje excesivo desde su llegada a Tokio. Hicieron apenas un ruido sofocado al caer en el cubo de la basura, detrás del bar. Aliviada, movió los dedos de los pies en el aire.

Merriam echó un vistazo a las botas: dos pedazos de cuero humeante.

—¿Te imaginas la idea que la gente tenía del mundo antes de la invención del automóvil?

Hope sorbió una buena cantidad de fideos demasiado calientes. No tenía una opinión precisa sobre la cuestión; excepto que, a la luz de su reciente experiencia, todo debía de parecerles considerablemente más lejano.

—Sí, claro. Pero también es algo más complicado. Hoy en día, todo el mundo se desplaza *grosso modo* a la misma velocidad. En otros tiempos, variaba mucho; y, por lo tanto, la distancia *percibida* variaba mucho también.

Sacó el paquete de N.º 9 y encendió un pitillo.

—En un territorio como Palestina, por ejemplo, un jinete podía llegar a recorrer sesenta y cinco kilómetros diarios. Un peatón aislado, unos cuarenta. Un ejército disciplinado no superaba casi nunca los treinta kilómetros... y si añadías un rebaño de cabras, el kilometraje era más bajo todavía.

Buscó un cenicero con la mirada y dejó caer la ceniza en el fregadero.

—Nada se desplazaba más despacio que una familia. Si incluía ancianos, tullidos, niños pequeños o, aún peor, mujeres embarazadas, entonces el promedio de velocidad caía por debajo de los quince kilómetros diarios. Normalmente, no suponía una gran diferencia...

—Calada al cigarrillo—. En cambio, si se trataba de escapar a una amenaza (el ejército del faraón, una epidemia de muertos vivientes o la muy santa cólera de Yahvé), era algo muy distinto. —Otra calada—. Proyecta una luz interesante sobre el Nuevo Testamento, ¿no? El relato empieza con una mujer embarazada que se dirige a Belén montada en un asno. La

imagen misma de la vulnerabilidad. Era una época convulsa, los caminos son peligrosos..., pero la mujer va sin prisas. Sabe cosas que el lector ignora. Sabe que todavía faltan setecientas páginas antes del Apocalipsis. –Apagó el cigarrillo en el fregadero–. Muy, pero que muy fuerte.

Petrificada, Hope callaba con la mirada perdida y los palillos en la mano.

–¡Eh, camarada! ¿Estás bien?

Hope se estremeció y pareció volver al presente. Merriam le sirvió un vaso grande de agua mineral y añadió tres cuartos de limón.

–Estás deshidratada. ¡Vaya idea, caminar veinte kilómetros en plena canícula! Anda, bébete esto.

Hope sacudió la cabeza.

–No, estoy bien. Solo estaba recordando algo. Viejos recuerdos.

Merriam frunció el ceño, amenazadora y maternal, y Hope bebió dócilmente el vaso de agua. Satisfecha, Merriam pasó un paño por la superficie inoxidable, abrió el *Israel Post* y atacó el sudoku del día.

Hope terminó los fideos sin decir palabra y se eclipsó por la escalera secreta. En el tejado, estuvo un buen rato mirando cómo ardía Tokio –decenas de miles de bombillas, neones, fluorescentes, farolas de sodio–. Miles de millones de kilolimonos por segundo.

Por fin se sentía a salvo.

83. Bajo una luz diferente

Agosto de 1989. Un sol de justicia divina abrasaba la carretera 185. Detrás de los abetos, un ejército de aspiradoras de turba levantaba un cumulonimbo de polvo rojizo visible en varios kilómetros a la redonda.

El difunto Lada de Ann Randall yacía en la cuneta con el capó entreabierto y las ventanillas bajadas. Un incesante flujo de tráfico rozaba aquel despojo sin aminorar la marcha siquiera: autocaravanas Winnebago, coches con el portaequipajes sobrecargado, canoas de aluminio montadas en remolques. Una población entera de veraneantes que regresaban de las provincias del Atlántico, completamente satisfechos y totalmente inconscientes de que el fin del mundo iba a producirse de un día a otro.

Mientras su madre hablada de embragues y carburadores con el conductor de la grúa, Hope paseaba arriba y abajo cerca del coche. Le atizó un puntapié a la portezuela y, acodándose en el techo del vehículo, miró el interior de este con preocupación.

En pleno día, el habitáculo se le presentaba bajo una luz diferente.

Miraba los asientos desbordantes de bolsas, ropa, provisiones, latas de conserva, botes de ketchup y de *relish* empaquetados por el suelo, frascos de pepinillos, paquetes de sal y de harina, botas katuskas, un paraguas bajo el freno de mano, dos enormes sacos de arroz apilados en el asiento del copiloto, el gorro y los guantes, cantidades ingentes de bolsas de *ramen*, biblias, doce máscaras contra el polvo y tres linternas.

Y entre todo aquel fárrago, en un rincón del asiento trasero, el minúsculo espacio para Hope: un espacio apenas suficiente para una jovencita.

Una jovencita, o una caja más de *ramen*.

84. Un viaje de tres mil años

La luna estaba saliendo en Rivière-du-Loup. Un tren de mercancías desfilaba a paso lento por el otro lado de la calle, con dos pisos de contenedores varios: Maersk, Hapag-Lloyd, Hanjin y China Shipping. La historia de siempre. La locomotora se encontraba más allá, ya lejos, y solo se oía el chirriar de las vías o el silbido ocasional de un conducto de aire comprimido mal ajustado.

Calma chicha en el Ofir. Un dalái-lama estaba amodorrado en la barra con la nariz en el cuenco de *pretzels*, bajo la mirada maternal de Ann Randall. En un rincón –¡oh, sorpresa!–, la pantalla retransmitía la BBC de fondo. Imaginé a Hope agazapada en la penumbra, mando de la televisión en ristre.

–¡Hola, Mickey! *Long time no see!*

Esboqué un gesto y me senté en la barra. Mi ropa de trabajo dejó escapar algo de cemento. Ann Randall, que claramente me leía el pensamiento, puso delante de mí una jarra de cerveza helada.

–¡Invita la casa, *honey!*

Brindé a su salud y bebí un sorbo. Innumerables moléculas de alcohol me explotaron al instante en el cerebro, mil *flashes* de magnesio combinados. Docenas de minúsculos nudos se aflojaban en los recovecos de mis músculos doloridos. De repente, el alcoholismo proletario ya no me parecía totalmente desprovisto de fundamento.

Charlamos un rato. Una conversación que mariposeaba sin tema preciso: hacía tiempo que no se te veía, el bar está tranquilo, bastante calor, ¿no?, parece que los agricultores las pasan canutas.

De vez en cuando, miraba distraídamente la pantalla. Estaban difundiendo imágenes de un aeropuerto militar israelí, donde estaba a punto de terminar la repatriación de quince mil judíos etíopes mediante un puente aéreo, una hazaña que había requerido *apenas* unos treinta aviones.

«¡Esta gente –exclamaba un periodista israelí– termina un viaje de tres mil años!»

Se oía el sutil silbido del lavavajillas; o quizá se tratase de los ronquidos del dalái-lama, resultaba difícil saberlo a ciencia cierta. Bebí otro sorbo de cerveza.

–¿Quieres ver otra cosa? –me preguntó Ann Randall tendiéndome el mando de la tele. Rehusé con un gesto.

En pie ante la boca de un reactor, el reportero de la BBC hablaba del clima de inseguridad en el Cuerno de África, y repitió que Israel acababa de pulverizar varios récords con aquella repatriación excepcional. Los militares habían retirado incluso los asientos de algunos 747 para dar cabida a más pasajeros. Varias mujeres, concluyó el periodista, incluso dieron a luz durante el vuelo.

Solté un silbido. Nacer en un Boeing atestado era cuando menos el augurio de un destino excepcional, ¿no? Ann Randall esbozó una sonrisa cortés: en realidad, no estaba escuchando.

El reportaje terminaba con imágenes de refugiados besando el suelo de la pista de aterrizaje. A continuación, anunciaron las últimas noticias de Irak y aparté la vista de la pantalla. Ann Randall se estaba sirviendo un dedo de coñac.

–¿Ha recibido noticias de Hope?

Me echó una mirada interrogativa y guardó la botella sin volver a taparla.

–¿Yo? No. ¿Por qué?

Manoseaba la jarra de cerveza, en cierto modo un tanto azarado por atreverme a abordar un terreno tan íntimo. Era evidente que Ann ni siquiera se había dado cuenta de que Hope se había marchado.

–¿Marchado adónde?

–A Japón.

Enarcó las cejas, como diciendo «eso explica muchas cosas», y sorbió un poquito de coñac.

–¿Hace mucho tiempo?

–Cuatro meses, casi cinco. Pensé que estaría usted al corriente. ¿No la ha llamado?

–No.

En la pantalla, Hans Blix comentaba las inspecciones de la ONU en Irak. Sadam Huseín había aceptado renunciar a sus armas de destrucción masiva, suspender sus programas de armas químicas, biológicas y nucleares, destruir sus misiles de largo alcance e impedir que los niños jugaran con navajas o cerillas. Occidente podía dormir tranquilo.

Transcurrió un minuto de silencio casi total. Bebíamos ambos sin decir nada. El dalái-lama se dio la vuelta sobre su costado izquierdo. Unas cuantas migas de *pretzel* le cayeron del pelo.

No me atrevía a hacer la pregunta que me obsesionaba: ¿por qué se había marchado Hope? ¿Por qué aquel silencio absoluto? Solo una Randall habría podido dar una respuesta a aquellas preguntas; pero no estaba seguro de que Ann Randall pudiera recordar lo que había ocurrido en su propia mente la noche en que salió de Yarmouth a la carrera, abandonando casi a su hija tras ella.

En lugar de preguntarle directamente, anuncié que Hope había encontrado su fecha.

–¿Qué fecha?

–La fecha del fin del mundo.

–Ah, ¿sí?

Se hizo un silencio incómodo. ¿No había sido quizá lo bastante explícito?

–Según ella, ocurrirá el 17 de julio de 2001.

Ann Randall pareció analizar aquellos nuevos datos. Parecía un maestro que estuviera evaluando el trabajo de su alumno.

–Es una buena fecha –decretó por fin–. Los números primos, Mickey, ese es el secreto.

Se sirvió otro dedo de coñac y no añadió ni una palabra más.

Malditos Randall.

85. Arma de destrucción masiva

Al cabo de un rato me harté de oír hablar de Sadam Huseín. Terminé la cerveza y salí a caminar.

A la luz de la luna, la ciudad parecía una acuarela japonesa, y la fábrica de papel exhalaba un olor a huevo podrido. Mis pasos me llevaron hasta el estadio municipal; o, para ser más exactos, al lugar en el que se encontraba el estadio municipal unas semanas antes.

No quedaba el menor rastro del incendio. Al día siguiente limpiaron los escombros y removieron la tierra con un *bulldozer*. El consejo municipal votó la construcción de un estadio más grande y mejor equipado a las afueras de la ciudad. Una semana después, se anunciaba el trazado de dos calles nuevas y la construcción de una urbanización de treinta viviendas, lo que ilustraba un letrero plantado al borde del terreno, como una gigante postal del Edén. Me sorprendía la velocidad con la que se había organizado aquel proyecto. Alguien, en alguna parte, parecía tener prisa por esconder cualquier rastro del viejo estadio y borrarlo de la memoria colectiva. Resultaba casi sospechoso.

Además, el letrero parecía un manifiesto modernista. Un optimismo sin tacha y unos setos perfectamente alineados. Se adivinaba la influencia de los Treinta Gloriosos²⁷. Solo faltaban coches propulsados con plutonio, robots domésticos y bicícpteros.

A mi lado, Hope estudiaba el letrero con una sonrisa sarcástica.

–Todo hay que decirlo, queda requetelimpio.

Se volvió hacia los bloques de casas de alrededor. Las siluetas azuladas de los *bungalows*, horadadas aquí y allá por las pantallas de televisión, se recortaban a la luz de la luna.

–¿Te imaginas cómo podía ser el mundo antes?

–¿Antes de qué?

–Antes de los *bungalows*.

Fruncí el ceño. Sí, sabía cómo era el mundo antes. Había visto fotos de archivo en una exposición de la Sociedad de Historia. En aquel declive mal drenado se extendía antaño una turbera muy antigua. Abetos negros, lagos rojizos cubiertos de musgo de turbera. Sarracénias en flor, nenúfares, sin duda algunos nidos de aves migratorias. Ranas, espadañas. Mosquitos, moscas, mariposas, libélulas. Ratas almizcleras, mapaches, culebras. Una infinidad de alimañas, bacterias y organismos unicelulares.

El resultado de millones de años de evolución.

Hope suspiró.

–¿Te imaginas el esfuerzo colectivo necesario para *borrar* una turbera? No se hace solo. Hay que drenar el terreno, descargar cientos de toneladas de grava, aplanar con el *bulldozer*, la niveladora, el rodillo compresor. Cavar desagües, trazar calles. Instalar el agua y la electricidad.

Veía los *bungalows* de los alrededores desde un punto de vista diferente: ahora rodeaban el solar, se disponían a abalanzarse sobre él y a sepultarlo en silencio..., como una alfombra de musgo de turbera en la superficie de un lago. Un mundo que se tragaba a otro.

–Los inspectores de la ONU dirán lo que quieran, el *bungalow* sigue siendo la principal arma de destrucción masiva inventada durante la guerra fría.

Me eché a reír. ¡Solo Hope podía decir una enorme y magnífica burrada como aquella sin parpadear siquiera!

La risa se me atragantó en la garganta. De pronto, medí brutalmente la magnitud de mi error. Había dejado que Hope se largara a la otra punta del globo sin hacer nada, como un imbécil, cuando hubiera debido perseguirla, convencerla de volver sobre sus pasos –o, si no, desaparecer con ella–. Pero no había hecho nada y ahora era demasiado tarde: sabía perfectamente que no regresaría jamás.

Solo, en medio de un solar, miraba el mundo caer hecho migas a mi alrededor.

86. ¿Quién habla todavía del invierno nuclear?

Crecí en un mundo obsesionado por el apocalipsis.

En el patio de la escuela primaria, el holocausto atómico era un tema de conversación como cualquier otro. Entre rayuela y rayuela, hablábamos de búnkeres, radiaciones, plutonio y megatones. Algunos de nosotros, aun siendo unos zoquetes en matemáticas, podíamos recitar cualquier estadística del arsenal nuclear soviético; y aquel saber tan bien cuantificado hacía nuestros miedos más tangibles. ¿Quién recibiría una porción de ojivas soviéticas? ¿Moriríamos asados, volatilizados o irradiados?

Éramos la generación de antes de la guerra.

Los búnkeres solo nos tranquilizaban a medias. ¿A quién le apetecía amontonarse tres semanas bajo tierra a comer sardinas en aceite, jugar al póquer con cerillas, defecar en una lata de conserva y por último salir al alba de un invierno nuclear que iba a durar cuarenta años?

La caída de la Unión Soviética nos dejó algo perplejos. Pero no importaba: nos quedaban las lluvias ácidas, la capa de ozono, los carcinógenos, el colesterol, la desertificación, el agua corriente fluorada y los asteroides: cualquier cosa, siempre que fuera inminente.

Veíamos el fin del mundo por todas partes. Incluso un banal cambio de fecha nos parecía capaz de provocar la ruina de la civilización; o, cuando menos, la vuelta a la Edad Media con todas sus consecuencias: peste negra, cólera, carnicerías, cruzadas y demás averías de ascensor. El calendario gregoriano como agente de destrucción era una idea más que original.

Durante la noche del 31 de diciembre de 1999, los contadores giraron con lentitud, un huso horario tras otro; pero no ocurrió nada y el sol amaneció sobre una civilización intacta. Una abuela perdió la lista semanal de la compra, en las afueras de Pittsburgh. En el resto del mundo, los humanos continuaban intoxicándose, copulando, vigilando las cotizaciones de la Bolsa. Los niños seguían rebuscando entre los desperdicios de los basureros de Calcuta. Otros niños, en Sierra Leona, pulían sus viejos AK 47 yugoslavos. Miles de torres perforadoras bombeaban petróleo a través de la corteza terrestre. ¿Cómo iba a preocupar a alguien el fin del mundo?

El efecto invernadero, los tsunamis, los aceleradores de partículas, el radón y la nanotecnología, la economía de mercado, los agujeros negros, las epidemias de recién nacidos con afecciones neurológicas y eruptivas, el pico petrolero, el hielo-nueve²⁸, la reorientación del eje de la Tierra y las salidas de órbita, las mutaciones genéticas, la azoospermia, la atrofia o la hipertrofia del sol, las criaturas (pegajosas o escamosas) que emergen de los abismos oceánicos, la inversión de los polos, la transformación industrial de los humanos en paneles de partículas aglomeradas, el incremento de la entropía, las anomalías gravitatorias, los androides, el metano pelágico, las grasas saturadas y las grasas hidrogenadas, las pandemias de gripe aviar, los pesticidas y herbicidas, los motines, los antibióticos y la República Popular China; la relación de nuestros peligros se

parecía cada vez más a los ingredientes impresos en un paquete de *ramen*: una lista inverosímil. Pero, de todos modos, ya estábamos más allá de toda verosimilitud. Tanto habíamos esperado el fin del mundo que ya formaba parte de nuestro ADN.

Bien.

Pensaba con frecuencia en todo eso. No todas las noches, pero casi. Quizás estuviera incluso pensando en ello en el preciso instante en que Ann Randall murió, a la edad de cuarenta y siete años y cuatro meses. El certificado de defunción fue expedido por el hospital Hôtel-Dieu de Rivière-du-Loup, poco después de medianoche, el 13 de julio de 2001.

«Una fecha pésima», hubiera dicho Hope.

87. Olas incandescentes

Me enteré de que Ann Randall había muerto a la hora del almuerzo. Todos mis colegas habían salido a comer, dejándome a solas con mi ordenador. No tenía ningún interés en asomar las narices al aire libre: hacía varios días que una capa de aire amarillento cubría Montreal y me asfixiaba solo con mirar por la ventana. Estaba leyendo las previsiones en el sitio web de la Agencia Medioambiental de Canadá (se mantenía la alerta por contaminación) mientras comía un infecto bocadillo de atún cuando apareció en la pantalla el mensaje de mi padre.

De: J. Bauermann

Fecha: 15 de julio de 2001 12:16:45 ET

Asunto: Re: RE: Re:

Ann Randall fallecida anteayer. Derrame cerebral o ruptura de aneurisma. No habrá capilla ardiente, se celebrará un acto en su memoria esta noche en el Ofir.

La sobriedad paterna en todo su esplendor.

Releí tres veces el mensaje, inseguro de la naturaleza exacta de mis sentimientos. Dudaba entre soltar unas lágrimas o echarme a reír. ¿Cómo se había atrevido Ann Randall a morirse cuatro días antes del fin del mundo? A semejante escala, a buen seguro la ironía cambiaba de nombre.

Cerré el mensaje y volví a caer en la página de las previsiones meteorológicas. El mapa de frentes cálidos dibujaba olas incandescentes sobre la totalidad de la provincia de Ontario. No auguraba nada bueno para nosotros.

Hojeé mi agenda: nada realmente urgente para las próximas veinticuatro horas. Tiré el bocadillo a la basura, dejé un mensaje en el buzón de voz de mi supervisor («me encuentro mal, seguramente una gastroenteritis, estaré ausente el resto del día») y me largué sin apagar siquiera el ordenador.

Pasé por casa a recoger algunas cosas –cepillo de dientes, ropa, cantimplora de agua fresca– y dejé la isla a bordo de mi viejo Toyota.

88. Una mella considerable en el filo de la realidad

Y, una vez más, me aticé el interminable recorrido hacia mi ciudad natal: cinco horas de una carretera rectilínea, varios litros de té helado y una pausa para eliminarlos a medio camino. Los altavoces soltaban música de Moby en un ciclo sin fin, el único casete que todavía funcionaba a bordo del vehículo. Iba contando los paneles de la autopista y tratando de no pensar demasiado.

Llegué a Rivière-du-Loup a última hora de la tarde.

Conté unos treinta coches aparcados de cualquier manera delante del Ofir. Unos viejos discutían cerca de la puerta con las manos en los bolsillos y el pitillo en los labios. Me sentía a dos dedos de dar media vuelta, pero finalmente aparqué el Toyota en el otro extremo de la estación, cerca de la cooperativa agrícola, y me dirigí hacia el Ofir a pasos lentos. No pensar demasiado, sobre todo no pensar demasiado.

La velada acababa de empezar, pero el local ya estaba atestado y la atmósfera, densa de humo y sudor. Todo el mundo estaba de pie, sin duda habían tirado las sillas por la borda para la ocasión.

Se me encogía el corazón, o quizá solo fuera el estómago. ¿Qué había ido a hacer allí exactamente? Presentarle mis respetos a Ann Randall, cierto; pero nunca había sido muy aficionado a los velatorios y habría podido hacerlo perfectamente a distancia. Un telepésame. De todos modos, no conocía a nadie en aquella triste multitud. Ni manos que estrechar, ni nadie a quien besar. Por todas partes, los parroquianos hablaban en voz baja. Algunos dalái-lamas (todavía serenos) estaban instalados codo a codo en la barra con las caras largas. La desaparición de Ann Randall había causado una profunda mella en el filo de la realidad.

Busqué con la mirada a la primera interesada y la localicé sobre un estante, detrás de la barra, reducida a unos pocos centímetros cúbicos de fina ceniza. Una paletada de Pompeya en una urna de granito. Junto a ella, habían dispuesto una foto de Ann en uno de sus mejores momentos, un paquete de puritos y una botella de Rémy Martin Grande Champagne Cognac: una botella que costaba un ojo de la cara, visiblemente comprada para aquella ocasión y con la que habían llenado una generosa copa en atención a la difunta.

Aquella ofrendas me emocionaron súbitamente y aparté la mirada.

Robert hendió la muchedumbre para darme un apretón de manos, como si fuésemos viejos amigos –cosa rara, ya que yo tenía apenas diecisiete años la última vez que nos vimos–. El síndrome del hijo pródigo. Robert había engordado y perdido algo de pelo. Me explicó que lo había organizado todo: la incineración, la rúbrica necrológica y la velada fúnebre. El Ofir era un poco la familia de Ann. Por lo demás ¿había recibido noticias de Hope? No. Ninguna. Robert meneó la cabeza.

–No se abandona así a una madre, ¿no?

Asentí educadamente; pero, con franqueza, tenía serias dudas de que las cosas vida fueran tan sencillas.

Como no había parientes cercanos, Robert se encargó de la Última Limpieza de la Tienda de Mascotas; de lo contrario (dijo indignado), el propietario lo hubiera tirado todo a la basura. No hubiera sido yo quien se lo hubiese reprochado: en mis mejores recuerdos, el lugar estaba ya bastante basurificado. Robert convino en que no había encontrado gran cosa que mereciera ser conservado. Había mandado veinte kilos de alimentos no perecederos a San Vicente de Paúl y amontonado cerca de cuarenta bolsas en el contenedor de desperdicios del Chinese Garden. Lo demás cabía en unas pocas cajas..., una de las cuales me estaba destinada.

Sacó de debajo del mostrador una pesada caja de cartón de Premium Florida Lemons. Bajo las deslucidas solapas descubrí la célebre colección de biblias de Ann Randall, que olía a leonera y hongos. Robert esbozó una especie de gesto explicativo.

–Pensé que podría interesarte...

Asentí sin decir palabra. Después de estrechar largamente la mano de Robert, salí del Ofir cargado con mi caja de biblias. Pesaba una tonelada y la dejé en el maletero del Toyota, entre la caja de herramientas y la rueda de recambio.

89. La pesada carga de la perpetuación

En la cocina había un agradable olor a sopa de tomate y pollo a la plancha. La televisión daba las noticias. Mi madre me abrazó con toda naturalidad, como si yo hubiera estado viviendo en el *bungalow* vecino (como todas las madres, vivía fuera del tiempo y del espacio).

—¿Has comido? Te caliento algo de pollo.

Mi padre me estrechó la mano, me preguntó si había hecho un buen viaje y me propuso una cerveza. Era raro verle en casa por la tarde, tan temprano. Había vendido la fábrica de cemento seis meses atrás y desde entonces pertenecía a la multitud de hombres libres, sin ataduras profesionales, y que cenaban a una hora decente.

La venta había cerrado el último capítulo de la dinastía Bauermann —la fábrica de hormigón y la flotilla de camiones se habían pasado al enemigo dos años antes—. Mi padre hubiera podido empecinarse diez años más todavía, pero ¿para qué, si sus hijos no querían coger el relevo? El mayor practicaba el psicoanálisis en Toronto y el menor cultivaba su escoliosis delante de una pantalla, en un cubículo en el centro de Montreal. Así que mi padre aceptó la oferta de adquisición de la PanAmerican Hormigón, una multinacional de la que le habíamos oído renegar mil veces. Tras varios decenios de orgullosa independencia, Hormigones Bauermann Inc. había sido finalmente fagocitada por la economía global. Otra página de la historia no escrita de la clase media —etcétera, etcétera—.

Mi padre no lo reconocería jamás, pero, en el fondo, se sentía bastante aliviado por haberse deshecho de la compañía. Era como Butch Cassidy: demasiado sensible para trabajar en el hormigón.

Bebíamos nuestras cervezas mientras veíamos la televisión sin fijarnos demasiado. Por la pantalla desfilaban imágenes vía satélite de un huracán, luego George W. Bush en los escombros de un barrio de la periferia de Dallas. Mi madre dejó un plato humeante delante de mí.

—¿Cómo está Karen?

Ataqué el pollo mientras calibraba con cuidado mi respuesta.

—Karen se ha ido —anuncié finalmente, al tiempo que pinchaba una patata.

—¿Se ha ido? ¿Adónde se ha ido?

—A ningún sitio. A otra parte. Me ha dejado. Ya no estamos juntos. ¿Puedes pasarme la sal, por favor?

Sentí que un profundo alivio me invadía. Lo peor quedaba atrás. Las palabras habían sido pronunciadas, la herejía, confesada.

Si bien mi padre había renunciado al relevo profesional, mi madre, en cambio, seguía esperando el relevo familiar. Como mi hermano era oficiosamente gay, la pesada carga de la perpetuación descansaba sobre mis espaldas. Por consiguiente, mi madre vigilaba con microscopio mi vida amorosa, y cada una de mis rupturas la afectaba más que a mí. Karen, entre todas las mujeres, había parecido la candidata perfecta. Por primera vez, una de mis parejas quería con toda el alma tener bebés. Varios. Deprisa. Había sido el motivo de nuestra ruptura: se había cansado de esperar que yo estuviera por la labor. Un

jueves por la mañana, hizo las maletas afirmando, abrir comillas, *that she wouldn't procreate at 41 like a fucking boomer*.

Se llevó el futón y la cafetera.

Al enterarse de la noticia, mi madre meneó la cabeza. Me temía lo que iba a venir a continuación. ¿Cuántas novias había tenido durante los últimos diez años? ¿Siete, ocho? Aquello no era serio. Pronto cumpliría treinta años, tenía que madurar...

Mi padre atajó el sermón.

–Déjale en paz. Ya encontrará a alguien cuando sea el momento.

Mi madre suspiró antes de emprender la retirada. Mi padre me guiñó un ojo, pero me daba cuenta de que también él estaba preocupado por mi futuro.

90. *Kiln*

Despierto desde el amanecer, arrugado como un envoltorio de cereales Cracker Jack vacío, desayunaba con mi padre. No conseguía acostumbrarse a su nueva condición de hombre libre y persistía en levantarse todas las mañanas a las cinco. Mi madre, por su parte, seguía durmiendo hasta las ocho. Pretendí que no podía quedarme hasta esa hora –lo que, en cierto sentido, era la estricta verdad– y prometí volver para quedarme más tiempo durante las fiestas de Acción de Gracias.

Mi padre me acompañó hasta el Toyota, descalzo y con la taza de café en la mano. No dijo nada especial para tranquilizarme, pero su sonrisa a lo Paul Newman lo hizo por él. Vigoroso apretón de manos, golpecito en la espalda... y me largué enseguida.

Iba a tomar la dirección de la autopista cuando, presa de una súbita inspiración, torcí hacia el polígono industrial.

A la entrada de la fábrica de cemento destacaba el logo de la PanAmerican Hormigón. Un cuerpo extraño. Pasé por delante de la garita (desocupada) y seguí hasta situarme bajo el *kiln*, en el lugar en el que se amontonaban los sempiternos neumáticos, los desechos de plástico y los montones de antracita. Abrí el maletero del Toyota, agarré la caja de biblias y la tiré entre los neumáticos usados. Diez kilos de combustible adicionales, regalo de Ann Randall.

Llené el depósito de gasolina y mi estómago de café, y me encontré circulando por la carretera 20. Puse el casete de Moby a todo volumen, pero en cuanto sonaron los primeros compases, me sentí mareado. Le administré un puñetazo al botón *Expulsar* y tiré el casete por la ventanilla.

Regresé a Montreal en completo silencio, solo la antena de la radio silbaba al viento. Cinco horas de camino de un tirón, sin una parada siquiera para repostar. A primera hora de la tarde, cruzaba el puente Victoria. Un atasco empezaba ya a cristalizar por el lado oeste.

91. Solo unas treinta horas de ansiedad

Hubiera podido ausentarme el resto del día, pero un oscuro sentimiento me hizo tomar la dirección de la oficina. ¿Profesionalidad, curiosidad, docilidad o sencillamente temor a estar solo conmigo mismo en mitad del día?

Al pasar por las puertas cristaleras, estimé que el aire acondicionado justificaba por sí solo el sacrificio.

En cuanto me senté ante al ordenador miré mi correo personal. Nada extraordinario. Tres herederos nigerianos me ofrecían una apreciable comisión sobre unas herencias colosales. Los desintegré con el índice *–shazam!²⁹*– y eché un vistazo a la actualidad. Nueva fase de recesión en Japón. Encuentro de la Liga Árabe para buscar una salida a la violencia en Oriente Próximo. Auge de la carne ecológica.

Después abrí Google y tecleé «Hope + Randall» en el campo de búsqueda: 345.702 resultados me saltaron a la vista como una bofetada.

A simple vista, había unas cincuenta Hope Randall en el planeta, entre las cuales figuraba una agente inmobiliaria, una jugadora de *hockey* de la Midget AAA, una carmelita rebautizada Mary Rose of Jerusalem (1842-1903), una investigadora posdoctoral en Física Nuclear y una logopeda especializada en glosolalia. También existía cierto número de Randall Hope; en concreto, un luchador olímpico y un camionero coleccionista de tutús.

En vano escudriñé los resultados. A los veinte minutos, cambié de estrategia. Busqué el número de teléfono de la embajada de Canadá en Japón y me conecté al reloj atómico más cercano. En el huso horario de Tokio, poéticamente denominado +0900 UTC, eran casi las dos de la madrugada. La mayoría de los humanos (incluidos los miembros del cuerpo diplomático canadiense) roncaban apaciblemente, acostados sobre futones delgados como obleas.

Detalle desconcertante: por estar Tokio situada al oeste de la línea de cambio de fecha, el calendario local indicaba ya el 17 de julio de 2001. La cuenta atrás acababa de empezar: solo unas treinta horas de ansiedad más.

Las oficinas de la embajada abrirían hacia las siete de la tarde, hora de Montreal –en caso de que para entonces Tokio no hubiera desaparecido de la faz de la tierra–. Apunté el número de teléfono, cuidando de no olvidar ninguna de las catorce cifras.

92. La señora Hikari

Típico día de trabajo, obviemos detalles. Por el camino de vuelta a casa, me detuve en la tienda Ngô de la esquina, abierta las veinticuatro horas, donde el viejo Ngô en persona rellenaba laboriosamente unos sudokus sentado detrás del mostrador.

Compré una docena de rollitos imperiales de gambas –la obra de arte culinaria de la señora Ngô–, un mango adecuadamente maduro, tres limas y un paquete de Heineken. Cuando iba a pagar, vi una serie de tarjetas telefónicas Aloha sujetas con chinchetas detrás de la caja. En la lista de tarifas figuraban todos los países del planeta, incluidos algunos Estados dudosos que ni siquiera la ONU reconocía. Tarifa para Japón: diez céntimos por minuto.

–¿Funcionan bien esas tarjetas?

El señor Ngô afirmó con la cabeza con un entusiasmo tranquilo y yo añadí una tarjeta de veinte dólares a la compra.

Al llegar a casa, metí los rollitos imperiales en el horno y la cerveza en la nevera. Después empuñé el teléfono y marqué las doce cifras de la tarjeta y las catorce de la embajada de Canadá en Tokio. Conseguí no saltarme ningún dígito, buen presagio.

La recepcionista de la embajada no acababa de entender lo que quería y me mantuvo en espera. Música niponizante, ligeros chirridos. La tarjeta Aloha funcionaba bastante bien, a pesar de unas ligeras distorsiones. A diez céntimos por minuto, había que mostrar cierta indulgencia.

Finalmente, me pusieron en comunicación con una tal señora Hikari, que hablaba un francés aceptable. Le expliqué mi problema: trataba de localizar a una canadiense que vivía en Japón desde hacía unos años y cuya madre acababa de fallecer. ¿Podía ayudarme la embajada a encontrarla?

La señora Hikari me escuchó sin decir nada, prometió hacer lo que pudiera (Dios sabe lo que aquello querría decir en lenguaje diplomático) y tomó nota de mi teléfono de casa y de la oficina. Antes de colgar me dio el pésame.

Me comí los rollitos imperiales en el balcón de atrás, con los pies apoyados en la barandilla y tomando largos sorbos de cerveza helada. El viento me traía un perfume a flores..., decenas de macetas y jardineras apiñadas en el balcón de mi vecina. Un auténtico santuario budista.

Hacía un buen rato que el sol se había ocultado bajo la capa de contaminación, pero en el horizonte aún subsistía una luz anaranjada: un enorme incendio devoraba el oeste de Montreal.

93. Un día cualquiera

Cinco horas de sueño, ducha tibia, café... y me fui a fichar como un ciudadano modelo.

En la estación Rosemont, parecía que estuviéramos en pleno *Blitz*³⁰: cientos de viajeros se apiñaban en el andén, algunos incluso sentados en el suelo. El taquillero me explicó que una interrupción del servicio de una duración indefinida (y, por consiguiente, considerable) afectaba a la mitad de la red ferroviaria. Triple causa: un suicidio en Berri, un incendio en el sistema eléctrico de Lucien-L'Allier y un aviso de escape de gas en Jarry.

Hasta el momento, el 17 de julio de 2001 parecía un día cualquiera.

Subí en busca del autobús de emergencia; pero en la superficie la situación no era mucho mejor. Doscientos o trescientos usuarios esperaban en la acera. La cola habitual se confundía en una masa agresiva y, cada vez que llegaba un autobús a la parada, la gente se abalanzaba contra las puertas como si fuera un convoy de ayuda humanitaria. En la mediana había una ambulancia aparcada, cerca de un individuo que había sido pisoteado, o aplastado contra las puertas, nadie lo sabía exactamente.

Me resigné a hacer de peatón. Había que calcular cuarenta y cinco minutos de marcha hasta el centro de la ciudad, pero parecía una opción más razonable que arriesgar el pellejo para coger el autobús.

Al llegar a la oficina, flotaba en el aire un olor a pánico y a café fuerte. Una multinacional de California acababa de lanzar una OPA viciosa contra nuestra compañía y todo parecía indicar que aquel torpedo nos alcanzaría poco después de la apertura de los mercados financieros. El futuro: un concepto nebuloso.

Curiosamente, la ansiedad general no conseguía contagiarme: flotaba fuera de mi propio cuerpo, unos metros por encima de la escena.

A media tarde, nuestro jefe de servicio convocó una reunión. En efecto, la adquisición iba a llevarse a cabo, pero convenía, ante todo, no perder la calma: los compradores habían prometido no suprimir ningún empleo. De momento, teníamos que redoblar esfuerzos porque la transición implicaba terminar unos cuantos proyectos.

En otras palabras, teníamos setenta y dos horas para ejecutar el curro de varias semanas.

La situación era clara como el cristal: querían hacernos trabajar *antes* de anunciar los despidos. Los romanos ya empleaban ese tipo de técnica en las galeras. Alrededor de la mesa, mis colegas hablaban de calendarios, plazos, factibilidad, prioridades y horas extraordinarias no remuneradas. El delegado sindical discutía por el móvil y el jefe de servicio se dirigía a hurtadillas hacia la salida.

Suspendido todavía a unos metros por encima de mí mismo, observaba los vasos de poliestireno en los que el café se estaba enfriando y pensaba que aquellos condenados recipientes iban a tardar tres mil años en descomponerse. Eso sí representaba un buen montón de calendarios.

94. ¡Arriba los corazones!

El día continuó con el mismo ritmo: un apagón, dos averías de la red informática y una evacuación del edificio por incendio de veinte minutos (falsa alarma). Circulaban los correos electrónicos esparciendo variados rumores de sabotaje. Fatalmente, el retraso se acumuló y algunos de nosotros tuvimos que sacrificarnos por el bien común. Soltero y sin hijos, todo me señalaba para las horas extraordinarias.

Hacía un buen rato que la hora de salida había pasado cuando sonó mi teléfono. Doble tono: una llamada exterior. La pantalla del aparato indicaba *número desconocido*. Reconocí inmediatamente el acento de la señora Hikari; lo que confirmaba que el 18 de julio de 2001 por la mañana Tokio no había sido sepultada. ¡Arriba los corazones!

No obstante, esa era la única buena noticia.

Con una desconcertante franqueza, la señora Hikari me explicó que los procedimientos para localizar a un ciudadano canadiense eran bastante limitados: en general, se limitaban a consultar la base de datos de la embajada (duración de las operaciones: dos minutos). Si no encontraban nada, sencillamente tiraban la toalla.

Hope no estaba inscrita en la base de datos, pero, vistas las circunstancias, la señora Hikari se había tomado la libertad de hacer una llamada a los servicios japoneses de inmigración. Ni rastro de Hope tampoco allí; lo cual significaba que no poseía ni visado ni permiso de residencia.

Bien, resumió la señora Hikari, solo quedaban tres posibilidades:

- 1) Hope disponía de un visado de turista que renovaba cada noventa días haciendo un viaje de ida y vuelta al extranjero (una opción pesada y costosa);
- 2) Hope vivía ilegalmente en el territorio;
- 3) Hope, sencillamente, ya no vivía en Japón.

Naturalmente, ninguno de aquellos tres casos era competencia de la embajada.

Siempre podía poner un anuncio en un periódico, pero no había que hacerse ilusiones: la población de Tokio sumaba treinta y seis millones de habitantes. Para obtener resultados, sin duda habría que repetir la operación en varios periódicos durante varias semanas o, incluso, varios meses. La señora Hikari se ofreció a enviarme una lista de direcciones si lo deseaba.

No, no lo deseaba.

De hecho, tenía la impresión de no desear ya nada en absoluto.

Le di las gracias a la señora Hikari y colgué. El reloj de mi ordenador indicaba las 19:14. Eché un vistazo por encima de los tabiques de los cubículos. Nadie a la vista.

95. Observación etnológica n.º 743

La humanidad había inventado un antídoto para días como aquel: los rollitos imperiales de la señora Ngô.

Mala suerte, la tienda estaba cerrada. «Vuelvo dentro de cinco minutos», anunciaba un cartel improvisado, y aunque tenía toda la vida por delante (o lo que quedaba de ella), crucé hasta el MaxiPrix. No era el lugar idóneo para perecer vaporizado; pero, bien mirado, tampoco era peor que la entrada de una tienda vietnamita.

En la tienda, los aparatos de aire acondicionado funcionaban a pleno rendimiento. De pie tras el mostrador de los cosméticos, una vendedora en bata de trabajo frotaba el cristal, vaporizador en mano, con el esmero de una empleada de la morgue municipal.

Me dirigí al pasillo número 5: productos de limpieza y alimentación.

El estante de los *ramen* era absolutamente asombroso: ¡MaxiPrix disponía de todos los sabores de *ramen* del universo en sus existencias! Mi último bol de *ramen* se remontaba a varios años –sin duda, mi última noche en blanco en la universidad–, y busqué los Captain Mofuku con la mirada. No porque me apetecieran realmente, seamos serios, pero sentía una especie de nostalgia. Quizás el deseo de cerrar toda aquella historia con un sabor familiar.

Registré la ramenoteca de arriba abajo, sin descubrir ningún Mofuku. La compañía debía de haber sido absorbida por otro cíclope asiático de comida instantánea.

Al final, toda aquella comida incorruptible me quitó el apetito y me alejé a toda prisa del pasillo número 5.

Deambulé por la tienda en busca de una señal y finalmente acabé en el estante de las compresas. ¿Qué maldita señal podía ser esa?

Observación etnológica n.º 743: MaxiPrix ofrecía *casi* tantas variedades de compresas como de fideos *ramen*. Superabsorbente, extrafina, supermini, supraondulada, sistema 3D, fórmula nocturna Seguridad Plus, solución registrada, libertad asegurada. Desgarré discretamente la tapa de una caja. Dentro, cada compresa estaba embalada a su vez en una bolsita de plástico. Imaginé aquellos delicados pétalos de rosa en un rincón del basurero municipal, en compañía de los vasos de café de poliestireno.

Volteé la caja en todos los sentidos en busca de una fecha de caducidad. No la había.

Salí del MaxiPrix con las manos vacías. Al otro lado de la calle, la tienda seguía anunciando su apertura en cinco minutos. A lo mejor, el viejo Ngô se había quedado encerrado en la nevera de las cervezas y el cartel llevaba allí puesto más de dos horas. Tendría que afrontar el fin del mundo sin los rollitos imperiales de la señora Ngô. Desde luego, no se me iba a ahorrar ninguna contrariedad.

A la vuelta de la esquina, un viejo Datsun naranja acababa de perecer debido al recalentamiento. El conductor había abierto el capó y una columna de humo negro subía hacia el cielo. Un italiano inmenso surgió de la joyería cercana extintor en ristre y lo envolvió todo –Datsun, incendio y conductor– en una espesa nube de nieve carbónica.

¿En qué especie de comedia había ido a caer?

En casa, el buzón había sufrido un asalto en toda regla: un Publi-sac³¹, tres facturas, una oferta de tarjeta de crédito y el menú de un bar de *sushi*. Subí las escaleras sin

apresurarme. Me daba vueltas la cabeza, me convenía encontrar algo comestible cuanto antes. De pronto, la opción *sushi* parecía más interesante.

Tiré el montón de correo, que se abrió en abanico, encima de la mesa... y entonces vi un rectángulo azul claro con los bordes rojos. Papel de correo aéreo.

Una decena de sellos japoneses cubría un tercio del sobre.

96. La joven japonesa activa y moderna

Salí a sentarme en el balcón con la carta en una mano, una Heineken en la otra y la navaja entre los dientes.

Bebí varios tragos de cerveza mirando el sobre. No me animaba a abrirlo. No me atrevía siquiera a tocarlo, aparición sobrenatural y cegadora. Casi temía que desapareciera de un momento a otro; pero permanecía allí, quieto en mi regazo, bien tangible.

En la parte trasera, había una interminable dirección garabateada. Una dirección de Tokio.

Imaginé a Hope dándole un breve lengüetazo al borde encolado, secando una perla de saliva con el pulgar y luego, sería como una niña, efectuando inverosímiles cálculos cuánticos con un cabo de lápiz para asegurarse de que aquel sobre partiría en el momento adecuado, cruzaría el planeta entero, de un avión a otro, de una oficina de correos a otra, y estaría entre mis manos exactamente hoy, al atardecer.

Los sellos eran espléndidos, un verdadero tesoro de iconografía nipona: calamar gigante, vista del Fujiyama y varias Hello Kitty.

¿De qué tenía miedo?

Terminé la cerveza y me armé de valor. Con un movimiento de la navaja corté el borde del sobre. Este solo contenía un banal envoltorio de plástico. Nada más. Ni una palabra, ni una carta, ni siquiera un haiku escrito en un Post-it.

Nada más que un envoltorio vacío.

Lo alisé con la palma de la mano y lo examiné con cuidado, intrigado primero, después incrédulo y por último a dos dedos del ataque de nervios. A pesar de la ausencia total de caracteres latinos, no había ambigüedad posible en cuanto al producto que aquel envoltorio había contenido.

Compresas.

Si debía fiarme de mi experiencia más reciente, se trataba de compresas extrafinas, hipoalergénicas, con microporos NanoNikkiTM y bordes hiperestancos-pero-de-gran-comfort. El modelo adecuado para la joven japonesa activa y moderna.

Hope Randall había dejado de ser un enigma médico.

97. Lo que ocurriría después

El aeropuerto Mirabel declinaba paso a paso, hacía varios años que se anunciaba su muerte inminente. Criticado, aborrecido y en breve fuera de uso: el gran ciclo de la vida.

En cuanto a mí, estaba bastante contento de despegar en Mirabel. Con los crecientes rumores de cierre, me sentía como de visita entre unas ruinas virtuales: la dosis ideal de arqueología y ciencia ficción. A resguardo detrás de la cristalera, trataba de imaginar un aeropuerto abandonado. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que la mala hierba se infiltrase en las juntas de aquel impecable hormigón? ¿Cuánto, antes de que el asfalto de las pistas fuera perforado por matas de heno, cornejos, sauces y olmos?

Sempiternas preguntas de los Bauermann.

Aparté la vista de la cristalera. La terminal estaba desierta, apacible y deprimente a la vez. Solo faltaba un puñado de muertos vivientes.

Unas pocas decenas de pasajeros aguardaban alrededor de la puerta 12: unas trotamundos de medios escasos, vendedores de maquinaria agrícola, religiosas, mexicanos de clase media que bebían agua embotellada, trabajadores emigrantes, treintañeros con vaqueros gastados. Grandezas y miserias de la temporada baja.

El personal de vuelo se instalaba tras el mostrador y saqué del bolsillo una colección de tarjetas de embarque. Había comprado por internet aquel exótico billete, una oferta que no se podía dejar escapar, que me obligaría a transitar por Acapulco, San Diego y Honolulu antes de volar finalmente a Tokio; en total, un viaje de treinta y una horas.

El tiempo necesario para pensar un poco en lo que ocurriría después.

Detrás del mostrador, una azafata se apoderó del auricular del intercomunicador, se aclaró la garganta y nos dio la bienvenida al vuelo 1707 de Air Transat con destino a Acapulco.

—Esta es una llamada de preembarque. Se ruega a los pasajeros que necesiten asistencia o viajen con niños pequeños que se presenten en la puerta de embarque número 12.

Los pasajeros se levantaban. Se desperezaban. Comprobaban sus equipajes. Al poco, una fila se formó delante del mostrador. La tensión de la partida cercana se acumulaba poco a poco en el ambiente, pero permanecí sereno. Adosado a la cristalera, me abanicaba con el fajo de tarjetas de embarque. Me sentía ligero, inmortal. Era Paul Newman.

Las cosas iban mucho mejor desde que el fin del mundo había quedado a nuestras espaldas.

AGRADECIMIENTOS

A pesar de las apariencias, una novela nunca es la obra de un caminante solitario. Quisiera darles las gracias a las personas que me ayudaron a escribir este texto y luego a convertirlo en un libro.

Mi compañera, Marie Wright-Laflamme, no solo me apoyó, me animó y me soportó: recorrió además todo el camino a mi lado. Esta novela es el fruto de nuestros esfuerzos combinados. La ayuda recurrente de Jean-Luc Laflamme y de Louise Plante con frecuencia me hizo ganar un tiempo inestimable; sin ellos, la publicación de esta novela se hubiera retrasado varios meses. Bernard Wright-Laflamme y Martin Beaulieu tuvieron la amabilidad de leer el manuscrito, comentarlo y darme ánimos; Martin, además, hizo que me fijara en ciertas imprecisiones en los hechos que más adelante me hubieran hecho ruborizar. Jeremy Barnes, persona de espíritu abierto, me ayudó a esclarecer algunos vínculos entre las explosiones nucleares y los cítricos (no obstante, los cálculos del capítulo 17 son obra mía y asumo la plena responsabilidad de los inevitables errores o incoherencias que se encuentren en él). Masumi Kaneko y Julie Sirois tradujeron y romanizaron amablemente los fragmentos de la guía *Rough Planet*. Isabel Flores Oliva se ocupó, como siempre, del lado irracional de las cosas.

También quiero darle las gracias al febril Antoine Tanguay, editor y amigo, que me escuchó con paciencia construir y deconstruir este proyecto: su atípica erudición alimentó mis reflexiones varias veces. Por último, nunca alabaré lo bastante la paciencia y el profesionalismo de Julie Robert, Isabelle Tousignant y Dominique Fortier. Señoras mías: ha sido un doloroso privilegio correr los últimos kilómetros en vuestra compañía.

El diálogo cinematográfico del capítulo 38 procede de la película *Dawn of the Dead* (1978), de George A. Romero.

El periodista israelí al que se menciona en el capítulo 83 se llama Haim Gouri. Joel Brinkley reprodujo sus comentarios en el *New York Times* del 26 de mayo de 1991.

1 Dialecto hablado por los habitantes del condado canadiense de Madawaska, llamados también *brayons*, cuya capital es Edmundston. (*N. de la T.*)

2 En Quebec, un *bungalow* no es una vivienda exótica, sino una casa unifamiliar que consta de una planta y un semisótano habitable, edificada en los años cincuenta y sesenta, en general sin plano de arquitecto y situada en los barrios periféricos de las ciudades. (*N. de la T.*)

3 Fideos japoneses para sopa. Se venden como comida instantánea en bolsas en casi todo el mundo, solos o con sus condimentos, y basta añadirles agua hirviendo. (*N. de la T.*)

4 Académico canadiense, locutor, científico y activista en defensa del medio ambiente. (*N. de la T.*)

5 Condimento basado en un encurtido de frutas o verduras cocinadas y picadas. Se usa habitualmente en las barbacoas. (*N. de la T.*)

6 Un instituto polivalente (*école polyvalente*) es un centro de Enseñanza Secundaria del sistema escolar de Quebec que dispone de una sección reservada a la Formación Profesional. En desuso desde 2001. (*N. de la T.*)

7 Formación rocosa del centro de Australia, también conocida como monte Uluru. Tiene el aspecto de un enorme monolito y cambia de color según la inclinación de los rayos solares. (*N. de la T.*)

8 Literalmente, paté chino, plato típico de Quebec, de origen incierto, que consiste en una capa de carne picada asada, una capa de maíz en grano y, por último, una capa de puré de patatas. Se cubre con queso rallado y se gratina al horno. (*N. de la T.*)

9 El autor se refiere a la adaptación por Nana Mouskouri del villancico popular *El*

tamborilero, que canta en francés con el título *L'enfant au tambour*. (N. de la T.)

10 Centro Local de Servicios Comunitarios: en Quebec, organismo público de atención primaria en materia de sanidad (dispensario, clínica) y asistencia (personas mayores o discapacitadas, vacunación infantil, preparación al parto, etcétera). (N. de la T.)

11 Explosión que se produjo en 1917 en el puerto de Halifax, Nueva Escocia, Canadá, al chocar un buque francés cargado de explosivos contra un barco de vapor noruego. La explosión provocó dos mil muertos, nueve mil heridos y una ola gigante que provocó destrozos en toda la ciudad. (N. de la T.)

12 National Rifle Association: poderosa asociación estadounidense que defiende el derecho de todos los ciudadanos a poseer armas de fuego. (N. de la T.)

13 En Quebec, los colegios de Enseñanza General y Profesional (*collège d'enseignement général et professionnel, CÉGEP*) son institutos donde se proponen estudios preuniversitarios (dos cursos) y estudios técnicos (tres cursos). Los primeros llevan a la universidad y los segundos, al mercado laboral. (N. de la T.)

14 Deporte ecuestre nacional de Afganistán, en el que dos equipos de jinetes se disputan una cabra sin cabeza ni patas. (N. de la T.)

15 Canadian National Railways: Compañía Nacional de Ferrocarriles de Canadá. (N. de la T.)

16 Ver las aventuras de *Calvin y Hobbes*, del dibujante de tiras cómicas Bill Watterson. El transmogrificador es una caja de cartón capaz de convertir una cosa en otra. (N. de la T.)

17 –¿En qué puedo ayudarla? / –Querría ver al señor Smith / –¿Querría usted ver al señor Smith? / –Sígame, por favor. (N. de la T.)

18 Bocadillo caliente de pan de molde integral con crema de queso, chucrut y en ocasiones pastrami o corned beef, pepinillos y encurtidos, muy popular en los Estados Unidos. (N. de la T.)

19 Carne ahumada, plato típico de las comunidades judías de varias ciudades de Norteamérica (Nueva York, Montreal), derivado de la cultura asquenazí de Europa central. Se come con pan, encurtidos, etcétera. (*N. de la T.*)

20 –Bonitas botas. / –Muchas gracias. / –Así que querría ver a Charles Smith. No tengo ni idea de donde está. / –Incluso es posible que eso aumentara las ventas. ¿Alguna otra pregunta? (*N. de la T.*)

21 –¿Puedo ayudarla? / –¡Oh! Estoy buscando a alguien. (*N. de la T.*)

22 –¿Conoce a Charles Smith? Me han dicho que trabaja aquí. (*N. de la T.*)

23 –Tiene un curioso acento. ¿De dónde es usted? / –Quebec. / –¿Cómo dice? / –Del este de Canadá. / –¡Pero entonces hablará francés! (*N. de la T.*)

24 En Japón, «empleado». A pesar de proceder de dos palabras inglesas (*salary* y *men*), este término no existe en inglés. (*N. de la T.*)

25 Máquinas tragaperras típicamente japonesas que funcionan con canicas de acero. Se juega en salones abigarrados exclusivamente dedicados a esta actividad, donde las máquinas están dispuestas en hileras, con un jugador por máquina. Los premios son variados, como los de una lotería de feria, y solo en ocasiones se gana dinero. (*N. de la T.*)

26 Año del saqueo de Roma por los sarracenos. (*N. de la T.*)

27 Período de fuerte crecimiento económico experimentado entre 1945 y 1973 por la mayoría de los países desarrollados, tras el cual dichas economías se adentraron en el consumismo. También se conoce como la época del «milagro económico» o «edad de oro del capitalismo». (*N. de la T.*)

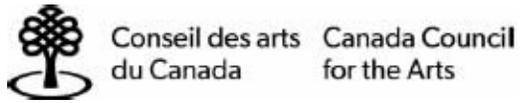
28 Material imaginario inventado por el escritor estadounidense Kurt Vonnegut en su novela *Cuna de gato*. (*N. de la T.*)

[29](#) Palabra mágica que pronuncia el Capitán Marvel para transformarse y disponer de superpoderes. (*N. de la T.*)

[30](#) *Blitz* (relámpago en alemán) es el nombre que se dio al bombardeo del Reino Unido, sobre todo de Londres, por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Para escapar a las bombas (hubo cuarenta y tres mil muertos) muchas personas se refugiaron en el metro de Londres. (*N. de la T.*)

[31](#) En Quebec, sistema de publicidad en los buzones que consiste en una bolsa llena de distintos impresos, catálogos y bonos de descuento de varios anunciantes. (*N. de la T.*)

We acknowledge the support of the Canada Council for the Arts for this translation.



Título original: *Tarmac*

Edición en formato digital: marzo de 2014

En cubierta: Fotografía de © RomanYa/Shutterstock
© Alto et Nicolas Dickner, 2009
© De la traducción, Luisa Feliu, 2014
© Ediciones Siruela, S. A., 2014
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-50-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	3
Apocalipsis para principiantes	2
Agradecimientos	166
Notas	167
Créditos	172